

9
290



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



**TRABAJO Y HOGAR.
LAS MUJERES SUBURBANAS EN LOS
ESTADOS UNIDOS DE LOS CINCUENTAS**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN HISTORIA

P R E S E N T A :

CARLOS ALBERTO CRUZ MARTINEZ



MEXICO, D. F.

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



FACULTAD DE FILOSOFIA
Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

1996

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INTRODUCCION..... 1

PRIMERA PARTE
EL SIGLO DEL HOMBRE COMUN
Y EL GOBIERNO DE LA ELITE CORPORATIVA..... 6

La democracia del ciudadano medio.....	7
La revuelta contra el racionalismo.....	12
La ideología del poder. Ética social y Estado corporativo..	17
El sistema en acción: ética social y movimiento obrero.....	28
La muerte de las utopías. El culto a lo establecido.....	34
Personalidad eficaz. Las llaves del éxito.....	37
Desigualdad de oportunidades.	
La contradicción básica del sistema.....	41
Los criterios de lealtad. Abundancia y McCarthyismo.....	43
Privatización de la vida ciudadana.....	46
La religión de nuestra santa madre, el Estado.....	52
El <i>ethos</i> de la abundancia.....	54
La élite del diploma.....	60
El modelo del éxito.....	63
Apuntes sobre la vida suburbana.....	67
La letra con amor entra, la educación práctica.....	76
La segunda generación.....	78
Interconfesionalismo. La religión de los suburbios.....	81

SEGUNDA PARTE
UNA SUBVERSIÓN SIN IDEOLOGÍA..... 84

Una subversión sin ideología. Las mujeres de la crisis.....	85
Consejos de madres a hijas. Sueños de una profesión.....	94
Mujeres en guerra. Los efectos de la movilización.....	103
Ciencia familiar. Los expertos.....	108
Mujer liberada y neurosis.....	113
Racionalismo y patología.	
Los perversos fines del feminismo.....	118
Criterios de normalidad. La mujer balanceada.....	122

TERCERA PARTE
MUJERES SUBURBANAS..... 126

Política de domesticidad. Hogar y vida republicana.....	127
Trabajo comunitario. Responsabilidad cívica femenina.....	131
Modelos de domesticidad.....	133
Profesionistas del hogar.....	139
Mrs. Tycoon. Las esposas de la compañía.....	149
Consumo y mujer moderna.....	153
Relaciones de pareja y responsabilidad femenina.....	157
Romance en la era tecnocientífica.....	160
De la estética a la ética.....	167
Democratización del orgasmo.....	173
Madurez y especialización erótica.....	177
Mística femenina.....	181
Del desafío intelectual al ajuste sexual.....	185

Adaptación o desintegración.....	190
La mujer norteamericana, según Hollywood.....	197

CUARTA PARTE

PROLETARIZACION DEL TRABAJO DOMESTICO

PROFESION Y REALIZACION PERSONAL.....	215
--	------------

Los anteojos del experto.....	216
Patrones de empleo femenil en los cincuentas.....	217
Democracia y profesión.....	230
Interpretaciones sobre la dinámica familiar.....	239

CONCLUSIONES.....	246
--------------------------	------------

FUENTES BIBLIOGRAFICAS.....	249
------------------------------------	------------

FUENTES CINEMATOGRAFICAS.....	253
--------------------------------------	------------

INVENTARIO DE LAS REVISTAS FEMENINAS Y DE INTERES

GENERAL EMPLEADAS EN ESTE TRABAJO.....	256
---	------------

INTRODUCCION

El lector debe quedar advertido de dos cosas: Este no es un ensayo de historia social ni un estudio monográfico. Se trata de un largo, en ocasiones tortuoso, intento de explicación de cómo las mujeres norteamericanas blancas de clase media, elevaron el ejercicio de una profesión a la cima de sus aspiraciones personales. Tal intento implica un recuento de las costumbres, ideas, prejuicios, fines, --lo que algunos resumen en el término mentalidad-- no sólo de este grupo en particular, sino de la sociedad norteamericana de la posguerra. Por lo anterior, tampoco puede calificarse a este estudio, aunque se centre en aquéllas, de historia de las mujeres ni de historia de la familia. De hecho, los datos que corresponden a los criterios "objetivos" de la historia social, económica y política, aparecen únicamente en cuanto marco de referencia de las motivaciones subjetivas, que son la savia del presente escrito.

En un principio, la tesis se proyectó para responder a una cuestión actual muy específica: explicar el mito republicano sobre la perfecta familia norteamericana. Para ello, era necesario revisar la historia de las relaciones familiares en los Estados Unidos de dicha década, con la intención de definir con precisión el papel que las mujeres suburbanas ocupaban en esa sociedad.

Las administraciones Reagan y Bush se distinguieron por utilizar un amplio repertorio ideológico, mucho menos predominante en otras administraciones pasadas, como vehículo

para ganar al electorado norteamericano. La exitosa campaña anticomunista de Reagan fue sucedida, en la presidencia de Bush, por la discusión pública a nivel nacional sobre el estado de los valores fundamentales de la sociedad norteamericana, en particular de la vida familiar. Las minucias de esta verdadera campaña publicitaria son materia aparte; baste señalar que los argumentos empleados por los republicanos sobre el aborto y la asistencia social remiten, invariablemente, a un estereotipo de vida familiar cuya configuración más acabada data de la década de los 50's.

No obstante, la preocupación presentista que motivó la investigación pronto se tornó limitada; las fuentes revelaron desde un principio asuntos más profundos. Es un hecho que la historia de las mujeres suburbanas, desde los fundamentos del proyecto social norteamericano de los 50's hasta las raíces del feminismo contemporáneo, involucra temas más propicios a la aventura intelectual.

La interpretación que predomina actualmente sobre esta materia, ha recibido la influencia enorme de la visión feminista y de la historiografía crítica de fines de los cincuentas, aun a pesar de los intentos de la joven escuela norteamericana de la historia de la familia¹ por extirpar esos restos ideológicos. Tal interpretación aduce que el reclamo femenino por oportunidades profesionales se detuvo, abruptamente, en los 30's

1 Los historiadores de la familia no forman un grupo homogéneo; hago referencia exclusivamente a los agrupados alrededor del Journal of Family History.

para regenerarse de manera espontánea en los movimientos de liberación femenina de los sesentas. La década de los 50's dentro de este esquema, por tanto, es una etapa simplemente reaccionaria.

Involucrarse en los antecedentes del feminismo norteamericano contemporáneo no es tarea sencilla. Es un tema cruzado por posturas no académicas. La más conocida, el lente feminista, privilegia el movimiento político como causa principal de los cambios sociales. Sus juicios se mueven entre la hermandad femenina trascendente que predica, y el sentido unívoco (a saber, el anhelo de la independencia y la competitividad que exige el mundo profesional) que ha identificado con la naturaleza femenina. En este sentido, se declara vocero de una élite liberal y sus metahistorias, con su creencia en la educación y el proceso político correctos como remedio de todos los males sociales. Es, en el fondo, una teoría de la acción en la que el personaje principal es la cruzada desmitificadora de los miembros del grupo.

Un estudio sobre mujeres debe colocarse dentro de un marco de referencia específico de temporalidad, nacionalidad, clase e incluso raza. Fuera de estos parámetros es sólo política.

En función de lo anterior, la presente tesis propone que el perfeccionamiento de la "profesión ama de casa" en el ambiente suburbano no fue resultado de la mera inercia conservadora, sino el producto, y uno de los fundamentos, del proyecto social norteamericano. En este proceso queda inserta la relación hogar-

trabajo, el tema de la tesis.

Para entender este proceso es necesario describir cómo la clase media alta se convirtió en la fuente de valores y costumbres reinantes en la sociedad norteamericana; cómo su ideología, que podemos llamar ética social, fue promovida, y finalmente expropiada, por las distintas corporaciones. La ética social correspondió a un modelo de desarrollo capitalista diseñado para corregir las contradicciones y fisuras del industrialismo anterior.

La primera parte del trabajo contiene los aspectos relevantes del proyecto social originado en los 50's, en el que la familia, la iglesia, la escuela y la comunidad inmediata, componían las bases de la nación. Se explica cómo su modelo político, una democracia corporativa, asignó a los ciudadanos una esfera estrictamente privada.

La segunda parte se avoca, precisamente, a refutar la ya mencionada teoría que coloca un paréntesis esteril entre la lucha por el sufragio femenino y el feminismo contemporáneo. En ese período, los anhelos de una profesión se democratizaron en la práctica entre las mujeres norteamericanas.

Los detalles de la profesión ama de casa, junto con la lógica del discurso sobre la domesticidad y los cambios que provocó en la identidad de las mujeres norteamericanas, se consignan en la tercera parte. En la cuarta y última se unen los cabos en una interpretación de cómo, finalmente, las mujeres de clase media centraron sus aspiraciones en el ejercicio de una

profesión.

Las fuentes empleadas son de distinta naturaleza. Las bibliográficas sirvieron para obtener el grueso de la información sobre economía, política y sociedad, así como para establecer los puntos de discusión y el marco teórico. Sin embargo, en lo que hace a motivaciones subjetivas (es decir, las aspiraciones, los prejuicios, los temas recurrentes), fue más apropiado el uso de fuentes menos ortodoxas, tales como películas, revistas femeninas y publicaciones de interés general. Allí se encuentra información de primera mano que otras fuentes, en la mayoría de los casos, desdeñan o suplantán.

El análisis de las fuentes es sólo cualitativo, no hay cálculos, ni gráficas, ni la elaboración de series documentales; las fuentes se seleccionaron con base en su reputación y su disponibilidad.

Las información que data de los años 50's proporciona una imagen de la sociedad norteamericana filtrada por la perspectiva de reguladores y teóricos, voceros en este caso de los valores y símbolos de la clase media alta. Desmenuzar sus principios discursivos, ver a través de ellos el panorama social de las mujeres suburbanas, resume la trama de esta investigación.

8

PRIMERA PARTE

EL SIGLO DEL HOMBRE COMUN

Y

EL GOBIERNO DE LA ELITE CORPORATIVA

La democracia del ciudadano medio

Para los norteamericanos, el modelo social que había surgido de la revolución industrial del siglo XIX se había mostrado anticuado y pernicioso en las primeras décadas del presente siglo. Llegada la Gran Depresión, la crisis se achacó a la inoperancia del modelo capitalista en uso.

No se estaba hablando sólo de un conjunto de normas de producción, sino de todo un modo de vida que debía ser sustituido. La competencia salvaje, el anonimato en las ciudades, la rendición de la naturaleza ante el concreto, la corrupción industrial, la explotación cínica de obreros, la erosión de los valores tradicionales rendidos a la lógica de la producción, entre muchas otras cosas, fueron atacadas en la nueva versión de los cincuenta de manera muy distinta a como lo fueron en el *New Deal*.

Al proyecto social norteamericano de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, se le conoció como capitalismo del pueblo, o lo que podría denominarse como la democracia del hombre común. No pueden entenderse las distintas presiones sociales que empujaron a la exaltación de las labores domésticas de las amas de casa, si pasamos por alto que formaron parte de diversos mecanismos que incluyeron, a la vez, la vuelta a la normalidad y la renovación de los valores nacionales norteamericanos. Esto fue un proyecto que, apoyado en la prosperidad creciente, estableció una política orientada en teoría a servir al ciudadano medio, a conciliar los intereses de los grupos sociales en conflicto, a

erradicar los excesos políticos, y sobre todo, a fortalecer las instituciones básicas del estilo de vida norteamericano, a saber, la familia, la comunidad, la religión y la escuela.

La percepción generalizada entre los teóricos de la sociedad norteamericana sostuvo que, dentro del modelo previo, una élite reducida acaparaba el poder y el control sobre los medios productivos. Dueña exclusiva de los excedentes, sembraba la inextirpable semilla de la desigualdad monopolizando por igual el ocio, el status, el buen vivir y las oportunidades de desarrollo personal. Tales eran las determinaciones de un sistema esclavo de la producción y dominado por el trabajo y la feroz competencia social.

En el sistema postindustrial, declararon los artífices del proyecto social de posguerra, los excedentes se multiplicarían y se repartirían gracias a la revolución tecnocientífica, que abría las puertas a la erradicación de las contradicciones del capitalismo. A la par de una dilución del poder y de la democratización del control de la organización productiva, tendría lugar la progresiva igualdad de oportunidades de ascenso económico. Por consiguiente, los privilegios de la élite se volverían populares, una especie de moneda corriente norteamericana. Los miembros de esta sociedad habrían dejado de consumirse en el sostenimiento de su economía.

Y en efecto, implicaba reformas en los usos y en las costumbres, en la vida pública y en la privada. Nadie mejor que el director de cine Frank Capra para abarcar todas las aristas

del proyecto social de posguerra en una película. Su State of the Union de 1948 llega al corazón de las aspiraciones de un pueblo cansado de décadas de crisis y de guerra. En esta cinta, un industrial de ideas innovadoras, un hombre hecho a sí mismo, partidario de la honestidad política, de la democracia clásica y de un propósito nacional, se opone a las maniobras de los políticos profesionales que habían controlado el país desde la Depresión.

En la cinta, la fría y calculadora Kay, "mujer con cerebro de hombre", una de las cabezas del Establishment Republicano y dueña de un emporio periodístico, impone al industrial Grant como precandidato del Partido gracias a su influencia. Kay tiene relaciones con el moralista Grant, casado y con dos hijos. En un principio Grant defiende los principios de productividad, de conciliación del capital y el trabajo, de la elevación gradual del nivel de vida del pueblo y del sometimiento de los políticos al interés nacional, pero Kay logra someterlo al influjo de los grupos de interés establecidos.

La transformación política de Grant se traduce en una lucha sentimental entre Kay y la señora Grant por el cariño de su hombre. Al decidirse por su amante, Grant ha olvidado su deber moral a la familia y a la democracia. Su mujer, una esposa y ama de casa modelos, se niega a apoyarlo y lo obliga a elegir. Grant finalmente retorna a sus ideales: la democracia popular, la moralidad política, los valores familiares; en fin, desprecia a la dominante Kay en nombre de su femenina esposa legítima. No se

pudo dar una metáfora más completa de los valores que estaban imponiéndose.

Por su parte la famosa publicación *Ladies' Home Journal* respondía a esa misma orientación nacional en su serie *How America Lives*. Esta fue, en sus inicios, un medio de dar a conocer casos concretos de familias consideradas representativas. Durante la guerra, a través de tales ejemplos, se dedicó a demostrar que la democracia norteamericana no era débil ni decadente. Desde entonces su propósito declarado fue mostrar la imagen de unos E.E.U.U. alejados de los extremos ideológicos y cuya población sólo se preocupaba por vivir lo mejor posible.¹

Los editores de *How America Lives* se esforzaron por elaborar contrapesos a la imagen de una nación en conflicto, a la que los medios habían dado tanta relevancia, e imponer otra, la de la grandeza de la gente común.

El crimen y la violencia han sido exagerados en los encabezados. Se privilegia en las noticias la corrupción política y los engaños financieros. Las películas han proyectado con frecuencia unos E.E.U.U. en extremo inmaduros. Y el interés egoísta de muchos grupos, tal como lo describe la prensa, hace ver a E.E.U.U. como una nación en guerra interna. Pocas veces, en otras palabras, los encabezados, noticias, películas, artículos y libros, muestran al verdadero norteamericano representativo. Se pone énfasis en los extremos, y poco se publica sobre el hecho, establecido por la encuesta Gallup, de que el individuo norteamericano por lo común coloca el bien nacional sobre sus preocupaciones egoístas. Rara vez se escribe

1 "How America Lives: Behind the scenes", en: *Ladies' Home Journal*, mayo 1948. La serie promovía una mayor interacción entre los expertos y la gente común; sus materiales sobre las familias típicas sirvieron en cursos de Sociología, como apoyo para películas y fueron empleados por el Departamento de Estado para configurar la imagen que E.U. ofrecía al mundo.

sobre el pilar de E.E.U.U.--el individuo promedio, digno, amante de la familia, valiente--.

En la democracia del hombre común los héroes tradicionales dejaban su lugar al ama de casa y al hombre de traje y portafolio. De acuerdo a esta filosofía, el éxito no descansaba en superar al resto sino dar lo mejor de sí en la labor diaria. Para triunfar no se necesitaba ver el nombre propio en luces brillantes. Se reconocía que los beneficiarios de la competencia por los puestos y las ganancias no siempre triunfaban gracias a sus méritos personales; además, en la lógica y la aplicación de las reglas de triunfo anteriores, estaban presentes la explotación, los lazos de la tradición y la injusticia. Ser normal, en cambio, representaba ser feliz; todo esfuerzo por elevarse encima de lo común, la competencia por sobresalir, implicaba angustia e infelicidad.

Para las mujeres no había mejor ocupación que la del hogar y ellas debían saberlo y disfrutarlo. La inclinación a lamentarse por no poseer una profesión prestigiosa no tenía ya razón de ser.

"Sólo ama de casa", ¡al demonio! Usted debe estar orgullosa de la más grande ocupación de la humanidad -- formar un hogar, construir un matrimonio, tener y educar hijos, dar a E.E.U.U. y al mundo nueva vida y fortaleza. No diga otra vez "sólo una", Sra. Smith.²

Existió una tensión operante a lo largo de la década entre la norma de conformidad y el sueño de la fama. No fue posible erradicar el culto a los héroes, sólo se les sustituyó, de la misma forma que tampoco se detuvo el creciente flujo de mujeres a

2 Edward Prager, "Just a Housewife", en: Coronet, mayo 1950.

una actividad fuera de casa.

Las contradicciones prácticas del discurso sobre la conformidad, creado no por, sino para consumo del llamado hombre medio, se plasmaron en argumentos cinematográficos. En It Should Happen to you (1954) Judy Holliday pudo renunciar a ver su nombre en un anuncio a cambio de una vida marital feliz, y Dick Powell recapacitó sobre el daño que había provocado al anhelar una vida más excitante que el rutinario trajinar suburbano en The Pitfall (1948).

Los ciudadanos comunes emprendieron la búsqueda de placer de acuerdo, en un principio, a los parámetros a la mano que el universo corporativo les tenía ya preparados; para desoartarlos, más tarde, por estrechos, y asirse de criterios distintos, más elevados o más hedonistas, que desbordarían los moldes originales. Esa historia, la del desafío de los objetivos establecidos de goce vital, juega un papel importante en nuestro tema.

La revuelta contra el racionalismo

Volver a la normalidad ha sido una forma afortunada, pero no exacta, de describir los anhelos de posguerra. Es cierto que, primero debido a la necesidad económica y después a la militar, no hubo un sentido de estabilidad extendido entre la población norteamericana. Sin embargo, la normalidad que se restituyó tras el fin de la Segunda Guerra Mundial no significaba restablecer el pasado, sino renovar la nación en todos aspectos.

La búsqueda de confianza y seguridad en un mundo de organizaciones impersonales hizo voltear a muchos al apoyo que ofrecían las instituciones tradicionales y sus valores, al tiempo que el anticomunismo nutría una atmósfera de desconfianza, incluso intelectual, hacia el activismo político.¹ De hecho, la situación era propicia para un resurgimiento conservador, pero no para su encumbramiento. La cruzada conservadora, que la hubo, chocó contra la barrera de una época despolitizada.

Normalidad, asimismo, era un término empleado en el rechazo al pasado inmediato, a ese corolario de las mismas tendencias que, se creía, habían llevado a la crisis, a la guerra y al Holocausto.

Los empresarios celebraban el Estado corporativo de la posguerra y lo comparaban positivamente con la "violencia industrial" y la falta de compromiso social de la iniciativa privada que dieron lugar a la intervención masiva del Estado y al establecimiento del *New Deal*:

...el rostro de E.E.U.U. hace veinte años y durante el tormentoso período de los treinta, fue el una sociedad que no podía, no sabía cómo resolver, los problemas internos que amenazaban destruirla.²

Algunos otros consideraban que el radicalismo intelectual había alejado a los norteamericanos de sus valores fundamentales.

Los portavoces de la religión se sentían defensores de una

1 Cfr. George H. Nash, La rebelión conservadora en Estados Unidos...

2 U.S.A. The Permanent Revolution... "The American Way of Life", p.

causa decadente frente a un mundo hostil, según nos relata el teólogo judío Will Herberg:

[La indiferencia religiosa] es realmente un grito lejano que llega de los años de la década de 1920, cuando la religión y las iglesias se hallaban en receso, cuando la fe se consideraba como signo de retroceso intelectual o de necesidad y cuando la primera palabra la tenían los "emancipados derrochadores de las supersticiones del vulgo" y de la llamada "comarca de la Biblia".³

Otros más culpaban a la educación progresista de reducir la enseñanza a una poderosa herramienta de progreso económico y fuente de prestigio, o bien, a una fábrica de empleados eficientes y obedientes.⁴ La educación progresiva, o deweyismo, debía de haber instaurado el ruinoso dominio de las teorías seculares en la nación.

Esta interpretación alojaba variadas vertientes. Los neoconservadores,⁵ por su parte, lamentaban que el *New Deal* había iniciado una conspiración para corromper la democracia hasta convertirla en coercitiva, plebiscitaria y totalitaria. Reconocían una línea progresiva de destrucción de las

³ Will Herberg, Católicos, Protestantes y Judíos..., p. 78.

⁴ Cfr. Nash, Op. Cit., Apud. Richard Weaver, Ideas Have Consequences, (1948).

⁵ El neoconservadurismo fue el movimiento intelectual de la derecha norteamericana. Tuvo básicamente tres vertientes, a saber, los "liberales clásicos" o "libertarios", los "tradicionalistas" y los anticomunistas militantes. Luchaban contra la herencia política e intelectual del *New Deal*, respaldaban la libre empresa, el individualismo y la tradición. A pesar de las acusaciones de intelectuales liberales, el neoconservadurismo no fue la pluma a la orden de la comunidad empresarial. Durante los cincuenta, los neoconservadores se agruparon alrededor de las publicaciones Modern Age: A Conservative Review, The Freeman, National Review. Cfr. Nash, Op. Cit.

asociaciones intermedias entre el individuo y el Estado, que habian conducido al aislamiento y masificación del individuo.⁶ De la época inmediata anterior, concluyeron en un ambiente proclive a la sospecha, provenia la conspiración comunista en el gobierno norteamericano que amenazaba corromper la sociedad entera.

Llaman la atención las repetidas e idílicas referencias a la Edad Media que aparecen en los escritos de muchas plumas conservadoras y progresistas de la posguerra. Si su ataque en realidad aludía a las subversiones sociales recientes, lo justificaron mediante una crítica radical a las ideologías de la modernidad. La inconformidad se remitió de inmediato al nuevo horizonte abierto a la superpotencia: Occidente estaba en crisis y Estados Unidos debía erigirse en su campeón. El racionalismo y el radicalismo eran los culpables de la degradación moral, con sus ideas y valores espurios que estaban corrompiendo a los norteamericanos inocentes, virtuosos, pragmáticos y ajenos a las decadentes ideologías del Viejo Mundo.

No hubo un acuerdo generalizado en cuáles eran los efectos perniciosos de la modernidad. Tal indefinición constituía parte del atractivo de estas ideas. Todas las racionalizaciones, empero, giraban alrededor de los valores sociales. Los análisis del neoconservadurismo, por citar un ejemplo, repudiaron las teorías optimistas de la historia y afirmaron que el

6 *Ibidem.*

totalitarismo era su vástago, o bien, el producto de su fracaso.⁷ El relativismo moral, agregaban, se iba imponiendo a través de las leyes y la educación. Lo que distinguía a los liberales radicales de los comunistas eran los métodos, pues compartían sus fines.

Conservadores y liberales coincidían en ver en el comunismo una amenaza global. Esta visión que implicaba la teoría de una "guerra civil interna", moldearía en adelante la atmósfera política norteamericana.

Fue la crítica rotunda al racionalismo en cualquiera de sus versiones lo que unía en última instancia el discurso político conservador con el de los científicos sociales y de la psique, de credo liberal y progresista. Ambos grupos contribuyeron a la visión romántica de inocencia nacional que descansaba en la propuesta de buscar refugio en los valores tradicionales preservados en el hogar, la iglesia y la escuela.⁸ Pronto el culto a esos valores constituiría el molde del consenso norteamericano.⁹

7 Idem.

8 Nash apunta que el neoconservadurismo atacó en primera instancia a la revuelta de la masa para después exaltar al ciudadano común. El paso me parece del todo lógico.

9 No obstante, esta época tachada de antiintelectual no definió sus posturas discursivas exclusivamente en un anti: Hubo una efervescencia intelectual, aún menospreciada, y propuestas innovadoras que alimentaron filosóficamente a no pocos de sus detractores futuros; mas los detalles corresponderían a otro trabajo.

La ideología del poder: ética social y Estado corporativo

A pesar de las pretensiones historiográficas en boga en las últimas décadas, no fue sino hasta la posguerra cuando los E.E.U.U. se constituyeron en una sociedad de clase media. Fue entonces, y no antes, cuando se fue descubriendo, proyectando, la vida de clase media como el estilo de vida nacional, dejando atrás una época menos próspera de estilo aristocratizante conjugado con otro de clases bajas. Tal alteración correspondía a la prosperidad sustentada en la nueva revolución en la producción, el consumo y el ocio, que hizo posible superar la mentalidad de la producción de una sociedad sin excedentes, con su ética del despilfarro o la austeridad. La ética tradicional del trabajo, con sus admoniciones hacia la vida simple, la laboriosidad y la dedicación, así como sus impulsos individualistas, hubieron de reorientarse hacia las nuevas reglas de competencia, es decir, hacia la colaboración y el beneficio mutuo. El nuevo concepto de éxito remitiría al molde corporativo, a la vida familiar y al bienestar personal.¹

A tal identidad correspondía un punto de vista moral y una ética renovada. A esta última William Whyte la nombró "ética social". En su faceta normativa, discursiva y pública, la ética social fue configurada por los expertos y los técnicos de las corporaciones, nuevas fuentes de poder y concesionarias del éxito

¹ Cfr. David Riesman, Selected Essays From Individualism Reconsidered..., "New Standards for Old: From Conspicuous Consumption to Conspicuous Production".

en la época.²

Sus antecedentes intelectuales se localizan en las doctrinas que desde el siglo XIX acentuaban el papel del ambiente social en el desarrollo del individuo, en detrimento del enfoque individualista de la tradición norteamericana, pero en apoyo de aquel otro, no menos añejo, del pragmatismo orientado al bien común. Personajes tales como William James, John Dewey, Charles Beard y Thorstein Veblen, encontraron injusto y falso el argumento de que el hombre se desarrollaba de acuerdo a su libre voluntad y de que su bienestar era producto de su iniciativa personal. Pronto arribaron a la creencia de que los males sociales podrían resolverse con la aplicación práctica del conocimiento y la creación de un ambiente material adecuado.³

Tras la Primera Guerra Mundial, estas ideas, empujadas contra los efectos negativos del Darwinismo social, comenzaron a imponerse sobre la debilitada ética individualista; gracias, en parte, a la desconfianza creciente hacia la honestidad del mundo de los negocios y la política.

Su triunfo definitivo arribó junto con el *New Deal* que, en la tarea de superar la Gran Depresión, estableció la responsabilidad social positiva del Estado y su obligación de conciliar, en nombre del bien común, los distintos intereses en

2 Cfr. William Whyte, *The Organization Man...*

3 *Idem.*

pugna.⁴ En los 30's el poder lo ejercieron los políticos. La hegemonía de los grandes intereses económicos se cuestionó y se optó por sustituirla. Creyentes en la utilidad de la planeación racional y de la conciliación de las fuerzas sociales para resolver la crisis, los políticos del *New Deal* introdujeron en su programa general de reformas los problemas de legislación social y las inquietudes de los grupos no privilegiados.

De esta forma, el *New Deal* creó centros rivales de poder que desafiaron a los directivos de las grandes compañías, cuyas prerrogativas habían ido incrementándose sin interrupción. Resolvió asimismo los conflictos entre pequeña y grande propiedades estableciendo equilibrios entre los grupos agrícola, obrero y mercantil. La estrategia surgió efecto.

No obstante, las grandes compañías se repusieron de las pérdidas de esta década radical y política poniéndose a la vanguardia de las propuestas estatales y asegurando la transición hacia una economía sólida y próspera; es decir, monopolizaron los medios económicos, de organización y tecnológicos, indispensables para aprovechar la nueva etapa de la revolución industrial, y sin los cuales, la economía norteamericana se habría ido a pique.⁵

A partir de la Segunda Guerra Mundial se estableció una duradera alianza de tres elementos que se superponían y actuaban en provecho de sus intereses comunes: ejecutivos-gobierno-

4 Idem., "The decline of the Proteatant Ethic".

5 Cfr. Wright Mills, La élite del poder..., p. 253-258.

ejército; el eje del sistema corporativo.⁶

Regresar a las tácticas de explotación de antaño era virtualmente imposible. Las distintas corporaciones promovieron la orientación social de la producción. Pueden darse algunos ejemplos: El empleado de las corporaciones gozaría de sueldo creciente, cursos de capacitación, vacaciones más prolongadas y servicios de otro tipo, como médicos y financieros; las corporaciones institucionalizaron la filantropía, al tiempo que se inmiscuían en todas las etapas de la producción y el consumo, a través de medios tales como el apoyo a la investigación y el manejo de la industria publicitaria.

El aumento de poder real de las corporaciones alentó a la instauración en su interior de una jerarquía de prestigio y mando con reconocimiento social. Así también, se arrogaron otros valores y funciones extraproductivos. La ética social proporcionó al quehacer corporativo un sentido moral y lo colocó en la cima del imaginario nacional.

Por todas estas razones, David Riesman llamó a las corporaciones "jóvenes Estados benefactores".⁷

Los intereses corporativos prevalecieron durante la administración Eisenhower. Lograron establecer un consenso y un sentido de pertenencia en la élite del poder, los únicos reales de la época. El discurso predominante entendía las esferas pública y privada como espacios excluyentes; las grandes

6 Idem.

7 Cfr. Riesman, Op. Cit. en el capítulo ya citado.

compañías se erigieron nominalmente como representantes de la última, cuando en realidad formaban parte integral del Estado en una alianza orgánica. Los testimonios de lo último fueron varios. En primer lugar en las leyes de impuestos que permitían a las compañías deducir las contribuciones a instituciones educativas y de caridad, lo mismo que en el trabajo conjunto de investigación y desarrollo, y los enormes contratos gubernamentales a ciertas empresas.⁸ También se podía vislumbrar en la labor de las barras de abogados, las cuales gozaban de autoridad delegada por el Estado y, al mismo tiempo, eran representantes informales de las grandes empresas.

Incluso a nivel político, críticos de la talla de Wright Mills veían con preocupación que las instancias intermedias del poder (en particular, el Congreso) perdían importancia, mientras las iniciativas y decisiones políticas recaían en la rama ejecutiva; al tiempo que la transferencia de "capacidad ejecutiva" hilaba la red de contactos e intereses entre la élite corporativa al poner a un mismo conjunto de hombres en cualquier sitio del eje ya mencionado.⁹

Si bien la élite corporativa manipularía la ética social en beneficio propio, la lección aprendida durante los treinta no se descartó. Se sabía que el mejor medio de conservar el poder era pretender no ejercerlo. La ética social, por consiguiente, no

8 Cfr. Rockefeller Brothers Fund. Prospect for America..., "The Private Sector".

9 Cfr. Mills, Op. Cit., "La élite del poder".

alababa su estilo de vida ni encontraba en ella sus voceros formales. Empero, los medios reconocidos de éxito giraban alrededor del camino para acceder a la élite o servirla directamente. Gracias a esta mediación, los valores elitistas pudieron posteriormente cubrirse de tintes democráticos y un impulso materialista transformarse en un imperativo moral.¹⁰ Los ideales de productividad, movilidad social, consumo, satisfacción material, en el contexto de la ética social, lograron erosionar las barreras morales tradicionales.

La ética social fue invención de los hombres corporativos (*organization men*), ese grupo intermedio entre los obreros y los ejecutivos, encargado de las funciones intelectuales y de organización de las empresas. Establecieron por medio de su ideología una posición ventajosa frente a los obreros y frente a los directivos, pues plantearon que la élite directora de los procesos productivo y social debía disciplinarse por el código científico-ético, su monopolio. Con ello buscaron asegurar su influencia en el liderazgo y se crearon un espejismo de poder real. Las diferencias ideológicas y el conflicto entre el técnico y el ejecutivo se concebían ruinosas, una suerte de anomalía de acuerdo a las normas del sistema productivo cuyos fines y métodos se elevaban por encima de los individuos.¹¹

Asimismo, la ética social atacó la irresponsabilidad

10 Las obras ya citadas de Mills y Whyte contienen este mensaje aunque con distintas consecuencias.

11 Cfr. Whyte. Op. Cit.

comunitaria de los líderes industriales y el estricto control gubernamental en la economía que habían provocado la masiva intervención estatal en los treintas. Inculcó entre los accionistas, empleados y público en general, la imagen de ejecutivos comprometidos con la comunidad a tal grado que eran claves para el autogobierno ciudadano. La propiedad, concluía, a diferencia de antaño, iba acompañada ahora de desinteresadas responsabilidades sociales.¹²

Los altos ejecutivos, empero, no se preocupaban mucho por aprender y practicar la ética social y se conformaban con cumplir con sus rituales públicos. Entrenados en los anteriores hábitos empresariales, regían su trabajo de acuerdo a valores anticuados; el requisito de trabajo comunitario lo realizaban por compromiso y no por un impulso personal y espontáneo.¹³ La nueva generación, en cambio, ambicionaba algo distinto; deseaba ser un producto de la empresa misma. Unos y otros reconocían que su éxito dependía no de criterios científicos de eficiencia, sino por reglas subjetivas de selección, cuyo único criterio operante era la capacidad de asimilarse al estilo, pretensiones e intereses del grupo directivo. Los *organization men* eran conscientes que el sistema de cooptación en el ascenso corporativo imponía topes a sus aspiraciones.

12 Cfr. U.S.A. *The Permanent...*, "The Busy, Busy Citizen" y "The Problems of Free Men"; además, Richard Hofstadter, "The Pseudo-Conservative Revolt", en: Daniel Bell (ed.), *The New American Right...*

13 Cfr. Whyte, *Op. Cit.*, "The Executive: Non-Well-Rounded Man".

Otra razón para que las corporaciones apoyaran incondicionalmente la ética social, era la promesa implícita en su discurso que establecía una unidad de propósito nacional alrededor de la prosperidad económica. La preocupación principal de los economistas de la época había sido descubrir la fórmula para evitar una nueva Depresión. La corriente keynesiana, la de mayor auge, aseguraba que la prosperidad extendida, la expansión económica y el mejor nivel de vida erradicarían los problemas sociales.¹⁴ Se confió en que el poder y el prestigio corporativos ofrecerían seguridad. En verdad, los nuevos fines económicos, se pensaba, requerían de la participación conjunta de todos los agentes productivos bajo la égida de los altos directivos, líderes naturales de la era tecnológica.

Un prejuicio que adquirió valor científico en esos años fue el de la debacle de los valores tradicionales norteamericanos durante el ciclo de la crisis económica. Baste señalar por ahora que ante el conflicto de valores en un contexto de indeterminación, la ética social anhelaba determinar y justificar científicamente los valores morales; ambicionaba eliminar el desarraigo y la confusión. Su utopía se resumió en la ingeniería social, una ciencia práctica de nobles principios, distinta a las ciencias sociales, pero a las que pretendía normar. Se le encontraba por igual en las llamadas comunicación de masas que en el adiestramiento de personal. Sus creencias básicas consistían en el grupo como fuente de creatividad, la "pertenencia" como

14 Cfr. Galbraith, *Op. Cit.*, "Introduction to the Second Edition".

necesidad primaria del individuo, la coincidencia de los intereses y propósitos de la comunidad y del sujeto, y ante todo, el deber de la ciencia de sujetarse a estos fines. A las corporaciones les fascinó esta tendencia a enunciar todos los problemas en términos de ingeniería humana.

La ingeniería social se fundaba en la teoría del equilibrio, la sociedad perfecta se componía de ciudadanos enlazados en un sentido de pertenencia y seguridad, producto de su integración total en el ámbito comunitario. De acuerdo a este parámetro de salud social, los conflictos eran negativos por naturaleza, y positivos los valores de integración. La dinámica de grupo era la clave exclusiva del buen desempeño. Su doctrina, el trabajo de equipo. La justificación operante se reducía a un hecho innegable, pero manipulado hasta el ridículo: la industria y la sociedad modernas eran tan complejas que sólo la colaboración planificada podría echarlas a andar. La creatividad personal se entendía limitada, mientras el equipo sacaba lo mejor de cada uno. El genio independiente era inconcebible.¹⁵

En el ámbito de las relaciones laborales, la ética social fue interpretada como una cruzada democrática en contra del autoritarismo y a favor del hombre de enmedio.¹⁶ No fulminó a la ética protestante, como acusarían sus detractores; simplemente separó la disciplina del trabajo del tiempo libre y reorientó la competencia a cooperar mejor que otros. Estos nuevos tipos de

15 Cfr. Whyte, Op. Cit., "Scientism".

16 Idem., "Togetherness".

individualismo y competencia se localizaron en el mundo corporativo. "En los E.E.U.U. de hoy", reconocía un grupo de expertos, "la gran corporación se ha convertido en la principal arena para la competencia individual".¹⁷ La ética social prolongó la creencia en el ascenso gracias al empeño y la eficiencia, a la solidaridad y a la cooperación. La competencia, argumentaban, se había vuelto justa, no egoísta, y sometida al ambiente de hermandad y trabajo en equipo. Los aspirantes a ejecutivo educados en la vanguardia teórica se enfilaban a dejar de lado el individuo creativo y convertirse en reguladores, personas con "carácter", capaces de manipular tanto a sus subordinados como a las variables de los negocios. Su talento suponía la habilidad de delegar correctamente las responsabilidades a comisiones y expertos, carentes de poder real de decisión. La virtud esencial que deseaban, en resumen, era saber adaptarse. El modelo del ejecutivo-administrador se impuso. Aquel que era innovador en tanto conciliador y motivador; ni especialista ni autoritario. "En el viejo sentido del término", explica Whyte, "él no trabaja; él impulsa a otros a trabajar. El no crea; él modera y ajusta a los que crean".¹⁸

Las relaciones entre la ética social y la democracia del hombre común son tantas que podrían identificarse una con la otra. En su apoyo vinieron la ciencia funcionalista y los teóricos sociales que crearon la noción de un subsistema

17 Rockefeller Brothers Fund, *Op. Cit.*, p. 452.

18 Whyte. *Op. Cit.*, p. 128-9.

productivo, parte de un gran sistema social en el que los elementos no jugaban el papel de jefe y subordinado; y que ese sistema esencialmente benévolo daba sus frutos en progresivas igualdad y libertad. En eso consistiría el nuevo ideario de la democracia norteamericana.¹⁹

El siguiente paso fue explicar la democracia norteamericana a partir de la base material. Abundancia y libertad se daban la mano. Libertad e igualdad se asimilaron a oportunidades de ascenso económico para la mayoría. El individualismo, valor trascendente en el imaginario norteamericano, se había adaptado a exigencias corporativas. La existencia de un Estado en crecimiento y su asociación con las corporaciones estaban justificadas por una necesidad funcional, práctica, impuesta por las características del moderno proceso de industrialización.²⁰

Los proyectos y promesas de estas doctrinas se vendieron como la feliz realidad. La competencia ya no era salvaje sino creativa, comunitaria; habían desaparecido la explotación y la lucha de clases; la abundancia se repartía entre todos, y el materialismo era el paso lógico hacia la liberación del espíritu de sus cadenas físicas. La prosperidad y la pertenencia eran la solución a los malestares sociales; las corporaciones, su fuente. El gobierno debía dedicarse a administrar y apoyarlas para que aquéllas se hicieran cargo del sistema productivo y del bienestar

19 Cfr. John Kenneth Galbraith, The Affluent Society..., y David M. Potter, People of Plenty...

20 Cfr. Talcott Parsons, "Social Strains in America", en: Daniel Bell (ed.), Op. Cit.

de la nación.

El capitalismo del pueblo se desarrolló como el proyecto de la clase media alta, en el que se preservaban el individualismo, el dinamismo, el pragmatismo, la Constitución, la libre empresa, la competencia y la movilidad social, propios de la grandeza norteamericana, pero que agregaban un sentido humanitario plegado a los fines de servicio, asistencia y bien general. Un sistema optimista y bondadoso.²¹ Una democracia corporativa.

El sistema en acción: ética social y movimiento obrero

El capitalismo del pueblo se desplegó en varias direcciones para nulificar los excesos de la era del *New Deal*. Uno de sus logros más significativos fue la neutralización de las aspiraciones de poder de los sindicatos de la posguerra. La estrategia que se aplicó fue similar en naturaleza a la que se aplicaría para aliviar las angustias del ama de casa norteamericana.

Las demandas de los sindicatos, asumieron los industriales, respondían a la proletarización material y emocional de los trabajadores, engendrada por el capitalismo de viejo estilo. La proletarización correspondía, por un lado, a la amenaza siempre latente de pauperización o pérdida del empleo; por otro, a la pérdida de creatividad, dignidad y prestigio social del trabajo industrial. Esta última llevaba a los obreros a un sentimiento de impotencia, inferioridad y aislamiento ante el resto de la

21 Así lo establece Will Herberg, *Op. Cit.*

sociedad; esto, a su vez, los empujaba a desafiar el orden industrial establecido, en el que veían erróneamente la fuente de sus desgracias. En tales términos se definió la explotación de que sufrían los obreros.¹

Contra el primer término se podían esgrimir beneficios materiales posibles gracias a la bonanza económica. La segunda, en cambio, requería apelar a factores psicológicos: el rescate emocional a través de la restauración de esa dignidad perdida en su trabajo y status social, haciéndolos participes de la organización productiva, convirtiéndolos también en miembros de la empresa. Las corporaciones, entonces, se avocaron a apelar al área emocional. Tal fue la premisa del nuevo pacto entre el capital y el trabajo, en el que obreros e industriales acatarían sus roles naturales y eliminarían la explotación bajo la bandera de la revolución tecnocientífica.

El problema no era nuevo; ya había puesto en alerta a los teóricos del sistema industrial. Las estrategias a este respecto tenían ya un acervo teórico bien estructurado. El investigador Elton Mayo inició, en la década de los veinte, el afán cientificista por manipular las variables involucradas en el proceso productivo para establecer la solidaridad entre las partes y así erradicar las tensiones. El argumento básico e innovador de Mayo establecía que los conflictos entre el capital y el trabajo eran de comunicación. Sus pupilos Lloyd Warner y el

1 Estos argumentos proceden de las fuentes que serán citadas a lo largo del apartado. Esta interpretación tuvo tal alcance que Camus la incluyó en El hombre rebelde.

historiador Frank Tannenbaum establecieron que los hombres por naturaleza necesitaban pertenecer a grupos sociales estables. El último llegó hasta concluir que una meta social consistía en el arraigo del trabajador a un grupo con costumbres, leyes y guías que lo hiciesen pertenecer a éste.²

Desde 1933 se sucedían las victorias sindicales. Durante la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes sindicales presionaron abiertamente para involucrar a los obreros en la toma de decisiones de la empresa. Aprovechando el clima propicio a la legislación laboral liberal, el Consejo de Organizaciones Industriales (CIO) creó un Comité de Acción Política (PAC) con el fin de influir en el Partido Demócrata y lograr la unificación del capital y el trabajo en la labor de asegurar una legislación de empleo para todos, seguro social, derechos civiles y educación universal.³

Esta relación de fuerzas desfavorable a los intereses industriales se invirtió en la posguerra, en gran parte por la

2 Elton Mayo se hizo famoso por un estudio de la organización de la planta de la Western Electric en Hawthorne, Illinois (1927). Defendió la organización medieval en *The Social Problems of an Industrial Civilization*, un elogio a las corporaciones; estableció en él la urgencia natural de los hombres a pertenecer.

Warner y sus colegas explicaron una huelga en Newburyport, Mass., por efectos de la falta de integración de los trabajadores al sistema en *The Social System of the Modern Factory*, que es un elogio a la comunidad. Finalmente, el historiador Frank Tannenbaum exaltó la Edad Media y atacó el individualismo en su obra *A Philosophy of Labor* (1951), que es un elogio a los sindicatos. Cfr. Whyte, *Op. Cit.*, "Belongingness".

Sobre la pervivencia en la actualidad de estos criterios y sobre la historia de la expropiación de funciones sindicales por el eje corporativo, véase el artículo de Dan Cornfield "Making a Meaningful Labor Movement", en *Tikkun*, julio-agosto 1994.

3 Cfr. William Chafe, *Op. Cit.*

nueva organización estatal, los requerimientos prácticos de la producción y por la ola anticomunista. Una serie de huelgas que terminó con la de la *Union of Auto Workers* (UAW) en contra de la *General Motors* (1948) obligó a Truman a anunciar que el gobierno debía controlar las industrias vitales. Liberales y conservadores se opusieron por igual; Sin embargo, la tan añorada alianza obreros-liberales-progresistas nunca se concertó en los hechos, los altos directivos de las empresas encontrarían el antídoto adecuado.⁴ La atmósfera predominante jugaba también en contra del movimiento obrero. En una sugerente editorial de febrero de 1948, el *Ladies' Home Journal* clamaba por una manera de resolver la disputa laboral sin recurrir a la huelga, pues los intereses obreros podrían satisfacerse en un marco de conciliación⁵. En ella se aducía que al aumentar el nivel de vida, y con la mayor integración del sistema productivo, las huelgas eran irracionales:

Todavía la mayoría de los norteamericanos consideran el "derecho" de huelga como parte de una Carta de libertades civiles inalienables, aunque el desarrollo del orden económico ha hecho cambios y avances radicales. Debe quedar claro a cualquier persona pensante que cada gran huelga es hoy un acto de guerra contra decenas de miles, quizá millones, de inocentes, y que su resultado es, con probabilidad, más una muestra de fuerza que un acto de justicia.

Los industriales se avocaron a convencer a los obreros de que ambas partes defendían los mismos intereses, que el

4 *Idem.*

5 Dorothy Thompson, "The Century of the Common Man".

radicalismo no era el camino correcto. En resumen, a obtener disciplina sindical y excluirlos de las decisiones a cambio de sueldos mejores y crecientes, seguridad laboral, pensiones y prestaciones; y claro, un sentido de pertenencia y una revitalización de su status en la empresa.

Si esta táctica tuvo felices resultados, fue gracias a las abrumadoras ganancias que permitieron convencer a los trabajadores de que era preciso implementar medidas prácticas, y no ideológicas, para limar las diferencias, y de que ambas partes serían beneficiadas. La jerarquía industrial había salvado el pellejo.

Para ello se aprovechó, de hecho, la ola de anticomunismo, que persuadió a los dirigentes sindicales de borrar todo posible nexo con el radicalismo sin dejar la lucha por la justicia social. Los sindicatos optaron por cooperar con el sistema corporativo en la búsqueda de mayor status y seguridad social para sus afiliados. El *boom* económico acabó con las posturas socialistas dentro del movimiento laboral y terminó por desprestigiar la afiliación al mismo.

Las empresas aparecieron como amigas del trabajador y no sólo como tiranos. Al avanzar la década, la afiliación sindical disminuyó, puesto que la compañía daba por sí sola seguridades a sus empleados equiparables a la de los sindicatos, amén de un status mayor. Las normas de selección corporativa, así como la rigidez ocupacional que propiciaban los sindicatos, hicieron más factible para muchos el ascenso a través de la negociación

particular con la empresa. Los sindicatos perdieron fuerza, finalmente, al erigirse en mayoría los trabajadores de cuello blanco, menos proclives a formarlos.⁶

Los ejecutivos y sus expertos triunfaron en obtener de los trabajadores el juramento de lealtad al sistema. Materializaron su proyecto a tal grado que al inicio de la década de los cincuentas pudieron celebrar que los sindicatos norteamericanos carecían de una conciencia de clase, no eran proletarios y aceptaban el capitalismo.⁷ Su militancia y su éxito, proseguían, radicaban en la obtención de un mejor nivel de vida y una mayor intervención en la conducción de los asuntos de la empresa, de manera organizada, sin ideología, y de acuerdo a las demandas de productividad, que ya entendían como la motivación de un sistema que sometía todos los intereses particulares en pos del bien general y que daba a cada uno un papel funcional, práctico, no explotativo: de nuevo, la democracia norteamericana.

Lo que este novedoso trato nunca alcanzó a controlar fueron las ansiedades provocadas por la ambición de mayores ganancias y de ascenso social. La implantación de un sentido de pertenencia y permanencia en la organización fue siempre precario, en especial entre los mismos expertos y técnicos. Las barreras a la movilidad ocupacional y la conformidad con el puesto propio dentro de la organización fueron reforzadas por la política sindical de emular a las corporaciones y establecer una jerarquía propia y bien

6 Cfr. Whyte, Op. Cit., y Vance Packard, The Status Seekers.

7 Cfr. U.S.A. The Permanent Revolution.

definida.⁸ La prosperidad ascendente, sin embargo, mantendría invisibles tales barreras.

La muerte de las utopías. El culto a lo establecido

Es preciso describir aquí los rasgos de la religión de la clase media norteamericana. Estos, por un lado, muestran el grado en que la ética social había penetrado en la vida del país; por otro, brindan ejemplo de cómo el valor guía de la consecución del éxito va condicionando todas las esferas del pensamiento y la conducta. La religión serviría de instrumento para afianzar un status y conformar un estilo de vida. De ahí su inusitada popularidad, la prueba para los observadores de un renacimiento religioso, y su impotencia ante los imperativos mundanos, que desconcertó y desilusionó a teólogos tales como Herberg y Reinhold Niebuhr.¹ La importancia cotidiana de una afiliación religiosa específica giraba alrededor de la socialización con el grupo correcto y la reafirmación de lazos comunitarios, más que con el fervor piadoso.

Con todo, los cambios sociales sometieron el mensaje doctrinal a los anhelos de status y paz interior, y por supuesto, a las demandas de armonía social. Se anunció que un mejor gobierno y un mayor dominio tecnológico contribuían a la madurez psicológica y espiritual de los individuos.

8 Cfr. Vance Packard, *The Status Seekers*.

1 Cfr. Will Herberg, *Op. Cit.*; Reinhold Niebuhr, *The Irony of American History...*, y Lincoln Barnett, "God and the American People", en: *LDJ*, noviembre 1948.

La psicología, por su parte, se empeñaba en descargar a los sujetos de exageradas ideas, según las cuales era factible abolir los problemas sociales a través de la movilización y la crítica; es decir, los había liberado del yugo de las utopías. Enseñaba que los verdaderos problemas se encontraban dentro del hombre, no en el intrincado mundo externo.² El discurso religioso siguió el mismo camino.

En verdad, el sentido trágico de la existencia, y por ende el de la religiosidad, se esfumó junto con la inseguridad material, madre de las tragedias cotidianas. La religión de las clases bajas, empero, seguía ofreciendo consolación frente al fracaso. La religión de la prosperidad, en cambio, celebraba la existencia en detrimento del sentimentalismo religioso.

...muchas (que no todas) las Iglesias de clase acomodada tienden a generar el cómodo sentimiento de que todo dentro del sistema social está muy bien tal como es. Al avanzar la escala social, los servicios religiosos se vuelven menos emotivos y evangélicos, y más intelectualizados y limitados.³

La religión de la clase media se centró en la bondad del todo; un culto a la cultura y a la sociedad, en el que se reverenciaban los valores dominantes y el orden social prescrito; mientras el propósito nacional se identificó con el divino. Era un instrumento de adaptación y un lugar de sosiego y reposo de las preocupaciones cotidianas.

La fe adquirió un sentido supersticioso, terapéutico. Se

2 Cfr. U.S.A. The Permanent..., "The Problems of Free Men".

3 Packard, The Status Seekers, p. 205.

asumió que atraía salud y paz interior; que disipaba la ansiedad y el sentimiento de culpa; que era una fórmula segura de normalidad y autoaceptación imprescindibles para el bienestar personal y social. Dicho en otros términos: la superación del conflicto interior para adaptarse y triunfar. El sentido doctrinal de esta religión se sintetizó en el poder curativo del acto de creer.⁴

Religión de autosatisfacción nacional y de paz interior, había perdido el carácter militante que tanto añoraban los defensores de la religión dura. El padre Ford se decepcionó de que los norteamericanos, en pleno resurgimiento religioso, "admiten que no aplican esos principios [religiosos] a las mayores preocupaciones de su existencia social --negocios y política--."⁵ La religiosidad con carácter público por la que presionaron se dio, decepcionándolos por igual: La religión cívica, que también sirvió a los intereses corporativos.

...cuando vemos que poderosas corporaciones como la U.S. Steel, distribuyen entre sus empleados gran número de ejemplares del Guidepost, de Norman Vincent Peale; cuando vemos que un número cada vez mayor de firmas industriales incluyen en sus equipos de trabajo puestos permanentes de "capellanes", creemos que no carecen totalmente de fundamento nuestras sospechas de que las consideraciones de política de personal se han filtrado de algún modo en estas buenas obras de la religión.⁶

No hubo coordinación ni complot, aunque sí una actitud consciente en el apoyo de las empresas y el gobierno al tan

4 Cfr. Herberg, Op. Cit.

5 Barnett, artículo citado.

6 Herberg, Op. Cit., p. 329.

conveniente renacimiento religioso.

Personalidad eficaz. Las llaves del éxito

La ética social no se extendió de manera pasiva o inconsciente. Tampoco fue impuesta, sino inducida y aceptada por la población en cuanto instrumento en la carrera por el éxito y la supervivencia económica. Las presiones por ajustarse a sus patrones de valores y conducta, empero, superaban a los individuos de clase media que en más de un sentido la aceptaron gustosos. Es cierto, como afirma Whyte, que la filosofía de la convivencia en la empresa, el suburbio y el hogar, no debe simplificarse en conformidad pasiva; era una energética y sincera lucha por el consenso, por centrar la relación no en los conflictos sino en las características compartidas¹. El grupo era comparado con una familia en la que los miembros se protegían mutuamente. Se trataba hasta cierto punto de un imperativo moral, fácil de aceptar: el sistema había sido más que benévolo.

...pues ha habido una sucesión de ambientes muy benéficos: la Universidad, la paternalista, si no siempre agradable, vida militar; después, quizá, estudios de posgrado gracias a la *G.I. Bill of Rights*, un entrenamiento corporativo durante un período de expansión industrial y alta prosperidad, y, para algunos, la camaradería de [las comunidades suburbanas].²

Sin embargo, la espontaneidad era limitada. La cooperación y

1 Cfr. Whyte, *Op. Cit.*, "The New Suburbia: Organization Man at Home".

2 *Idem.*, "The Ideology of Organization Man", p. 437.

la adaptación guardaron reglas precisas. Las corporaciones exigían de sus empleados, a cambio de esas recompensas, una imagen y una conducta exterior particulares, y un consenso en los valores. Intervenían en sus hogares, sus gustos y hasta en su tiempo libre. Establecieron una vida social dirigida que atacaba la privacidad y la diferencia, promovía la pertenencia y el altruismo, la sociabilidad por sobre la expresión personal.

Al avanzar en la escala corporativa, se quejaba una esposa de un *organization man*, las familias de los empleados ingresaban en círculos más estrechos con reglas de comportamiento más estrictas:

¿Podría encajar y ser a la vez yo misma?, me preguntaba (...) La jerarquía social se recordaba al ejército. Aunque no usabamos etiquetas que designaran nuestro rango como capitanes o coroneles, nuestro status se definía con precisión (...) Status más que compatibilidad era el criterio de amistad. Cuando un hombre era ascendido (...) los viejos amigos se desechaban abruptamente.³

No hubo contradicción entre los valores de cooperación desinteresada y su empleo en la carrera hacia el ascenso. El éxito, al fin y al cabo, se compartía y no implicaba egoísmo. La ética social había eliminado las barreras de antaño y le había dado a aquel un cariz moral y patriótico. Constituyó el propósito nacional, y como tal, se expandió más allá de los límites de clase media. Fue la más poderosa arma de americanización en la década en que nació el *mainstream*, y, aceptando la sugerente

3 Alicia Lake, "I Hate my Husband's Success", en: McCall's, The magazine of Togetherness, julio 1958.

crítica de Riesman, también de imperialismo interno, pues definió el *melting-pot* al que todos debían abrazarse.⁴

El vehículo de esta ideología es lo que Mills llamó la "personalidad eficaz"; sus objetivos explícitos: una posición, un estilo de vida y el dinero en un segundo plano; dotes que carecieron de valores rivales en reputación.

Una famosa revista recomendaba para ser popular mostrar talento, agradar, integrarse, no mostrar insatisfacción, pero sí agrado y respeto por lo demás.⁵ La popularidad prometía un buen futuro. Era algo así como un entrenamiento en relaciones públicas; pero también se debía ser práctico y tener sentido común, lo que se identificaba con la capacidad de ascender ocupacional y económicamente.⁶

Donde quizá el influjo de esta nueva personalidad se hizo más evidente fue en la adquisición de un estilo de vida. Si un aspirante a ejecutivo deseaba mostrar a los demás, en particular a sus superiores, que tan fino, solvente y confiable ciudadano era, se veía obligado a rodearse de diversos símbolos de status: algunos materiales, como los correctos casa, automóvil, vecindario, ropa; otros relativos a sus contactos y círculos sociales, tales como clubes, denominación religiosa, escuelas,

4 Cfr. *Op. Cit.*, "A Philosophy for 'Minority' Living".

5 Jhan y June Robbins, "Teen-agers Tell How to Be Popular", en: *Reader's Digest*, noviembre 1958.

6 Cfr. Mills, *Op. Cit.*, "La inmoralidad mayor".

amigos.⁷ Estos parámetros se irían imponiendo a la población en general en tanto requisitos del modo de vida norteamericano, que a aquellos marginados de los medios reales de adquirirlo, la publicidad se los ofrecía empaquetados en miles de productos.

La personalidad norteamericana, afirmaba David Riesman, estaba siendo manipulada por las reglas de mercado: "...la autoevaluación se ha rendido al mercado; la falla en este mercado, o aun el miedo a fallar, se traduce en desprecio de sí mismo".⁸

Tales presiones no ahogaron del todo las expresiones libres y personales. Estas se dieron en distintas versiones. La apatía y la indiferencia fueron una de ellas. También una adaptación controlada; los suburbanos inteligentes, por ejemplo, cultivaban sus gustos personales y se alejaban un tanto de la vida vecinal, aunque desplegando el tacto adecuado.⁹

7 Cfr. Packard, *The Status Seekers*, "Clubs, Lodges and Blackballs".

8 Riesman, *Op. Cit.*, p. 54.

9 Cfr. Whyte, *Op. Cit.* Existía también una postura intelectual, retoño de las ideas de Albert Camus. Se trata de la liberación del yugo social a través de la conciencia y la razón. La rebelión contra el poder en nombre de una metahistoria colectiva traía beneficios dudosos; decir "no", ser indiferente a la moral impuesta, podía nulificar la opresión de los otros. Libre de dios y de las fantasías, el héroe de Camus podría ser feliz perteneciendo, siempre y cuando fuese libre internamente. Otra propuesta intelectual, la única militante en una época no radical y poco propicia para el intelectualismo, propuso el aislamiento como actitud moral. Este individualismo artificioso, profesado por críticos, pensadores y *beatnicks*, terminó reduciéndose a una pose y a una sanción indirecta a la noción de conformismo a la que se oponía. Sin embargo, la soledad y el aislamiento, protestas mudas al estilo de vida americano, se persiguieron como anómalas. Repárese un instante en la imagen de Lee Harvey Oswald creada por los medios después del asesinato de Kennedy. Era sencillo argumentar, lo creyera o no el público, que un solitario era la vez loco, conspirador, comunista y asesino.

Desigualdad de oportunidades. La contradicción básica del sistema

En su versión más idealizada, el modelo de democracia en E.E.U.U. prometía el ascenso social para todos y establecía el ideal imposible de la sociedad que aboliría las barreras al mismo.

La Gran Depresión había exacerbado la conciencia en la jerarquización social. En la posguerra fue posible desmentirla gracias a la significativa movilidad ocupacional y la integración masiva a la clase media. No obstante, la prosperidad no barrió con las barreras sociales; simplemente elevó su nivel y el margen de acción del ciudadano común. La igualdad de oportunidades, su consecuencia lógica, sólo fue relativa. El problema surgió, como lo vio el economista David Potter, de las aspiraciones de prestigio y dinero fuera de control.¹ El sistema norteamericano, concluye, a un tiempo invocaba la pertenencia como una necesidad personal y colectiva, y sacrificaba las valiosas cualidades de un sistema social estratificado.

El problema giraba alrededor del arquetipo. Quienes lo anhelaban pero le eran ajenos, no encontraban satisfacción valedera en sus vidas.

Estamos confinando a decenas de millones de nuestro pueblo a papeles fijos en la vida, en los que la aspiración es fútil, y aun así seguimos diciéndoles que quienes tengan capacidad llegarán a la cima. No les permitimos la satisfacción de sentirse seguros, dignos y creativos en su status bajo. Y, socialmente, los vemos con desprecio.²

Cfr. los números de noviembre de 1963 de *Time*.

1 Cfr. *Su People of Plenty...*

2 Vance Packard, *The Status Seekers*, p. 329.

Las ambiciones desenfrenadas habrían de controlarse al proporcionar un nivel de vida justo a todos y evitar así el imperativo de la movilidad. Los valores de la ética social corrían el peligro de volverse imposibles de cumplir.

Vance Packard, lúcido experto, enlistó los obstáculos reales en esa carrera ascendente. El primero fue la existencia de impuestos al ingreso tan altos como para evitar que un asalariado pudiera volverse rico. Otro consistía en la igualación de salarios y status entre los trabajadores de cuello azul y las capas bajas de los de cuello blanco, embelesados en su mítica proximidad a los administradores y a su estilo de vida. Y quizá el más relevante: la escalera de ascenso social fue acortada por la creciente burocracia corporativa y sindical, lo que hacía más difícil el progreso ocupacional; de igual forma, la especialización y simplificación de las labores condenaban a obreros y empleados a una misma engorrosa actividad.³

La capacidad era juzgada por la élite corporativa que no aplicaba estrictamente criterios racionales y de excelencia. Las pruebas de personalidad y conformidad efectuadas en las corporaciones ajustaban a los empleados y a reglas que más tenían que ver con exigencias de status que de ingeniería humana. La imagen del ganador por excelencia, del aspirante a ejecutivo se resumía en "protestante, rico, con educación universitaria".⁴

Proveer a cada uno de una profesión interesante y con

3 Cfr. *Idem.*, "A Classless Society?"

4 *Idem.*, p. 8.

prestigio, convertir a cada uno en un ganador, estaba más allá de las capacidades del sistema. La salida más accesible, ofrecida por la publicidad, era un espejismo que agotaba económicamente a la población. El sistema estaba en peligro.

Los criterios de lealtad. Abundancia y McCarthyismo

Las incontenibles ambiciones insertas en la cultura de los negocios y el dinero preocuparon por igual a críticos y partidarios intelectuales del sistema. Una prueba clara de ello, la ofrece su interpretación de la naturaleza del McCarthyismo, que denota los miedos que provocaban las contradicciones de la democracia del hombre común.

La primera obra del despertar liberal de la época, el conjunto de ensayos reunidos por Daniel Bell en The New American Right (1955), es un libro enfocado a refutar los criterios de lealtad patriótica cuya expresión más radical había sido el McCarthyismo. Se trataba de un contraataque demócrata a la influencia de la comunidad empresarial y a la postura republicana opuesta al control extendido del gobierno federal sobre la economía.

Actualmente se ha manejado la explicación del McCarthyismo como un fenómeno de élite, de republicanos del Medio Oeste frustrados, conservadores y nacionalistas, cuyos seguidores eran poco educados, además de católicos que apoyaban a un senador irlandés enfrentado al Establishment del Este.¹ The New American

1. Cfr. Leuchtenburg, Op. Cit.

Right ya disponía de una explicación, apegada a la época, en la que los McCarthystas eran gente frustrada con motivaciones irracionales.

El término clave fue acuñado por Richard Hofstadter,² "política de status", la cual, argumentaron diversos autores, era sostenida no por grupos de interés sino por grupos simbólicos. Los primeros conformaron la preocupación principal durante la Depresión y la guerra, pero fueron abandonados cuando la nueva revolución industrial resolvió las necesidades económicas apremiantes. A la mayor intervención gubernamental en la económica y en los asuntos internacionales se le sumaba, por imperativos de defensa y desarrollo económico, las exigencias de lealtad y conformidad ideológica.

La política de status, en cambio, representaba la ideologización de la política. Hija de la prosperidad, se reducía a una revuelta de los aspirantes a la alta sociedad cuya educación y posición no eran suficientes para alcanzar la cima del sueño norteamericano.³

La turbulencia política emanaba de las mayores oportunidades de ascenso social, la movilidad geográfica y el *ethos* democrático que los respaldaba. Aquellos que ascendían de las capas bajas a la clase media, los nuevos ricos y los hijos de los inmigrantes,

2 Cfr. Richard Hofstadter, "The Pseudo-Conservative Revolt", en: Bell (ed.), *Op. Cit.*

3 Cfr. David Riesman y Nathan Glazier, "The Intellectuals and the Discontented Classes", en: *Idem.*

habían abandonado la seguridad de sus raíces y viejas costumbres en búsqueda de mejores empleo y posición social. Mas la competencia misma hacía precarios su ascenso o su estabilidad, por lo que defendían con ahínco su status, imponían barreras a otros y culpaban a la élite en el poder de crear barreras protectoras a su alrededor. Se incluía dentro del grupo de las "clases descontentas" o "pseudoconservadoras" a los nuevos ricos del Oeste, a los suburbanos republicanos, a los pequeños comerciantes, a los elementos tradicionalistas y autoritarios dentro de la clase obrera de raíces extranjeras, y a las viejas familias anglosajonas excluidas de la riqueza corporativa.⁴

El McCarthyismo se redujo a una cuestión de identidad y pertenencia. La solución inmediata consistía en hacer caer en la cuenta a los descontentos de los equilibrios y contrapesos justos del sistema.⁵ Las implicaciones de esta teoría, empero, van más allá. Se entendió que un buen nivel de vida no bastaba para satisfacer los imperativos sociales de prestigio y pertenencia.

4 Riesman planteó el problema causado por la abundancia de esta forma: la lucha del Este de los profesionistas y los intereses comerciales con las no tan educadas clases medias de los pequeños pueblos del Oeste. El antiintelectualismo de las últimas debía ser provocado por su status inferior en las jerarquías tradicionales de prestigio y entendimiento. Cfr. Riesman, Selected Essays..., "Some Observations on Intellectual Freedom".

5 Cfr. Idem. La teoría del equilibrio político descansaba en el bipartidismo. La vida política, de acuerdo a esta teoría, era posible gracias a un acuerdo en los propósitos y principios de largo alcance. U.S.A. The Permanent... estableció que "Both parties are for productive expansion and the raising of standards of living for all" ("The Political Parties", p. 116). Una vez establecidos los criterios de lealtad, adaptación y pragmatismo, la pregunta no era por qué sino cómo. La disidencia política al proyecto nacional era peligrosa, anormal. Pero la tolerancia era un ideal que debía respetarse. El grado en que se tolerara era una cuestión práctica.

Un status y la educación pasaron a conformar necesidades objetivas de la población. Barreras al ascenso personal a través de ellas se traducían en disfunción social, extremismo e intolerancia.

Privatización de la vida ciudadana

La hegemonía del sistema corporativo de los cincuentas implicó una sociedad de masas, aquella en que la acción política ciudadana quedaba en segundo plano en nombre de los requerimientos de eficiencia productiva y gracias al anzuelo de un estilo de vida confortable y en continua mejora. El papel ciudadano tendría que restringirse en última instancia a reflejar su rol económico, es decir, de empleados y consumidores.¹

A partir de la instauración del *New Deal* se hizo sentir en la sociedad el efecto de la expansión de las grandes organizaciones impersonales. Su influencia aumentó durante la Segunda Guerra Mundial. Las instituciones económicas, políticas y militares jugaron un papel cada vez más importante en el destino vital de los individuos. Esto no se realizó a manera de imposición, pues las justificaciones prácticas eran razonables y los frutos de tal expansión eran tangibles.

La concentración de los ciudadanos en los fines privados tuvo incluso motivaciones positivas. La politización de los treinta había ido de la mano con una época inestable y de

1 Cfr. Mills, *Op. Cit.*, "Los altos directivos".

escasez. La misma posibilidad de buscar la realización personal y familiar sin escollos públicos era el signo más evidente y placentero de que habían llegado tiempos mejores. La lealtad no representaba sometimiento y el consumismo era visto como una bendición y hasta un deber nacional.² La ideologización política quedó estigmatizada para muchos como una costumbre de clases bajas, un resabio del pasado superado. La afiliación política se ubicó en el remolino de los símbolos de status y las pruebas de americanismo: el conformismo no sería mal visto, mientras los habitantes del suburbio se adherían generalmente a los republicanos porque ello acarrearba prestigio.³

No obstante, el proceso no fue del todo natural. Estuvo cruzado por fuertes presiones sociales y proyectos de manipulación. El Estado norteamericano aprovechó la fascinación, el desconocimiento y el descontrol de la población ante el peso de las instituciones. Los ciudadanos estaban lejos de poder contener el impulso de la publicidad; defenderse de los bombardeos de información, o intentar entrometerse en las altas decisiones de gobierno. De hecho, prevalecía la creencia en la omnipotencia de las grandes corporaciones y la inutilidad de las iniciativas individuales.

El Estado enarboló la teoría científicista de que la propiedad se había socializado. Al abolirse las oposiciones entre

2 Sobre consumismo y deber nacional en los cincuentas, véase Packard, *The Status Seekers*.

3 Cfr. Peter Viereck, *Op. Cit.*

el capital y el trabajo, administración y política, propósito nacional y privado, las motivaciones del quehacer político se tornaron meramente económicas y pragmáticas: derribar progresivamente las barreras al ascenso económico y social de la mayoría. Prolongar la prosperidad exigía el compromiso y equilibrio de los distintos factores productivos; así como mantener bajo control las variables sociales. Una vez alcanzada esta meta, y así se le suponía, los ciudadanos podrían concentrarse en arreglar sus problemas más inmediatos en esta hermosa era de transformación tecnológica y bonanza para todos.

Más que un apego a tal interpretación de la democracia norteamericana, el llamado ciudadano medio sabía dónde se alojaba el poder, y al mismo tiempo, se reconocía alejado de la verdadera élite. El poder lo ejercían las compañías y la alta jerarquía política. Las sociedades por acciones, las concesiones laborales, y la pertenencia que ofrecían las corporaciones no sirvieron para mitigar esta certera creencia.

Wright Mills afirma que en los cincuenta las formas intermedias de poder en los E.E.U.U. se degradaron a tal grado que no ofrecían más atractivo ni autoridad a los ciudadanos. Los equilibrios políticos existían únicamente de manera formal.

Las unidades de poder eficaces son en la actualidad la enorme corporación, el inaccesible gobierno y el adusto instituto militar. Entre éstas, por una parte, y la familia y la pequeña comunidad, por otra, no encontramos asociaciones intermedias en las que los hombres puedan sentirse seguros y poderosos.⁴

4 Mills, *Op. Cit.*, "La sociedad de masas", p. 287.

Y de hecho, se definió un campo de acción para el ciudadano común: la familia, la iglesia, la escuela, la comunidad inmediata. Ambitos en los que la presión empresarial y gubernamental nunca los dejó en paz. En la última, al menos, existían canales de poder conferido para los aspirantes a unirse a la élite. La intervención activa en la vida cívica que tuvo lugar en el dominio de los *organization men*, los suburbios, lo testifica. En ella se advierten los efectos positivos de lo que se conoció como "autogobierno ciudadano".

¿Quién desearía involucrarse en la política cuando los problemas directos de la comunidad, no menos reales que los otros, se resolvían con prestancia gracias al trabajo comunitario? Este estaba construyendo el país y ayudando a conquistar la nueva frontera geográfica y económica. Espontáneo en parte y dirigido, por otra, por la élite ejecutiva. Tanto así que se afirmó que sin un plan programado de control "El resultado es que la empresa norteamericana está edificando una estructura social que envidiarían muchos planeadores estatales."⁵

Se vendió la idea, quizá no del todo exagerada, de que la población no deseaba ensuciarse las manos en política.

Creciente evidencia documenta (...) que el pueblo norteamericano está hambriento de acción social, no a nivel gubernamental, sino en el de la comunidad.⁶

Los ciudadanos, de acuerdo a esta perspectiva, no discutían

5 U.S.A. The Permanent..., "Individualism Comes of Age", p. 197.

6 Idem., p. 200.

sobre los fundamentos políticos y las instancias de poder; los duplicaban en las comunidades. Su labor útil era la cívica y no la política. La motivación profunda, empero, provenía de las ambiciones de un estilo de vida; el verdadero poder al alcance del ciudadano. A través del trabajo comunitario podía accederse a una reputación de liderazgo y a las conexiones necesarias para ser aceptado en el círculo ejecutivo. La jerarquía corporativa lo promovía como parte del entrenamiento ejecutivo, y monopolizaba los cargos más relevantes para reforzar su liderazgo y su imagen de responsabilidad social. Las expresiones políticas eran cuidadosamente copadas y eliminadas.⁷

La participación política de un empleado corporativo se reducía a apoyar a un candidato, a sancionar una medida de gobierno. En este sentido, el debate político fue también puesto fuera de su alcance. Curiosamente, el auge de los medios informativos de la época los consolidó como un cuarto poder y el torrente informativo era inusitado. Pero constituía un poder autónomo que amenazaba con sustituir y someter a la opinión pública. Fue acusado de contribuir a la manipulación consciente por parte del gobierno y a la despolitización y la enajenación

7 "A young assistant in some department of a big company may, for example, become assistant campaign manager for dispensation from management to give the fund his time, and if the drive is successful, he is in line for campaign manager at some future date --a job that brings him into contact with every important citizen of the community. There are rather definite limits, however, to which such a young man should venture. He should not become involved in anything too 'political'; this might cause his company 'embarrassment'. This is one reason why American politics seems so short of able young men; and why, to get things done politically, Americans turn so often, and so hopefully, to extracurricular channels." *Idem*, "The Busy, Busy Citizen", p. 131.

ciudadana del poder.⁸

Wright Mills afirmó que la zona del secreto oficial y de lo que se escondía al público, las fuentes de información y los datos indispensables para la decisión política se habían ubicado más allá del alcance de la gente común. Entre la élite y el ciudadano quedaba el experto, la figura de autoridad en temas demasiado complicados para el resto de los mortales, analfabetas políticos.⁹

Las corporaciones se preocuparon por la elaboración de opiniones, que se convirtió en otra técnica más de conquista y conservación del poder; para gobernar, manipular o intimidar.

Junto a la élite, o justamente por debajo de ella, están el propagandista, el experto en publicidad, el especialista en relaciones públicas, que desearían dominar la formación de la opinión pública a fin de poder incluirla como otro elemento pacificado en los cálculos de un poder efectivo, de un mayor prestigio, de una riqueza más firme.¹⁰

La esfera política se alienaba de la vida cotidiana en un mundo aparte que pertenecía a los planificadores y a los hombres del poder.

La crítica a la despolitización y a la apatía de la época por pensadores tardíos en la década, sin embargo, sería injusta. Muchos intelectuales añoraban el coqueteo con el poder de que

8 Así lo concibió J. Lederer: "We are being treated as bored customers who are shopping for deodorant or a new car, not as citizens whose independent opinions mold the destiny of our democracy". A Nation of Sheep. Canadá, Crest Books, 1962, p. 97.

9 Cfr. Mills, Op. Cit., "La inmoralidad mayor".

10 Mills, Op. Cit., "La sociedad de masas", p. 293.

gozaban durante el *New Deal*,¹¹ y por supuesto, sobreestimaban los beneficios de la politización de la vida norteamericana. Les era difícil concebir que, en parte, la apatía y la despoliticización respondían contra las presiones grupistas y las exigencias de lealtad; en particular, fueron para algunos el antídoto contra el imperio de los publicistas y los expertos, y por consiguiente, al dominio de la élite. El único, pues la rebelión no tenía lugar en el repertorio mental de la época.

La religión de nuestra santa madre, el Estado

La intervención del Estado corporativo en la vida cotidiana de los norteamericanos en esta década también afectó el renacimiento religioso, al que promovieron y del que trataron de adueñarse con un éxito relativo, mediante la llamada religión cívica.

La fe común en la democracia, por la que tal religión abogaba, tenía raíces en la educación progresista, cuyo objetivo en este terreno consistía en secularizar los valores religiosos y rendirlos al propósito de estabilidad social, para lo cual precisaba de la intervención del Estado y la acción de la educación pública. La búsqueda de un consenso moral y religioso

11 Cfr. Riesman, Op. Cit., "Some Observations on Intellectual Freedom".

1 De esta manera nombró el jesuita John Courtney Murray a la religiosidad cívica de los cincuentas. Véase Martin E. Martin, Pilgrims in their Own Land...

guardaba una estrecha relación con la del consenso político.²

El gobierno norteamericano intentó atraerse a los principales personajes religiosos e insertarlos en la élite gobernante. Nunca antes figuras tales tuvieron tantos canales abiertos en el gobierno y en los medios de comunicación. Ese coqueteo se consideraba benigno para las Iglesias, que consolidaban de esta forma su liderazgo comunitario.³ Dentro del grupo de privilegiados, paradójicamente, se encontraban los principales críticos de la religiosidad cívica. Los hermanos Niebuhr, Paul Tillich, el padre Ford, concordaban con los juicios de Herberg, el que describía la situación en estos términos.

...parece que existe un esfuerzo concertado para convertir en crédito político el hondo y sincero sentimiento religioso del presidente Eisenhower. ¿Cómo podemos interpretar, si no, el párrafo de la resolución adoptada oficialmente, el 17 de febrero de 1955, por el Comité Republicano Nacional, en el que se declara que "él [el presidente Eisenhower] es, en todo el sentido de la palabra, no sólo el jefe político, sino también el jefe espiritual de nuestro tiempo"? (...) Si la religión es realmente el aspecto "espiritual" del ser norteamericano, ¿por qué no había de aclamarse al presidente de los Estados Unidos como "jefe espiritual de nuestro tiempo"?⁴

No obstante, este reforzamiento espiritual a los criterios de lealtad lejos de motivar una militancia religiosa, empujó al retiro hacia la vida privada y la despoliticización del

2 J. Paul Williams en su What Americans Believe and How They Worship (Harper, 1952), citado por Herberg, Op. Cit., estableció que era un deber de cada americano y del gobierno de la nación instruir e instruirse en la religión de la democracia.

3 Cfr. Robert Wuthnow, The Restructuring of American Religion...

4 Herberg, Op. Cit., p. 239.

renacimiento religioso.⁵ Robert Wuthnow acierta en definir el papel de las Iglesias de los cincuentas como refugio ante la amenaza de las organizaciones impersonales. La religión blanda que, cual proponían los neoevangelistas, se aplicaría únicamente a la vida privada, era en parte resistencia al gran sistema de religiosidad norteamericana y al liderazgo espiritual del presidente Eisenhower.

El renacimiento religioso alternativo, el de la religión dura de Reinhold Niebuhr y otros teólogos, optó por el abandono de la política como un argumento para mantener la separación entre la Iglesia y el Estado, y adoptó el recogimiento espiritual privado de forma consciente. Esta aparente apatía política era el reverso del inconformismo en religión.

El ethos de la abundancia

En una sociedad en la que el estilo de vida era puesto a prueba en la lucha por el éxito, los quehaceres cotidianos se volvieron problema al aplicarse los norteamericanos metódicamente a obtener el mayor rendimiento de la vida familiar, las relaciones interpersonales y hasta del tiempo libre. *The Saturday Evening Post* consignaba las preocupaciones de los jóvenes de fines de

5 "El retorno a la vida privada --que refleja el intento de hallar significado y seguridad en lo que es fundamental e inmutable, y no en los fluctuantes azares de la actividad social o política-- es uno de los factores principales del resurgimiento religioso entre el pueblo norteamericano de hoy". *Idem.*, nota en la página 88.

1 "Youth The Cool Generation", 23 y 30 de diciembre 1961.

la década como "buscar trabajo, conseguir esposa, construir el nido familiar". Y en este contexto sí representaban los verdaderos problemas existenciales. De una correcta elección podría depender la carrera del empleado corporativo.

El paso de la Depresión a una época próspera provocó un aumento en las necesidades materiales y no un súbito arribo a la satisfacción de éstas.² Los requerimientos de seguridad y estabilidad se dispararon ante la compulsión por el avance social.

Los Estados Unidos de la posguerra constituyeron la primera real sociedad de excedentes en la historia. La primera en la cual los problemas de producción daban paso a los de consumo. La movilidad ocupacional y social, así como el consumo ascendente, ya no eran lujos, sino un mecanismo relevante del sistema. El mayor acceso de la población en general a los bienes producidos, a un mayor grado educacional y a la cultura limó diferencias regionales y sociales estableciendo la competencia en términos menos injustos en una sociedad nacional.³ De aquí se extraía el *ethos* democrático de la época.

los efectos de la nueva revolución industrial y la automatización se hicieron visibles de inmediato en la disminución de las horas de trabajo y en el mayor ocio entre la

2 Cfr. Glen H. Elder Jr. "Scarcity and Prosperity in Postwar Childbearing: Explorations from a Life Course Perspective". En: Journal of Family History, invierno 1981.

3 Véanse las obras de Riesman y Whyte ya citadas.

población en general, que se tradujo en el auge del deporte de masas, de la industria editorial y de los medios de entretenimiento.⁴

La convicción de décadas anteriores en la erosión de la movilidad social y en las insalvables divisiones estructurales de clase y status quedaron fuera de lugar. Se había rescatado el sueño norteamericano. Sin embargo, la movilidad real superaba lo que en verdad se podía ofrecer, aunque el grado de prosperidad permitía sostener que el ideal no se encontraba alejado de los hechos.

El consumismo fue imprescindible para mantener el *ethos* democrático. Existía, por supuesto, una necesidad estructural detrás: el incontenible aumento de producción requería de la expansión indefinida del mercado, o de lo contrario, el sistema se colapsaba. La recesión de 1958 comprobó tal teoría.⁵ En otro plano, funcionó como una promesa y una recompensa a cambio del retiro de la vida pública. El consumismo salvaba, por medio de la asimilación tranquilizadora del status con las posesiones materiales, los huecos entre las ambiciones de ascenso social y las barreras que se interponían al mismo.⁶ Mas al mismo tiempo,

4 Cfr. Oakley, *Op. Cit.*, "The Good Years, 1953-1956".

5 Y Vance Packard dedicó un libro a establecer sus consecuencias prácticas, *The Waste Makers...*

6 Michael Schudson ("Materialismo delicioso. Un examen de la cultura del consumo", en: *Facetas*, no. 96. *Apud The American Prospect*, 1991) está en lo correcto cuando manifiesta que la democracia actual es inseparable de los valores del consumo. La experiencia de las revoluciones en los países de la antigua Cortina de Hierro lo demuestra. Empero, las diferencias de contexto

contribuyó menos a la igualación real que a alimentar las aspiraciones de distinción y exclusividad, y de esta manera puso de su parte en exacerbar la contradicción última de la sociedad próspera y privada de los cincuentas.⁷

Los publicistas, agentes corporativos e ideólogos de la abundancia, elaboraron un ritual alrededor de los beneficios cotidianos de la era tecnocientífica. Convencieron a los consumidores que sus anhelos eran saciables a través de la adquisición de los productos a la venta. La publicidad fue el medio por el que se instituyeron las virtudes del consumo y las ansiedades emulativas. Frente a la frustración y las ansiedades de una competencia sin meta fija, consumir se convirtió en la fórmula mágica de realización personal. Mas una fórmula no socializante que acentuó la tendencia prevaleciente de individualización en la cultura de los negocios y el dinero.

Los valores de la privacidad fueron acaparados y manipulados por los publicistas: status, poder, personalidad eficaz, juventud, belleza, salud, sex appeal, amistad, seguridad, popularidad, sofisticación, ocio adecuado, cultura, salud mental, paz interior, y en importancia creciente, satisfacción sexual. No se produjeron fuentes de autoestima, prestigio y satisfacción alternativas a las que establecieron las reglas de mercado en el mundo privado. La inducción a hábitos de consumo no fue

político entre los cincuentas y los noventas es muy significativa. Su crítica a David Potter es inteligente, mas limitada, en cuanto no lo juzga de acuerdo a los parámetros de la época.

7 Cfr. Potter, *Op. Cit.*

únicamente impuesta. La situación superaba la capacidad de manejo de la clase media, cuya inseguridad en la transición a una nueva era salta a la vista en los documentos.

El status podía comprarse. "El más alto peldaño de la escalera social es ahora la meta de muchos y no de pocos. La posición social puede hoy ser adquirida; mientras antes sólo se lograba por nacimiento",⁸ aseguraba un artículo de recomendaciones para presentar correctamente a las hijas en sociedad. La alta sociedad de los cincuentas se vio acosada por advenedizos y pretendientes: los buscadores de status.⁹

Para pertenecer a un grupo de mayor prestigio se precisaba emular su estilo de vida. Y ello implicaba en la mayoría de los casos vivir por encima de la capacidad económica propia e inclusive a crédito; ni hablar del agotador proceso emocional de adaptación. Pertenecer a un grupo como a una compañía era relativo. El encontrar un sitio tranquilo en ambas esferas se oponía a seguir avanzando. Los altos puestos corporativos o en la alta sociedad se esgrimían como un medio de defensa frente a la feroz competencia. No bastaba cubrir las necesidades vitales.

Mucha gente gana ahora altos sueldos, así que la posesión de dinero, de una piscina y un carro deportivo, ya no asegura prestigio. Para conseguirlo, los hombres y mujeres buscan la aprobación social que emana de ser miembro de "las primeras familias" en una ciudad o suburbio.¹⁰

8 Lucy Kavalier, "The private world of high society: the care and feeding of debutantes", en: McCall's First Magazine of Women, octubre 1960.

9 Este es el tema del libro homónimo de Packard.

10 Lucy Kavalier. "The private world of high society..."

El status se reforzaba perteneciendo al grupo adecuado. La socialización se rendía a este propósito; incluirse en el club, el comité, las escuelas y las reuniones adecuadas, para establecer los contactos mejores para destacarse.¹¹ La segmentación y aislamiento de ciertos círculos iban creando nuevas divisiones sociales, lo que no desmiente un hecho visible: que las fronteras tradicionales de clase y status habían sido superadas.

Al avanzar la década, las expectativas de progreso no lograron reducirse exclusivamente al dinero ni agotarse en el consumo y el ocio sin desafíos. La clase media de la abundancia quería ver también materializados los valores intelectuales y emocionales que les vendían de cotidiano.

[Un gran cambio] tiene lugar en los Estados Unidos (...) hay una presión extraordinaria no sólo por bienes materiales, sino por el enriquecimiento cualitativo de la vida individual a través de la educación, la música, los libros y el buen uso del ocio.¹²

Encuestas nacionales de fines de los cincuentas realizadas por el *Institute of Social Research de Ann Harbor*, Michigan, mostraron un declive en el significado del ingreso como fuente de gratificación y satisfacción vital, especialmente entre los universitarios.¹³ El imperativo de una profesión interesante y prestigiosa, de sofisticación en el estilo de vida, de

11 Cfr. Packard, *The Status Seekers...*

12 Rockefeller Brothers Fund, *Op. Cit.*, "The Ideals of Democracy", p. 410.

13 Cfr. Elder, "Scarcity and Prosperity..."

realización personal, de un sentido de responsabilidad comunitario, tendrían que ser ofrecidas en un mayor número para mantener el sueño norteamericano, y eso no sería sencillo.¹⁴

La élite del diploma

La identidad y el sentido de pertenencia de un grupo se median por los ingresos, la ocupación y el grado educacional. Los Estados Unidos de posguerra ofrecieron oportunidades educacionales inusitados a sus ciudadanos. La *G.I. Bill of Rights* fue sólo el comienzo. La importancia de una educación superior se hizo mayúscula en esta época porque representaba la oportunidad de ascender a la clase media alta, o si se disponía de los recursos para financiar el ingreso a colegios exclusivos, hasta la élite corporativa misma. La educación era vista como el verdadero capital humano.

La educación práctica, típicamente suburbana, opuesta a la progresista, hizo a un lado la misión política y se concentró en el sentido económico de la enseñanza para preparar a los estudiantes para el mundo de la industria y los negocios.² Las escuelas públicas fueron dominadas por el pensamiento de clase media alta y orientadas a reforzar sus valores.³

¹⁴ Cfr. Rockefeller Brothers Fund, *Op. Cit.*, "Power of the Democratic Idea".

¹ Este el título de uno de los capítulos de *The Status Seekers...*

² Cfr. Mills, *Op. Cit.*, "La sociedad de masas".

³ Cfr. Packard, *The Status Seekers*, "The Molding of Tender Minds".

En la escuela se entrenaba por igual en las reglas del status; era otra fuente de conformismo. Veamos un ejemplo:

Las diferencias de clase se tornan marcadas cuando empieza el interés por el sexo opuesto, porque entre los jóvenes las citas son la base principal de popularidad. *McCall* asegura que los jóvenes de clases bajas son excluidos y abandonan [la escuela]. No se trata sólo de inteligencia.⁴

Las universidades de E.E.U.U. desarrollaron nexos orgánicos con las corporaciones en curriculum y reclutamiento. Los buscadores de talento de las empresas escogían los mejores prospectos para "administradores profesionales". Los cursos de capacitación los preparaban para dirigir un departamento de producción sin especializarlos. Su materia principal eran las relaciones humanas.⁵ La aspiración en boga de los universitarios fue desempeñarse como técnicos y colaboradores en una compañía, pues ello ofrecía perspectivas de una vida mejor. Las orientaciones del mundo corporativo penetraron profundamente en las preferencias del alumnado y de los académicos de preparatorias y universidades. Se privilegiaron las carreras vocacionales sobre las humanidades y las ciencias. La educación clásica se consideró impráctica e inútil.

Para los norteamericanos, gente práctica en busca de soluciones prácticas, aprender por aprender se considera "respetable pero de algún modo inútil". La educación superior, simbolizada por la Universidad, se considera sólo un prerrequisito social y de búsqueda de empleo, divorciado del mundo real. (...) [Los académicos] tienen la reputación de ser "agradables"

4 *Idem.*, p. 231.

5 *Cfr. Whyte, Op. Cit.*, "Business Influence on Education".

pero ineficaces hombres obsesionados con inútil conocimiento teórico que tiene poco o ningún significado para la vida contemporánea.⁶

La democratización educativa, un logro enorme, se oscurecía, según los críticos, por incubar el antiintelectualismo. Y en verdad así sucedía, al tomarse la personalidad eficaz en el perfil modelo del universitario. La chispa del liderazgo se encontraba en el hombre moderno, extrovertido, seguro de sí, agradable y con una carrera práctica, casi seguramente un ingeniero.⁷ Las universidades norteamericanas empezaron a aceptar menos ratones de biblioteca y más elementos de personalidad radiante, que promovieran la integración y la cooperación; por lo general, miembros de las clases acomodadas. La personalidad, herramienta práctica del éxito, contaba tanto como un buen desempeño académico. Leamos al Dr. David D. Henry, director de admisiones de Harvard:

Si encontramos a un chico con puntuación de 650, pero que es un ratón, y otro con 550 que tiene color, energía, carácter y personalidad, ganará el de 550.⁸

El ambiguo, oscuro, subjetivo criterio de personalidad y carácter servía, al igual que en las corporaciones, para discriminar de acuerdo al status. El desouido de la excelencia académica caracterizó la tendencia educacional anterior a la

6 "Keepers of the Flame", en: Pageant, marzo 1958.

7 Cfr. Whyte, Op. Cit., "The Practical Curriculum". Bernard Malamud en su novela A New Life llama a la democratización de la educación en los cincuentas la "democracia del Medio Oeste".

8 Harold Mehling, "Will Your Child Get Into College?", en: Coronet, abril 1957.

National Defense Education Act de fines de la década.

La mentalidad corporativa influyó asimismo en el culto al gigantismo académico ejemplificado en los centros de investigación, los proyectos de grupo y la planeación de los comités. El planeamiento sistematizado y administrativo dejó fuera el genio independiente, al igual que en las grandes empresas.⁹

El modelo del éxito

Si la clase media alta determinó los valores operantes de la época, también se elevó como el modelo a seguir en el imaginario social. Por encima de otros canales, la publicidad convirtió su estilo de vida en el arquetipo; lo cual es visible a cualquier observador de los documentos disponibles. La fe supersticiosa en la relación directa del estilo de vida y la felicidad penetró también en el campo de las ciencias sociales. En la obra The American Family in the twentieth century (1953) de John Sirjamaki se delinearán los rasgos generales del esquema social aceptado.¹ Olvidemos por un momento a la élite del poder, desechada desde el principio como antidemocrática y anticuada de acuerdo al mismo Sirjamaki.

9 Cfr. Whyte, *Op. Cit.*, "The Bureaucratization of the Scientist".

1 Cfr. "Aspects of Family living". Se trata de una definición de las clases sociales de acuerdo a las ocupaciones e influencia social de sus miembros, así como su relación particular en la familia, la iglesia, la escuela y la comunidad; su lugar de residencia, clubes y organizaciones sociales. Encaja en términos generales con aquella dada por Packard en The Status Seekers.

La clase media alta se componía de los profesionales, los administradores, los técnicos de la industria moderna, los miembros del servicio público y pequeños negocios. Hombres con educación universitaria y talento reconocido, de alta movilidad geográfica y social, que habían ascendido por su esfuerzo personal y sus valores individualistas de trabajo y excelencia. Su preocupación por el mérito los oponía a las tendencias excluyentes de más arriba. La mayoría eran viejos norteamericanos, ajustados a la cultura y residentes en las mejores secciones de la comunidad suburbana.

Su éxito ocupacional se prolongaba en la comunidad. Tomaban parte activa en las instituciones comunitarias, que invariablemente dirigían y administraban, de la misma forma que lo hacían en la industria; es decir, de manera comprometida pero con poder delegado. Asimismo se ufanaban en pertenecer a una Iglesia y sostenerla activamente.²

Su modo de organización familiar consistía básicamente en la familia nuclear. Gracias a las cualidades personales de sus miembros y su alto nivel de vida, formaban círculos estables y armónicos, donde predominaba una correspondencia no conflictiva de los roles sexuales. La esposa era una ama de casa moderna y participaba de las actividades de la comunidad con ahinco, pero siempre en cuanto representante de la familia.

² "Member of this semi-upper class are the hyperactive civic boosters who devote themselves actively to their roles in service clubs and country clubs, and their wives power the local charity drives". Packard, *The Status Seekers*, p. 41.

Los miembros de la clase media alta deseaban niños, dos o tres, para lograr un matrimonio perfecto, y se preocupaban más que cualquier otra clase por su educación. Eran partidarios de la crianza racional y metódica.³

En resumen, "En apariencia, el dinero puede en ocasiones comprar confort emocional y material".⁴ Se suponía que una vez alcanzado este nivel se allegaba a un sentido de pertenencia y de status estable y suficiente para detener las ambiciones de ascenso vertical, mientras el horizontal no debía de ser problemático.

Sirjamaki consideraba que el estrato inmediato inferior, la clase media baja, compartía casi las mismas aspiraciones; aunque juzgada conforme al modelo, se apegaba menos a los valores individualistas, y por ende, no conseguía con frecuencia ascender a ese status. La componían supervisores de menor rango en la industria y el gobierno, empleados de oficina, trabajadores calificados, pequeños negociantes y granjeros acomodados.

Su movilidad era notable de un estrato bajo hacia clase media, pero escasa hacia la clase media alta. Por definición, entonces, la clase media baja sufría de inseguridad y problemas de identidad. Se les tenía por individuos en búsqueda perenne de mayores ingresos para colmar sus ambiciones. La mayoría tenía

3 La revista Coronet lo comprendía en términos más simples: "The higher a man climbs on the educational ladder, the steadier his marriage is likely to be". "All about you: Hep husbands", noviembre 1958.

4 La cita adiciona: "it was disclosed in a pilot study for the St. Louis County Health Department", y cita ejemplos particulares relativos a la crianza. Coronet, "All about you: Cash Security", diciembre 1958.

antecedentes de clase trabajadora y algunos de inmigrantes. El principal obstáculo en su camino era la carencia de una educación universitaria.

Su activismo en la vida comunitaria y la iglesia era irregular. Sus familias tendían a ser estables e integradas, pero la relación de pareja no mostraba, remarca nuestro autor, la misma equidad del modelo suburbano, al atar más a la esposa a los roles tradicionales. Los hijos eran igualmente preparados para competir pero con mucha mayor ansiedad y menos método.

Por último, la clase trabajadora, mitad de la población en 1953, se separaba radicalmente de la mentalidad de clase media. Sus metas se reducían a la seguridad laboral y más altos ingresos, quizá el dinero para una casa. Aunque religiosos, no tomaban compromisos en el sostenimiento de sus Iglesias. En definitiva, no abrazaban los ideales de prestigio social. La falta de disciplina individual y de presiones para mantener su círculo familiar intacto conducía a un alto índice de divorcios y separaciones en su seno, donde además las amas de casa eran anticuadas y se veían obligadas a trabajar por necesidad. El cuidado que prodigaban a sus hijos dejaba mucho que desear, por lo que éstos eran menos capaces de ascender. Agregó que a esta clase se le atribuía la necesidad de dirección y apoyos externos.

No es difícil observar cómo los parámetros del estilo de vida de clase media alta, más ideales que reales, se instituyeron en el lente con el que los contemporáneos juzgaban el ambiente social norteamericano.

Apuntes sobre la vida suburbana

El verdadero dominio de los *organization men* eran lo suburbios, las comunidades que ellos habían iniciado y sostenían. Los suburbios constituían la nueva frontera de la prosperidad. En ellos se regeneraba la tradición norteamericana de movilidad geográfica y social; y eran el terreno de la competencia cotidiana. Las corporaciones impulsaron la expansión suburbana como parte de su política de transferencia, obligada por su expansión y descentralización, y en segundo plano por una deliberada política de personal.¹ Mudarse a un suburbio, o de uno a otro, lo que regularmente se hacía a uno mejor, era la marca del éxito.

Los suburbios conformaban la prueba de la democracia económica. Su existencia excluía los horizontes de fracaso y resentimiento de los treinta. En su homogeneidad de rango ocupacional, de raza y clase, era posible calificar el clasismo de fenómeno provocado y sostener el ideal de la sociedad sin clases.²

Sin embargo, los primeros suburbanos pagaron el precio de la adaptación frecuente, el desarraigo y la competencia sin topes. Pues su actividad estuvo dirigida conscientemente a superar estos problemas. El disfrute de una vida feliz y despreocupada que prometían era más bien relativo. Riesman no encontraba un cambio

1 Cfr. Riesman, *Op. Cit.*, y Whyte, *Op. Cit.*, "The Transients".

2 *Idem.*

entre el ritmo de trabajo y de ocio entre sus habitantes. Su tiempo libre le parecía planeado, artificial, casi culpable; parte del angustiante trajinar hacia el éxito probable. El recurso a los expertos en crianza, higiene mental, a profesores, revistas, libros y programas de radio, para resolver sus crisis diarias parecen darle la razón.³

El suburbio no era desconocido antes de los cincuenta. Durante más de medio siglo el suburbio había sido un anhelo de clase media en que estaba implícito la aversión a la ciudad. Representaba ya para entonces un refugio de la actividad de los negocios del marido y el medio de alejar a las mujeres y niños de la mala influencia urbana; pero estaba lejos de representar el estilo de vida norteamericano.

Su primer auge tuvo lugar en los últimas décadas del siglo pasado. Los hombres de bienes raíces vendían con ellos un estilo de vida: la unidad de ventajas urbanas y simplicidad rústica; el progreso y la nostalgia que caracterizaban el ideal comunitario norteamericano. Estos suburbios carecían de planificación,

3 Cfr. de su obra ya mencionada el capítulo "Some Observations on Changes in Leisure Attitudes". Riesman, por otro lado, defiende otros aspectos de la vida suburbana.

Las severas críticas al modo de vida suburbano que han plagado el medio académico desde los sesenta responden, por una parte, a una queja contra el estilo de vida cuyos símbolos los suburbios habían acaparado; y por otra, a las expectativas intelectuales y de reforma de la liberación de la clase trabajadora del yugo de la necesidad. Esperaban un hombre nuevo y no la democracia del hombre medio, en cuyos sueños y libertades en apariencia mal explotados, vieron la caída de sus aspiraciones. Asimismo, muchos de esos críticos atacaban ese estilo de vida no tanto por ser lo que era sino por no ser lo que prometía, y en ese sentido, fueron aguerridos defensores de los ideales puros de la democracia del ciudadano común.

caminos suficientes y áreas comunes.⁴

Para la mayoría, el suburbio significaba el ascenso social y el paso a una vida más cómoda. Las mujeres de clase trabajadora festejaban la libertad de regresar a las labores domésticas que ofrecía el suburbio.

Con todo, el suburbio no parecía la mejor alternativa a las demandas habitacionales de la clase media. Los departamentos urbanos iban más de la mano con ellas. Concentrados en edificios, y por lo tanto, más baratos, poseían asimismo todos los servicios. El departamento materializaba las ideas de eficiencia y ahorro de esfuerzo y espacio en las tareas hogareñas. Durante los veinte años de las innovaciones domésticas se pusieron a prueba en los departamentos. Para entonces se les empezó a juzgar por amantes de un estilo de vida más tradicional de signo de decadencia, de argucia para separar las amas de casa de sus deberes, pues los cuidados que requerían eran del todo simplificados.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el problema de escasez habitacional puso a pensar a los planeadores de la industria de la construcción. La respuesta más provechosa a la cuestión de cómo ganar dinero y alojar un número considerable de familias en casas confortables provino de la compañía *Levitt and Sons*. Su idea consistió en combinar materiales prefabricados y técnicas de construcción convencionales. El primer desarrollo

⁴ Cfr. Cohen, *The Last Hundred Years Household Technology...*, para todo lo relacionado con antecedentes.

habitacional de este tipo se edificó en un lugar de Long Island, conocido desde entonces como *Levittown*. Fue tan exitoso que se convirtió en el prototipo de una ola que absorbería la mayor parte de la inmigración interna y el auge demográfico de los cincuentas.

Gracias al apoyo público y a la prosperidad imperante, en los últimos años de los cuarentas y en los cincuentas millones de norteamericanos de clase trabajadora obtuvieron los medios y la movilidad que les permitieron establecerse en los suburbios. Las jóvenes parejas, que se contaban por miles, necesitaban de casas espaciosas y las querían en áreas fuera de la ciudad donde hubiese abundante espacio exterior.

Una encuesta de la revista *Saturday Evening Post* a fines de la Segunda Guerra indicó que la vasta mayoría del público --casi 85 por ciento-- no quería vivir en un departamento o "casa usada". Querían una casa nueva construida con todas las ventajas moderna. Querían un gran ventanal en su casa, un asador afuera y un césped bien podado.⁵

El gobierno apoyó con préstamos a bajo interés e hipotecas; lo que también hicieron las oficinas de *Savings and Loans*. Los gobiernos federal y estatales construyeron carreteras, calles suburbanas y caminos que posibilitaron el traslado del suburbio a la ciudad. La industria automotriz contribuyó produciendo automóviles en gran número y bajo precio.⁶

Los suburbios se convirtieron más que en lugares de

5 *Idem.*, p. 166.

6 *Cfr. Leuchtenburg, Op. Cit.*

residencia, en instituciones de clase media, no sólo por su composición sino por su ambiente. Los agentes de bienes raíces vendían junto con la casa la promesa de amistad, pertenencia, solidaridad de grupo.⁷ Junto a la oferta emocional y bucólica se encontraba la de los beneficios del consumo y la era tecnocientífica. La fórmula de Levitt, repetida hasta el infinito, consistía en ofrecer casas de estilo tradicional que contuvieran todas las comodidades modernas. Llegaban a contener refrigeradores, lavadoras, secadoras, televisiones, aire acondicionado y otros aparatos modernos; completamente decoradas, listas para habitarse.

Se teorizó mucho sobre el rescate de la naturaleza del hogar tradicional y su adaptación feliz a la era tecnológica. El suburbio, se concluyó, más que simplemente protección frente a un mundo de competencia, símbolo de permanencia de la tradición, configuraba el renacimiento de la vida familiar.⁸ Pero esta justificación, si no del todo errónea, escondía el hecho de que la casa suburbana era el principal signo de que se había arribado a un estilo de vida particular; la posesión esencial que permitía mostrar educación, sofisticación y riqueza en cada uno de sus aditamentos.⁹

7 Cfr. Whyte, Op. Cit., "The New Suburbia: Organization Man at Home".

8 Cfr. Lundberg y Farnham, Modern Woman. The Lost Sex, "The Destruction of the Home".

9 Cfr. Whyte, Op. Cit., "The New Suburbia..." Los verdaderos ejecutivos, que poseían más de esos adornos que el suburbano medio, nunca hicieron de su casa un monumento, un fin en sí mismo. Optaban por las casas

Sin embargo, es innegable que la clase media inició en estos sus dominios un proyecto de vida que iba a justificarse como un intento de seguir el ritmo de los tiempos y conservar los valores morales, familiares y comunitarios, que daban aliento a las virtudes norteamericanas. Los habitantes del suburbio pensaron en sus comunidades como lugares de una sola clase, regidos por un espíritu ejemplar de democracia y hermandad.

La vida en los suburbios se caracterizó por un activismo comunitario y un sentido de responsabilidad con el grupo notables. Las necesidades prácticas de construcción de las jóvenes comunidades lo exigían. Los juegos de bridge, las reuniones del PTA (*Parents and Teachers Associations*), las de la iglesia, las fiestas..., toda esa vida social se dirigió a crear un ambiente acogedor y cómodo, que tanta falta hacía a los itinerantes para sustituir las raíces que habían dejado atrás.¹⁰

Sus habitantes aprendieron a ser tolerantes y amistosos ante personas de diferentes origen e ideas. Lo lograron manteniendo las relaciones al nivel de los valores comunes y evitando los

funcionales, donde podrían retomar fuerzas para otro día de labores.

10 "And for the time being it is enough to know that a circle of friends is growing and an unknown land is no longer strange and alien --there are doctors and nurses at the hospital, Frank and Jack at the office, teenage Barbara who comes to the house to help, coworkers Jim met at the paper to join in a summer picnic, and a dozen pleasant neighbors who came to a covered-dish dinner Mary Lou held at her house on one big entertaining evening --friends to say hello now, to value and hope to know better. They are enough to make a transplanted young Hoosier family say gratefully. We're gaining again --even that settled feeling". Kileen Sharpe, "Strangers in Town", en la serie "How Young America Lives", de LHL, agosto 1956. Subrayado mío.

puntos de conflicto. El grupo funcionaba como una familia en la que sus miembros se otorgaban protección mutua.

No obstante, dentro de los suburbios tenía lugar una carrera febril por la adquisición de dinero, bienes y prestigio; un afán de símbolos de distinción contrapuesto al impulso de igualdad. Por una parte, la membresía en los clubes y asociaciones de prestigio; por otra, la vulnerabilidad que sentían muchos en su camino hacia un mejor nivel de vida, y que se curaba con el recurso al consumo. Este constituía la estrategia para ajustarse a los apetitos de los *Joneses*. Tales presiones hacían preciso no sólo mantener un sueldo apropiado, sino incrementarlo para satisfacer las nuevas necesidades. Las esposas debieron contribuir con más frecuencia para cubrir los huecos que no cubría el sueldo del marido.

La competencia estaba condicionada por la orientación inicial hacia la homogeneidad; no era prudente la ostentación. El grupo determinaba cuando un artículo de lujo se volvía necesario. En muchos casos, los líderes informales del suburbio, por lo común los residentes con mayor grado de instrucción, establecían el patrón de cambio al ser emulados por el resto. Cuando el ascenso social impelía a ello, los suburbanos se mudaban a una mejor sección del suburbio, o bien, partían a otro de más categoría. La diferenciación al interior no estuvo contemplada por los primeros constructores, pero pronto ajustarían sus planes

a tal fenómeno.¹¹

En los suburbios se fomentaba una tendencia nacional a establecer comunidades homogéneas y relativamente separadas.¹² No sólo la población blanca de clase media, sino también gente joven, reunida en familias nucleares.¹³

Las familias suburbanas representaban el mejor ejemplo de cómo la abundancia daba lugar a padres jóvenes. En 1950, la edad promedio en que se contraía matrimonio a nivel nacional rozaba los veinte años; al finalizar la década eran comunes los matrimonios entre individuos que no habían completado su educación superior o recién habían finalizado la preparatoria.¹⁴ La propaganda del embarazo como la mejor época de la mujer y la exaltación de los valores de la privacidad fueron fundamentales en esa prisa hacia el matrimonio e hijos, la causante del *baby boom*.¹⁵

Los niños jugaban un papel importante en los anhelos de seguridad y buena vida. De ahí la inclinación por tener dos o más

11 Cfr. Whyte, Op. Cit.

12 Cfr. Packard, The Status Seekers, "The Price of Status Striving".

13 "Characteristic of all the new suburbs is a highly skewed age distribution in which children between 0 to 10 and parents between 25 to 35 make up the overwhelming bulk of the population. At Levittown, Pennsylvania, for example, a 1953 census revealed that 40 percent of the people were between 15 and 20, only 3.7 percent were 45 or older". Whyte, Op. Cit., p. 378.

14 Cfr. Friedan, Op. Cit., "The Problem That Has No Name".

15 Cfr. Oakley, Op. Cit. Los patrones del baby boom en fertilidad, temporización y planeación familiar, tienen antecedentes antes de la posguerra, pero fue la abundancia la que hizo la diferencia.

hijos.¹⁶ La paternidad fue una preocupación tan relevante entre los habitantes suburbanos que tener hijos o amar a los niños era imperativo.

La crianza, apoyada en recomendaciones de expertos, centrada en la atención materna y en una permisividad creciente, fue otro sello suburbano.

Pero quizá el ideal que mejor define el proyecto familiar suburbano fue el *togetherness* en la pareja, la esencia del nuevo amor romántico y de equilibrio en el matrimonio. Tal ideal romántico tenía racionalizaciones materialistas. Según el economista David Potter, en una sociedad próspera, el factor emocional ganaba en importancia en las familias de clase media y la armonía y la equidad se convertían en el criterio de éxito en la relación. Al requerirse, dentro del nuevo contexto económico, mayor capacidad de decisión independiente y confianza en sí mismo, la mujer se volvía compañera y no subordinada.

La mayoría de las mujeres dejaba su empleo o la universidad cuando se mudaban al suburbio con sus maridos. Con el aumento de las oportunidades educacionales, el número total y el porcentaje de mujeres que abandonaban su porvenir profesional por el del *togetherness* suburbano creció considerablemente.

16 La tesis de Easterlin (Cfr. Elder, Op. Cit.) sobre la mayor fertilidad que traía consigo el tránsito hacia una época más próspera funcionó sólo entre los desposeídos por la Depresión que alcanzaron en su vida adulta un status de clase media alta. El mayor índice de fertilidad seguía correspondiendo a las clases bajas. Los patrones suburbanos de matrimonio temprano, dos o más hijos, habrían igualado sus costumbres a las del estrato bajo a no ser por la mayor planeación familiar y una crianza metódica.

La letra con amor entra, la educación práctica

El proyecto de educación práctica, abrazado por la escuelas suburbanas, tenía como propósito controlar los efectos de lo que aseguraban era una institución demasiado intelectualizada; se buscaba ahora inculcarles valores morales sólidos y ayudarlos a ajustarse a su entorno social.¹

La permisividad y el cuidado extremo de la crianza se trasladó al método educativo. En el caso del primero, se daba por un hecho, de acuerdo a un experto, que un hogar permisivo forjaba niños más creativos e independientes. Imponer el conocimiento sólo creaba conformismo y pasividad.²

Debido a los patrones de movilidad geográfica de los habitantes de los suburbios, y el hecho de ser comunidades recién establecidas, sus escuelas se encontraban en desarrollo en más de un sentido. La educación práctica suburbana no correspondía a método alguno en particular.³

Las escuelas suburbanas desplegaban una clara orientación vocacional. Su currículum privilegiaba las materias consideradas útiles. Se planeaba preparar a los jóvenes para problemas de la vida real y no insertarlos en los laberintos de una educación altamente académica. La actitud en la enseñanza es aún más destacable. Los profesores intentaron eliminar el abismo de

1 Cfr. Whyte, *Op. Cit.*, "The Organization Children".

2 Gadwin Watson, "The 'Spoiled' Child. Does he turn out better or worse than the child who toes the mark?", en: McCall's, The magazine of Togetherness, mayo 1958.

3 Cfr. Whyte, *Op. Cit.*, "The Organization Children".

autoridad entre ellos y los estudiantes; se preocuparon por conocerlos más allá del simple desempeño en el salón de clases y compartir con el alumnado una relación más relajada y abierta.⁴ Las evaluaciones tendían a recompensar el esfuerzo y no la excelencia. La educación fue llevada a un "proceso sin dolor". Se intentó relacionar los temas de los cursos con lo que los niños y jóvenes recibían de los medios y de su convivencia diaria en la comunidad.

Al contrario de la educación progresista, la educación práctica hizo hincapié en los requerimientos particulares, entre los que se incluían criterios de ocupación probable y de sexo. Del último de ellos se desprendían las clases de Matrimonio y Vida Familiar, parte de los cursos de adaptación a la vida diaria. La instrucción en estas categorías privilegiaba los comportamientos y orientaciones no conflictivos dentro del grupo, la familia, la comunidad y la sociedad en general. Conformaron el cuerpo de materias optativas más exitoso de los programas de estudio de la secundaria y preparatoria.⁵

La educación suburbana corría paralela a la educación informal del hogar que seguía siendo permisiva todo el camino hasta la juventud. La educación permisiva tenía un refuerzo importante en la costumbre de recompensar la desatención afectiva, producto de las ocupaciones absorbentes del trabajo, en

4 *Cfr. Riesman, Op. Cit., "Some Observations on Changes in Leisure Attitudes".*

5 *Cfr. Whyte, Op. Cit.*

el caso del padre, y del hogar, en el de la madre; compensaciones monetarias y de libertad sin precedentes, que además contribuían a perpetuar los valores del dinero y la satisfacción personal.

Después del tremendo golpe a la conciencia nacional que fue el lanzamiento del Sputnik, el sistema educativo sería sometido a una severa (y algo injusta) crítica.⁶ La integración de grupo, la erradicación del trato especial a los alumnos con talento, la elección de la personalidad eficaz en detrimento de la excelencia y la creatividad personal, el olvido de las ciencias como materias obligatorias, se tendrían por retrógradas. Los habitantes mejor educados siempre vieron en el curriculum práctico el peligro de una enseñanza de miras muy restringidas.⁷

La segunda generación

A fines de los cincuentas hubo un relevo generacional en los suburbios. La generación que construyó las primeras comunidades tenía una memoria viva de la Depresión. Sus hijos y la gente más joven que inursionó en los suburbios crecieron en una sociedad próspera. Para ellos el mejoramiento del nivel de vida

6 Cfr. Oakley, *Op. Cit.*

7 Las mujeres seleccionadas del Second Annual Congress on Better Living de 1959, cuyas opiniones pueden servir de indicador, mostraron aversión a los matrimonios jóvenes y a la permisividad en la enseñanza: "By and large, these women are not too happy with education their children are getting; they believe in more homework, less emphasis on grades, more on learning and thinking (...) As parents they believe in discipline rather than permissiveness." Selma Robinson, "103 Women sound off...", en: *McCall's*, febrero 1959.

representaba casi un proceso natural del que no escaparían.¹

Se ha manejado en demasía la imagen de ésta como una generación silenciosa, conservadora, mimada, alejada para su mal de las experiencias de la crisis y de la guerra. El estereotipo de la *cool generation*, según una encuesta de Gallup de 1961, era la de jóvenes que preferían el éxito moderado a la aventura, una educación universitaria y un casamiento a los 23 ó 24, con dos o tres hijos, con una pareja afectiva, simpática, moral, no siempre inteligente, pero sí ambiciosa; una casa amplia, un carro de lujo y un trabajo corporativo.²

En realidad, esta generación se estaba ajustando mejor que la anterior a las normas imperantes en la sociedad norteamericana. Era en este sentido más realistas, sus conductas y valores estuvieron más orientados conscientemente hacia el éxito. No se dejaron engañar por la quimera de una sociedad sin barreras sociales. Si sus aspiraciones se alejaban del empresario aventurero, del pionero intelectual o del inoconforme, es porque sabían que eran actividades no costeables en ganancia y reconocimiento social.³ Su cautela y conservadurismo, incluso su preferencia por la religión blanda, se desprendían de la crítica a la educación y la religión establecidas, y a la desconfianza ante el juego político. No por otra cosa optaban por la reforma

-
- 1 Cfr. Whyte, *Op. Cit.*, "Inconspicuous Consumption".
 - 2 "Youth The Cool Generation" en la revista ya citada.
 - 3 Cfr. Peckard, *The Status Seekers*, "Problems in Understanding".

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

personal. Se trataba de una expresión de inconformismo.

Pusieron un mayor énfasis en la unidad familiar.⁴ No esperaban ganar mucho, pues sabían que un salario modesto era suficiente, siempre que se contara con beneficios alternativos para construir su seguridad; por ello preferían las corporaciones. Entendían la educación en términos prácticos, en tanto requisito de status. Las chicas preferían el magisterio, la enfermería, el trabajo de oficina, pero planeaban convertirse en amas de casa. Pero al mismo tiempo, los jóvenes exigían una instrucción más desafiante y mostraban cierta aversión a la educación tan permisiva y adaptativa.

Si se rendían a las delicias del consumo se explicaba tanto por la habilidad de los publicistas para vencer sus resistencias y educar sus hábitos de compra, como por la conciencia de que para elevar el status social se debía vivir por encima de las propias capacidades económicas. Adoptaron el crédito porque éste elevaba de hecho su capacidad de adquisición. La generación del crédito revolvente terminó pagando más por los intereses que por el capital recibido. Era una apuesta; esta generación planeaba de manera inteligente el consumo y las deudas, siempre de una manera más metódica que sus padres y predecesores.⁵

La generación silenciosa se avocó a vivir bien, sin grandes

4 Las estadísticas demográficas demuestran que los nacidos entre 1934 y 1937, que sufrieron escasamente la experiencia de la crisis, presentaron un mayor índice de fertilidad que sus antecesores. Cfr. Elder, "Scarcity and Prosperity..."

5 Cfr. Whyte, *Op. Cit.*, "Inconspicuous Consumption".

aspiraciones, pero también sin mitos o falsas ilusiones.

Interconfesionalismo. La religión de los suburbios

La religión en los suburbios se plegó a las necesidades de convivencia e integración, así como a las de exclusividad y estatus, por lo que no es aventurado hablar de una religión suburbana cuyo atributo más reconocido fue el interconfesionalismo.¹

Las Iglesias norteamericanas experimentaron el gigantismo organizativo propio de los tiempos. Contaron con grandes aparatos de burócratas profesionales, con instituciones educativas propias, agencias de servicio social e inversiones financieras considerables. La organización tradicional en congregaciones compactas había sido superada.

La Depresión y la guerra habían pospuesto la construcción de templos, lo cual resultaría en una enorme ventaja en la posguerra, pues fue posible seguir la marea migratoria del campo a la ciudad, de la ciudad a los suburbios. Fue, de hecho, el inicio del auge constructivo de templos de todo tipo.

En los suburbios convivieron personas de diferente orientación religiosa. Muchos católicos y judíos accedieron a ellos tras dejar el ghetto. Parecía una oportunidad para realizar un proyecto ecuménico que ya estaba en marcha entre la élite eclesiástica, el cual, además, recibiría la bendición del gobierno norteamericano. Ambos difundieron la idea de que la

¹ La mayor parte de la información en este apartado corresponde al libro de Wuthnow *The Restructuring of American Religion...*

religión en E.E.U.U., más allá de divisiones confesionales, era judeocristiana, organizada en congregaciones, cuidadosa de los valores individuales y aplicada a los problemas concretos. Una religión del consenso y de la adaptación que atrajo las preferencias suburbanas que no hicieron nada por desmentirla.

La cruzada moral y nacionalista quedaba descartada entre la clase media de igual manera que el fundamentalismo religioso. Las actividades religiosas se enfocaron a unir la comunidad, a influenciar en la actividad cotidiana de la misma, y no a campañas sociales y políticas. Los habitantes del suburbio toleraban y hasta veían con buenos ojos a aquellos que profesaban una religión diferente a la suya, salvo excepciones como mormones e Iglesias de clase baja tales como evangelistas y carismáticos. Los sentimientos de los protestantes hacia los católicos mejoraban debido a la mayor interacción entre ambos, y en parte porque las diferencias sociales y educacionales no eran desproporcionadas. También decayó el antisemitismo.

Sin embargo, el pertenecer a una denominación específica tenía en la mayoría de los casos un sentido más secular que religioso. Era una pieza más en el propósito integral de pertenecer al grupo adecuado. Ser protestante, por supuesto, representaba un status más alto que cualquier otro grupo; pero el mundo protestante tenía gradaciones bien definidas de status, una élite también jerarquizada, que en orden descendente podemos resumir así: Iglesia episcopal, presbiterianos, congregacionistas y unitarios; con particularidades regionales que prefiero omitir.

La Iglesia episcopal gozaba de la preferencia en los altos círculos por su tradición, rituales y conexiones con la Iglesia anglicana. Un ascenso ocupacional se acompañaba generalmente de otro equivalente en la escala religiosa. No faltó quien conservara su afiliación original, mientras atendía los servicios de la Iglesia que le correspondía en el momento. Asimismo los católicos, un poco más unidos, se dividían en líneas étnicas que en el fondo también eran de status. No había discriminación sino aprobación total de reglas estrictas de socialización. Cada quien buscaba a los suyos en la escala social hasta en las Iglesias.²

El proyecto interconfesionalista se veía amenazado igualmente por las diferencias reales de credos, costumbres y afejos principios, que la secularización no pudo borrar.³

2 Cfr. Packard, *The Status Seekers*, "The Long Road from Pentecostal to Episcopal".

3 Los protestantes temían el auge de la influencia católica en la sociedad y se aliaron con los judíos en contra de lo que ellos creían era un plan católico para someter la religión al Estado. El interconfesionalismo se estrelló con esa barrera cotidiana de las relaciones de pareja: los matrimonios interconfesionales aumentaron, es cierto, pero sólo entre denominaciones con cierta avenencia, y pasaron a formar parte de la lista de relaciones no recomendables de acuerdo a los criterios de conformidad.

84

SEGUNDA PARTE

UNA SUBVERSION SIN IDEOLOGIA

Una subversión sin ideología. Las mujeres de la crisis

Durante la Gran Depresión, un amplio número de mujeres norteamericanas buscaron trabajo y ajustaron su papel en los hogares, empujadas por la crisis económica.

Es importante resaltar los valores y aspiraciones que las madres de la crisis inculcaron a sus hijas. En los treinta inició la presión de las mujeres casadas de clase media por ingresar al mercado laboral. A la par, un número descollante, al menos a la mirada de los contemporáneos, aspiró a una profesión, tuviese o no una educación apropiada.¹

Los esfuerzos por combinar el trabajo y las labores domésticas pasaron, en esos años, de la retórica a la práctica condicionados por los efectos económicos de la crisis. Tuvo lugar un cambio en las costumbres y en los valores que se incubó en la compulsión femenil por ser útiles y contribuir a la seguridad y bienestar familiares. La prosperidad sucedánea les regalaría las posibilidades prácticas, educacionales y económicas, de realizar las aspiraciones postpuestas. Inclusive, ante la aplastante propaganda hacia la domesticación, el trabajo femenil se había consolidado como una herramienta a la mano en la tarea de mantener un estilo de vida, misma que no podría descartarse al ascender progresivamente las demandas competitivas y de status durante el milagro económico que vendría más adelante.

La militancia por los derechos de las norteamericanas había

1 Sobre el particular, Cfr. Carl N. Degler, At Odds. Women and the Family in America..., y Friedan, The Feminine Mystique, "The Passionate Journey".

tenido su clímax en los años veintes. Sin embargo, la composición social del movimiento feminista lo alejaba del grueso de la población. El poder de la minoría feminista, y su potencial peligro fue mucho menor al que le atribuyeron sus contrincantes.

En los veintes, una vez obtenido el voto femenino, los distintos grupos de mujeres activistas consideraron terminada la batalla política y centraron sus miras en idear la manera de combinar satisfactoriamente un trabajo remunerado con las labores domésticas. La motivación provenía de un sensible aumento de las mujeres de clase media que optaban por un trabajo fuera del hogar. Asimismo, un mayor número de profesionistas mujeres, sostén principal del activismo, empezaba a buscar una vida familiar en vez de la soltería.²

El feminismo había agotado sus propósitos políticos, y sería derrotado en los laborales. En estos años el *National Women's Party* (NWP) se opuso a la legislación laboral especial, la cual otorgaba a las mujeres un trato distinto al de los hombres en el trabajo, particularmente en la industria. Este sector iba asimilando más mujeres al ritmo de cambios tecnológicos que permitían aligerar el esfuerzo físico en las faenas diarias.³ La

2 Véanse a este respecto, Carl N. Degler (*At Odds...*), Jane Sherron ("The New Feminism and the Dynamics of Social Change". En: Kerber y Sherron (eds.). *Women's America...*) y Mary E. Cookingham ("Combining Marriage, Motherhood, and Jobs Before World War II: Women College Graduates, Classes of 1905-1935". En: *Journal of Family History*, verano 1984).

3 De acuerdo a Degler (*Op. Cit.*), en 1910 más de un millón de mujeres casadas se enrolaron en trabajos industriales y profesionales; 1/5 en oficinas o como vendedoras, 30 000 como profesoras, 13 000 como contadoras, 2 000 lograron un puesto administrativo y 300 ocuparon puestos de profesor

legislación especial era prioritaria para las mujeres de clase trabajadora, pues sancionaba su derecho a la negociación colectiva, derecho negado a los sindicatos, compuestos exclusivamente por hombres, y garantizaba la integridad física de las empleadas (por lo general solteras y mano de obra sólo temporal) hasta que se convertían en esposas y madres.

La alternativa propuesta por el NWP consistía en la *Equal Rights Amendment*, que privilegiaba los derechos individuales de las mujeres instruidas en profesiones no incluidas en la legislación especial. Argumentaba que la legislación protectora dañaba los derechos de las mujeres en tanto individuos y les cerraba la puerta a varios puestos. La disputa comprendía la cuestión de la igualdad de oportunidades laborales y el derecho femenino a ejercer una profesión. Tal cuestión dividió el feminismo del reformismo. El proyecto feminista desafiaba la división de papeles sexuales imperante y no subsistió. Las activistas del NWP fueron derrotadas.⁴

La lógica del reformismo descansaba en la noción de que las mujeres salvaguardaban el futuro del país en su papel de madres, y siendo las trabajadoras en su mayoría jóvenes solteras, debían mantenerse en buenas condiciones para después criar hijos sanos.

Para las mujeres de clase media sin una educación adecuada, la gran mayoría, el empleo era en el mejor de los casos temporal,

universitario.

⁴ Cfr. Degler, *Op.Cit.*, "XVI. Women at Work: Unions, Farms, and Professions".

y más propio de solteras, viudas y de mujeres negras o inmigrantes. Para las solteras de clase media, el matrimonio significaba el abandono del empleo, por lo que les era posible aceptar condiciones laborales y paga inferiores a los masculinos.

Los empleos a la mano eran monótonos, mal pagados y sin futuro. El matrimonio las rescataba de tal esfuerzo y les prometía una vida con amor, compañía y goce de unos hijos. Por lo demás, el trabajo en el hogar era más variado y creativo. Ya casadas, un trabajo representaba una doble carga.

Una ocupación no se asociaba con liberación o realización personal, como podría serlo una carrera, por lo cual una mujer de clase media que no tuviera necesidad, rara vez buscaba empleo.⁵

Las mujeres con educación superior componían un grupo aparte en las primeras décadas del siglo tanto por su origen social como por su comportamiento. Se distinguían por su orientación a una actividad profesional, lo que a no pocas había orillado al extremo de evitar el matrimonio con el fin de mantener el nivel competitivo que se requería. Desafiaban la norma por su propensión al trabajo sin la justificación de la necesidad económica. Hemos de sumar su inclinación por el activismo social y político. No es de extrañarse que se creara un mito alrededor de su poco común rechazo de la vida familiar: la mujer orientada a una carrera que renegaba de sus responsabilidades naturales de

5 Cfr. *Idem*. Cap. XV. "Women's Work: The First Transformation".

esposa y madre, un ente disruptor de los valores tradicionales.⁶

El estereotipo de la feminista comedora de hombres, agresiva y enemiga del hogar, bien pudo haberse materializado ante las presiones de que sufrían en los negocios y profesiones, esfera planeada para hombres dedicados de tiempo completo.

Sin embargo, las universitarias nunca abandonaron el ideal del éxito en la vida familiar, a pesar de que les era costoso en términos de su carrera. De hecho, a partir de los veinte, el bajo índice de fertilidad que mostraron ya no recaía tanto en solteras como en mujeres casadas sin hijos. Las que decidían tener hijos, practicaban de forma abierta la planeación familiar para enfrentar mejor la discontinuidad en el ingreso que representaba el embarazo y el intervalo de la crianza. Además, se rigieron por un ciclo de trabajo que se interrumpía en los años en que sus hijos necesitaban de un cuidado intensivo y se reanudaban inmediatamente después. Unir sus ingresos con los de su pareja les permitía casarse a menor edad que las mujeres desempleadas, estrategia a la que adicionaron la de tener pocos hijos en un espacio reducido de tiempo.⁷

Las opciones laborales para las mujeres educadas aumentaron en la segunda década del siglo. Se abrieron puestos en la docencia y en profesiones como las de medicina y abogacía;

6 Utilizo como base los datos recopilados por Cookingham, Op. Cit. Se trata de un estudio basado en los archivos del Mount Holyoke College, institución femenina de Nueva Inglaterra, que comprende el período de 1910-1925. Las mujeres de ese colegio eran predominantemente blancas, protestantes, hijas de profesionistas y hombres de negocios.

7 Cfr. Cookingham, Op. Cit.

comenzó un auge de empleos de cuello blanco, proporcionado por el avance de las grandes empresas. La oportunidad para combinar trabajo y hogar también se incrementó, gracias a lo cual, las activistas impulsaron la discusión pública sobre el modo en que podía alcanzarse el ideal de triunfar en ambos ámbitos. Una estudiante del *Vassar College* resumió años más tarde estas aspiraciones:

Hace veinte años [la cita data de fines de los treinta] todas creíamos en la independencia económica de las mujeres. La domesticidad se tomaba con impaciencia... Todas esperábamos tener carreras y todas deseábamos distinguirnos... Era parte de la doctrina que debíamos casarnos y tener hijos, pero que este incidente no debía interponerse a nuestro trabajo. Una mujer debía tener una rica vida personal y una profesión pública útil.⁸

La meta estaba fuera de duda; la cuestión ahora consistía en como instrumentarla. El gran obstáculo era una estructura ocupacional que ubicaba la familia y la profesión en planos excluyentes. Las universitarias no constituían en ese entonces un alto porcentaje de la población de clase media ni invadieron en gran proporción las áreas tradicionalmente consideradas masculinas. Los ejemplos de mujeres casadas y con una profesión tampoco brotaban cotidianamente.

No obstante, esta actitud fue condenada como si se tratase de un cáncer social. Empezó a hablarse de la batalla de los sexos

8 Degler. *Op. Cit.*, p. 414. El autor agrega que la cuestión en los veinte no era si debían combinarse hogar y trabajo sino en cómo hacerlo, *Apud. Virginia Collier Marriage and Careers (1926)*.

y de sus efectos negativos.⁹

Un incremento dramático de los divorcios, de los matrimonios a mayor edad y la tendencia incipiente en las mujeres de clase media a asistir a las universidades e iniciar una carrera profesional, alimentaron la creencia, ya establecida, en la fragilidad de la vida familiar norteamericana.

Al sobrevenir la Gran Depresión, la discusión política y la militancia femenina por la igualdad entre los sexos se detuvo abruptamente. Una de las medidas prácticas a las que hubo de recurrirse para sortear el temporal económico fue estrechar los lazos familiares. El matrimonio se utilizó por ambos sexos como una manera sencilla de procurarse seguridad emocional y mayores recursos económicos.

El número de mujeres en profesiones decayó a causa de las prácticas de restricción laboral, aplicadas en particular a las mujeres casadas. Se estableció entre los empleadores la idea, extendida ya entre la población, de que una mujer casada que no necesitaba emplearse debía evitarlo, para así no privar de ingresos a hombres con familia y a solteras cuya situación era precaria.¹⁰

Es cierto que durante la Depresión las mujeres con cierta preparación verían reducidas sus posibilidades de combinar el ámbito familiar y laboral. La creencia sin fundamento en que

9 Cfr. Ferdinand Lunberg y Marynia Farnham. Modern Woman. The Lost Sex... (1947)

10 Cfr. Degler, Op. Cit.

competirían con los hombres por las fuentes de ingreso a las que éstos tenían derecho en su papel de proveedores naturales en la familia, les cerraría algunas puertas.¹¹ No obstante, las cifras esconden datos de tipo cualitativo, como otros medios, no censados, de extender sus responsabilidades familiares y contribuir a la sobrevivencia económica.¹²

Para las mujeres norteamericanas, la crisis establecería una tensión entre los compromisos familiares y los laborales. La necesidad de asegurarse económicamente fue el agente de cambio.

11 Por ejemplo, el magisterio, uno de sus espacios predilectos, se negó a la mayor parte de las mujeres casadas. Cfr. Degler, *Op. Cit.*, cap. XVI, "Women at work: Unions, Farms, and Professions". Una medida lógica, en parte, ante la necesidad de propiciar el bienestar del mayor número de personas; mas reflejo de un miedo sin fundamentos, puesto que en la mayoría de los trabajos femeninos disponibles no tomaban parte hombres.

12 Algunos autores tales como Sara Evans (*Born for Liberty...*, "Surviving the Great Depression") y William Chafe (*The Unfinished Journey...*) enfatizan los efectos perniciosos en la vida de las mujeres americanas provocados por la desintegración en los treinta de los movimientos de activistas. Consideran un desastre las restricciones laborales y apuntan que en el caso de las mujeres que accedieron a un empleo no lo vieron en términos de independencia personal como lo había sido con anterioridad. En el ámbito familiar, prosiguen, se agotaron el desafío a la autoridad masculina y la rebelión contra las costumbres; mientras en la arena pública no se avanzó más allá del camino recorrido por las activistas de los veinteas.

Sherron de Hart ("The New Feminism and the Dynamics of Social Change". En: Keber y Sherron (eds.) *Women in America...*, p. 497) dice al respecto: "Yet if progress is measured by achievements in business, professional, and political life, middle-class women made few gains in the post suffrage decades. The proportion of women attending colleges and universities actually declined between 1920 and 1960, as did the proportion of women on college faculties".

Tal interpretación se basa exclusivamente en los logros formales de las activistas y su posterior retraimiento. La difusión de aquellos otros avances en la práctica no les parece relevante; de ahí que no se puedan explicar la historia posterior más que como represión y un interregno a los que sucede la revuelta feminista de los sesenta. Sólo porque no produjo un manifiesto, este postulado partidario no quiere ver la democratización progresiva de esas prácticas para combinar trabajo y hogar.

Las mujeres preparadas no tuvieron empacho en aceptar trabajos de cualquier tipo y, de hecho, siguieron dominando los empleos de oficina que ofrecieron las corporaciones, y que se diluyeron con menos rapidez que los industriales. Los escasos empleos disponibles atrajeron a las mujeres de clase media afectadas por la Depresión, con independencia de su grado educacional. Se estaba gestando una revolución en las costumbres de esas mujeres, una revolución con distintas perspectivas orientadas al fin de sobrevivir al daño de la crisis. Sin embargo, con el mismo objetivo, el reforzamiento del papel del ama de casa también estaba teniendo lugar.

Las organizaciones femeninas aún en pie, reformistas, canalizaron su actividad a promover la responsabilidad social hacia los pobres y los desempleados. La legislación especial había resuelto sus demandas relativas al trabajo femenino. El aparato administrativo del *New Deal* absorbió las aspiraciones restantes del reformismo femenino al incluirlas en su agenda política, de la misma forma que lo hizo con otros movimientos sociales. La legislación laboral del *New Deal* prolongó los beneficios otorgados por la legislación especial a las mujeres, reduciendo sus horas de trabajo y exigiendo a los empleadores mejores condiciones laborales para ellas, aunque al mismo tiempo reducía sus salarios mínimos. Al ser institucionalizado, el

reformismo inició su desaparición.¹³

Los observadores de los treintas y de las dos décadas posteriores interpretaron la influencia de la crisis de forma distinta, exagerada en ocasiones, pero que en el fondo se apega más a la realidad que los lamentos por la interrupción del feminismo. Veían a una nueva generación aprovechando los logros de la anterior y poniendo en práctica, en términos distintos, nuevas aspiraciones de igualdad. De hecho, concibieron una conspiración feminista detrás de esas ambiciones laborales.¹⁴ La idea de que los excesos de un feminismo silencioso ponían en peligro la existencia misma de la familia norteamericana, contribuyó a condenar la independencia femenil mal canalizada, se decía, en una profesión.

Consejos de madres a hijas. Sueños de profesión

Se podría decir de muchas de las mujeres forjadas por la crisis lo que la escritora G.M. White escribió sobre su madre, una viuda que tuvo que habérselas sirviendo comidas para mantener a sus hijos y pagar la carrera su hija. Una mujer real, ni virginal como los estereotipos victorianos, ni impecable como belleza de propaganda comercial, la madre de White pertenecía a una

13 Cfr. Evans, *Op. Cit.*, "Surviving the Great Depression". Tras la integración de las demandas reformistas a la agenda política del gobierno, no pareció haber una motivación real para la organización masiva femenil. Los clubes femeninos absorberían la acción cívica de las mujeres norteamericanas. *Vid Infra*, "Política y domesticidad".

14 Cfr. Maxine Davis, *The Sexual Responsibility of Woman...*(1956) y Lundberg y Farnham, *Op. Cit.*

generación que abrumada por la necesidad concebía de manera distinta las responsabilidades femeninas:

Nunca en mi juventud, mi madre titubeó en su convicción calmada, como de reina, eutilmente eotenida pero explítimamente probada, de que éramos de una camada que podía cuidarse sola, en cualquier momento y bajo cualquier condición. Y ella mantuvo la ilusión de que le era fácil hacerlo.¹

La Gran Depresión provocó entre un grupo de mujeres de clase media, pauperizadas por la crisis, la convicción de que el trabajo fuera del hogar era una extensión de las responsabilidades familiares. La necesidad de un empleo remunerado ante los estragos de la crisis generó la compulsion de ser útil y superarse, con el objeto de contribuir a la seguridad de la familia. Esta nueva conciencia, aunada al culto popular por el éxito personal, fue incubando entre esas mujeres el sueño de una profesión como meta de la vida propia y en esperanza para la de las hijas. La orientación hacia una carrera, característica reservada con anterioridad a las universitarias, se democratizó entre un sector aún no mayoritario, pero significativo.

No es fácil encontrar un estudio detallado en que se establezca esta transmisión de ideas y costumbres a nivel nacional. Sin embargo, se cuenta con dos ensayos publicados por el historiador Glen H. Elder Jr., con la colaboración en uno de ellos de Sheila Kishler, que versan sobre los cambios de actitud y hábitos laborales en mujeres de clase media en Berkeley y

1 "My Mother is a Valiant Woman", en: Ladies Home Journal, mayo 1948. Siendo su madre viuda, era fácil mostrarla como un ejemplo de valores maternos sin entrar en complicaciones sobre sus responsabilidades en el hogar.

Oakland durante este período.²

La tesis principal de Elder y Kishler establece que la vocación a contribuir en los ingresos familiares fue transmitido de madres a hijas de clase media; La actitud había surgido en las madres que padecieron la Depresión, pero perduró y se fortaleció en el ambiente de prosperidad de posguerra, cuando se elevaron los criterios de seguridad económica y se les sumaron los de status y prestigio.

Elder considera dentro del grupo de la Depresión que estudia a aquellos que pasaron su infancia o adolescencia en la década de los treinta. En éstos distingue a los miembros de familias "desposeídas" cuya caída económica implicó fuertes restricciones en los gastos, endeudamiento y pérdida de la casa u otra propiedad.³

2 Los ensayos se basan en una encuesta que incluye un grupo de más de cien mujeres de Berkeley nacidas entre 1928 y 1929, y otro equivalente de mujeres de Oakland nacidas entre 1920 y 1921. La mayoría de todas ellas era caucásica, protestante y de clase media. El primer grupo vivió la Depresión en su niñez, mientras el segundo lo hizo durante su adolescencia. La encuesta contiene resultados de entrevistas que tuvieron lugar en los treinta y cuarentas.

Glen H. Elder Jr. es considerado el padre del método de curso vital dentro de la Historia de la familia. Este método se caracteriza por privilegiar la edad y las comparaciones generacionales de manera que logre vincularse el desarrollo individual y familiar a los sucesos históricos (Cfr. Tamara K. Hareven. "The History of the Family and the Complexity of Social Change", en: American Historical Review, febrero 1991). Las obras de referencia son: Elder y Kishler "Women's Work in the Family Economy: A Study of Depression Hardship in Women's Lives", en JFH, verano 1979; y Elder, "Scarcity and Prosperity in Postwar Childbearing: Explorations from a Life Course Perspective", en: Idem, invierno 1981.

3 A pesar de que el rango de la muestra no basta para aplicar sus resultados al grueso de la población de clase media, su información cualitativa es muy valiosa. Considero sus conclusiones válidas para establecer un indicador de los valores y costumbres que las madres de la Depresión inculcaron a sus hijas. Los factores que intervinieron en la formación de la

Un tercio de las niñas y adolescentes de las familias desposeídas en la muestra de Elder y Kishler experimentó los efectos de la pauperización, de menores posibilidades educacionales, del precario o nulo sueldo del padre y de una madre obligada a buscar un empleo. La enseñanza básica que recibieron de sus madres dictaba estar preparadas para trabajar, de ser necesario, para aumentar el ingreso familiar, o en su defecto, ingeniárselas para acortar gastos en el hogar. El deseo de esas mujeres de ser útiles y su aspiración de ocupaciones más satisfactorias en paga y estima se reforzarían en sus hijas que, gracias a la prosperidad de posguerra, tendrían acceso a más oportunidades educativas y laborales.

Así, las mujeres casadas de clase media se involucraron en un rango amplio de actividades, empezando con la labor de mantener a flote un hogar en condiciones desventajosas. Con todo y las restricciones laborales, se inició el ingreso colectivo de estas mujeres al medio laboral. Las presiones de una familia con hijos obligaron a muchas a buscar trabajos de medio tiempo.⁴ El número de empleadas casadas de clase media, sin embargo, aún no

personalidad de estos grupos son variados y su influencia es distinta en cada experiencia. Los historiadores de la familia nos recuerdan que es también importante reconocer la etapa vital en que se sufrió el daño económico, así como establecer el significado de la pérdida de acuerdo al contexto de clase, etnia, religión y lugar de residencia. Yo me restringiré a enfatizar la condicionante económica y su papel como impulsora de ciertas prácticas de las esposas de clase media durante la Depresión.

⁴ Elder encontró que entre las mujeres de las muestras de Oakland y Berkeley, los empleos por lo general eran manuales, en ventas o de oficina; menos de la mitad se empleó en trabajos administrativos o de alto status; véase "Women's Work in the Family Economy..."

superaba a una mayoría compuesta de viudas, solteras y pertenecientes a minorías y clases bajas.

Las mujeres de familias desposeídas mostraron una tendencia más acentuada que las pertenecientes a las no tan golpeadas por la crisis a incluir un empleo entre sus deberes familiares. La carga fue pesada, pero mostró a sus hijas que el empleo podía presentárseles como extensión obligada del rol esposa-madre, y que capacitarse para él era un adelanto.

Lilian Jenkins empezó a trabajar como secretaria del encargado de la publicidad deportiva en el *Madison Square Garden* en 1935. Había terminado su primer matrimonio y tenía tres hijos que mantener, mismos de los que se encargó su abuela durante las horas de trabajo de Lilian. En 1942, su jefe hubo de marchar a la guerra y ella asumió el cargo vacante. "Toda secretaria sueña con conseguir el trabajo del jefe", ella sonríe al recordar,⁵ y no casarse con él como lo sería diez años después. Exitosa en una labor masculina y altamente competitiva, inculcó un conjunto de ambiciones parecidas a su hija mayor, que a diferencia de su madre, tuvo la oportunidad de ingresar a una universidad.

El trabajo tenía que ajustarse a las necesidades de crianza y a las demandas de ingreso creciente. Lo más común fue seguir un modelo de trabajo cíclico, similar al ya desarrollado por las universitarias, y el antecedente directo del de la posguerra.

Durante la crisis, hombres y mujeres mostraron un fuerte

⁵ Cfr. Jhan y June Robbins, "Diamond Lil" of Madison Square", en: *Coronet*, febrero 1954.

apego a los lazos familiares sólidos e identificaron a los niños con una vida familiar estable y segura, aunque su fertilidad haya disminuido a causa de que pospusieron los embarazos en espera de tiempos más halagüeños.⁶ Los requerimientos de seguridad y el sentimiento de una probable vuelta a la crisis moldearon a esta generación. La que estaba por venir, hija más de la prosperidad, nunca adquirió esos miedos y eso hace que nuestra historia se complique.

Una actitud distinta frente al trabajo femenino estaba desarrollándose. Mary B. Anderson se convirtió en secretaria tras abandonar la preparatoria. Para entonces había encontrado al hombre de su vida; años después se comprometieron. Mas el matrimonio hubo de posponerse dos años con el fin de que ambos reunieran los fondos suficientes.

Decidimos que yo dejaría el trabajo cuando nos casáramos y que empezaríamos nuestra familia en dos o tres años. Los empleos eran escasos, las horas de trabajo se habían recortado mucho y el dinero escaseaba. Así que durante los dos años que estuvimos comprometidos, ambos trabajamos y ahorramos para comprar muebles y empezar en una casa propia.⁷

A pesar de la clara disposición familiar mostrada en estos

6 Este fenómeno se aplica más a la muestra de Oakland que a la de Berkeley. En el caso del patrón de fertilidad, la mitad de las mujeres de Oakland se casaron en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial y la mayoría eran madres antes de que ésta terminase. La mayor parte de las de Berkeley lo hicieron antes de 1950 y del inicio de la guerra de Corea; más de la mitad tuvieron su primer hijo antes de finales de 1953, una de las crestas del *baby boom*. Las mujeres de Oakland generalmente empezaron una familia antes del *baby boom*. Cfr. Elder. "Scarcity and Prosperity..."

7 Mary B. Anderson, "The Only Man in My Life", en: *Coronet*, junio 1955.

casos, un rasgo de este movimiento sin ideología fue particularmente temido: la expansión de la mentalidad orientada a una carrera. Alrededor de este anhelo, al que se acusaba de provocar un menosprecio extendido de las labores domésticas, así como el rechazo a los hijos, se formó una imagen alterada del problema femenil, en la que la ocupación de la madre daba lugar al desmembramiento de la familia.⁸

A diferencia de lo que afirmó Easterlin acerca de la relativa estabilidad de aspiraciones materiales en las familias que emergían de la Depresión a una atmósfera de prosperidad,⁹ los anhelos materiales de éstas tendieron a incrementarse, lo cual determinó la pervivencia de los patrones de conducta laboral femenil. Louis Scharf afirma que las carencias en tiempos de crisis más que alentar, dispararon el deseo de bienestar económico y estabilidad familiar. La recuperación económica de

8 Lundberg y Farnham repetían un prejuicio difundido en la época cuando tildaban de conspiración feminista el ingreso masivo de mujeres a la industria durante la guerra. Lo veían como prolongación de costumbres adoptadas durante la Depresión. La quimera de realización personal en una profesión, concluían, se había extendido a toda ocupación con tal de desafiar la naturaleza femenina. *Op. Cit.*, "Women Today". No debemos perder de vista los prejuicios sobre las influencias negativas del mundo de la competencia en el carácter femenino, en particular la alteración de los roles sexuales establecidos, sobre la que se especulaban todo tipo de desastres sociales.

9 La teoría de Easterlin se conoce como del "ingreso relativo". Propone que la conducta de los individuos se modifica como respuesta o adaptación a la disparidad o armonía de las circunstancias materiales con las aspiraciones y estándares subjetivos de nivel de vida. Según Easterlin, los que fueron niños y jóvenes durante la Depresión vieron saciadas sus expectativas de nivel de vida con la abundancia de la década posterior. En el caso de las mujeres, esto debió de condicionar sus patrones de fertilidad y su comportamiento laboral. *Cfr.* Elder y Kishler, "Scarcity and Prosperity".

los cuarentas no satisfizo las aspiraciones materiales de la mayoría, antes bien alentó a ajustar el salario a reclamos mayores.

La Depresión reforzó en general los valores familiares (el deseo de una casa, matrimonio, hijos y seguridad), al tiempo que requirió nuevos papeles laborales para muchas esposas como medio de asegurar los niveles de confort material y seguridad deseados.¹⁰

La movilización durante la guerra acarreó recuperación para la mayor parte de las familias estudiadas por Elder y Kishler.¹¹ Las mujeres de esta muestra que habían sufrido la pauperización encontraron a través del matrimonio un status similar a las miembros de familias con ingresos más estables. No obstante, las primeras mostraron mayor inclinación a la independencia económica y aspiraciones materiales elevadas, por lo que apreciaron el valor del empleo de una mujer casada. De hecho, tendieron a sentirse menos conformes con el sueldo de sus maridos, sin relación directa con el monto. La seguridad no estaba garantizada, y los padres y educadores les aconsejaron prepararse para contribuir al ingreso familiar en caso de tiempos precarios.¹²

10 Elder. "Scarcity and Prosperity..." Apud Louis Scharf. To work and to Wed: Female Employment, Feminism, and The Great Depression.

11 2/3 de las mujeres de clase media estudiadas y 1/3 de las clase trabajadora ascendieron a la clase media alta en tiempo de prosperidad.

12 Cfr. Elder y Kishler. Op. Cit. Buena parte de las mujeres provenientes de familias desposeídas en las susodichas muestras aceleraron el ritmo de vida: en promedio, a los 21 años habían dejado la escuela y trabajaban, a los 22.2 años se casaban y dos años más tarde empezaban a tener hijos. Las mujeres dispuestas a emplearse fuera de casa optaron en un alto porcentaje a planificar sus actividades de acuerdo a sus intereses: se casaban más jóvenes, es decir, en sus primeros veintes, gracias a la prosperidad

El recurso de un empleo era una medida práctica conducente a un sentido de seguridad. Seguridad fue el término clave. Las mujeres de clase media que buscaron un empleo, lo hicieron en primer término para elevar el nivel de vida familiar y asegurar la educación de los hijos; sin que ello las llevase a negar satisfacciones propias. Según parece, cualquier desavenencia de las necesidades familiares con el empleo de la mujer terminaban siempre privilegiando aquéllas. Una vida familiar segura y estable era, entonces, el bien máspreciado.¹³

relativa; tenían hijos en un espacio de tiempo más reducido; se empleaban en un alto promedio tras tener el primer hijo, generalmente en empleos de medio tiempo mientras los niños estaban en casa.

13 Una de las mujeres de Berkeley (Elder y Kishler, *Op. Cit.*, p.167) que había trabajado desde su matrimonio colocaba los requerimientos de la economía familiar por encima de las satisfacciones personales en su empleo en una pequeña firma:

I go back to finances most of the time, because with the finances it's enabled us to (meet basic expenses, such as clothes and medical care and) to get the boat, the trailer... I don't care how much you make, you're still going to spend it.

Debe remarcarse que sin tomar en cuenta la relación de un empleo y el sentimiento de seguridad económica entre las mujeres americanas, Chafe (*Cfr. The Unfinished Journey...*) no podría explicar el hecho de que las mujeres casadas ocuparan la mayoría de los trabajos femeninos por primera vez en la historia americana en los años cincuentas, como tampoco su extracción clasemediera. La referencia exclusiva a los efectos de movilización de guerra es una prueba endeble. Del mismo modo, esto explica por qué la conducta laboral de las mujeres de clase trabajadora fue emulada en alguna extensión por las de la clase media, como lo hace notar Evans (*Op. Cit.*, "Surviving the Great Depression". Recordemos que una cantidad nada despreciable de familias de clase trabajadora ascendieron al status de clase media en los primeros años de la posguerra).

Por otro lado, es errónea una estricta distinción entre las motivaciones de seguridad laboral y de desarrollo personal. Leuchtenburg (*A Troubled Rest*), por ejemplo, menosprecia las satisfacciones personales del empleo para aquéllas, lo cual, como se verá en un capítulo más adelante, es un error de perspectiva.

Mujeres en guerra. Los efectos de la movilización

El estallido de la Segunda Guerra Mundial abrió a las mujeres norteamericanas, súbitamente y a gran escala, el mercado laboral de la industria. Seis millones de ellas en total, por lo general casadas y de mediana edad, y muchas con hijos menores de 16 años.¹ Los directivos de las compañías las contrataron con cierta renuencia y para labores que consideraban apropiadas para su sexo. El trabajo femenino se limitó a la industria ligera y se concentró en labores poco calificadas. Dominaron también el trabajo de oficina y el magisterio, ante la escasez de maestros.²

Los alicientes del empleo eran básicamente económicos. El elevado sueldo, que gracias a las presiones sindicales³ llegó a ser igual al otorgado a los hombres, compensó la escasez en la economía familiar provocada por un esposo enlistado. Las mujeres enroladas elevaron su status e ingresos de manera significativa.

Un empleo, además, satisfacía el afán de ser útiles y llenaba los huecos de la vida diaria, pues los requerimientos del

1 Cfr. Evans. *Op. Cit.*, "Women at War. The 1940s". De acuerdo a Degler, *Op. Cit.*, cap. XVII, "The Second Transformation in Women's Work", en 1940, en el umbral de la guerra, las mujeres casadas constituían un tercio del total de las mujeres empleadas; el patrón siguió aumentando de tal forma que en 1952 lo serían en un 52%. En 1940, un 15% del total de mujeres casadas trabajaba. En 1945, el 57% de las mujeres en el campo laboral eran amas de casa.

2 Cfr. Ruth Milkman, "Gender at Work: The Sexual Division of Labor During World War II", en: Kerber y Sherron (eds.). *Op. Cit.*

3 *Idem.* Los sindicatos se protegieron de un posible recorte del salario de sus afiliados por el ingreso masivo de mujeres, carentes de una organización laboral, a la industria, exigiendo la paridad de sueldos.

hogar se habían reducido al faltar el marido.⁴

Las condiciones de trabajo llevaron a una tensión mayor entre el compromiso de las mujeres con el matrimonio y la familia, y su status como miembro individual en el terreno laboral. Pudo haber sido una oportunidad para reestructurar los roles sexuales en el trabajo, mas se le consideró como una circunstancia de excepción, y por ende, no se hicieron esfuerzos institucionales por resolver la doble carga de las mujeres casadas y empleadas en la industria.

El deber de la mujer norteamericana, según la propaganda, era esencialmente patriótico: hacer lo necesario durante el período de guerra, mantener la familia como baluarte esencial de la democracia y engrosar las filas de la industria para proveer de materiales a sus hombres en el frente, además de sostener la economía interna. En otras palabras, ayudar a ganar la guerra y preservar el estilo de vida por el que se estaba luchando contra el Eje.

El miedo a la competencia entre los sexos por los empleos fue parcialmente borrado: "el empleo femenino fue explícitamente entendido como un recurso temporal, sólo 'mientras dure la guerra'. Después de ella, se esperaba que las mujeres fueran 'de regreso a casa'."⁵

Aunque se aducía que invadían terrenos por tradición masculinos, en realidad, las mujeres empleadas siguieron ocupando

4 Cfr. Degler, Op. Cit.

5 Milkman, Op. Cit., p. 447.

puestos considerados apropiados para ellas, pero cuyo número y variedad habían aumentado. Asimismo, abundaron los trabajos femeninos mal pagados de oficina, de ventas o servicios, que ofrecía la economía en expansión.

La participación de algunas mujeres en el ejército mostraba ese afán extendido de ser útiles, de participar de manera comprometida y no meramente apoyar a sus esposos e hijos. Joy Fincke, una ama de casa que se convirtió en capitana en los *Women Army Auxiliary Corps (WAACs)*, se enroló por tales motivos:

...Mientras más avanzábamos, crecía nuestra determinación de lograrlo. No sólo habíamos invertido más de nosotras mismas, sino que habíamos adquirido un inconfundible sentimiento de responsabilidad: dependía de nosotras probar que las mujeres merecían tener un lugar en la lucha.⁶

La propaganda estatal se encargó de reducir el esfuerzo femenino a uno patriótico y temporal. Enfatizó la función primaria de las mujeres como esposas y madres, y sólo en segundo término como trabajadoras. Las campañas de promoción del empleo industrial estuvieron a cargo de la *Office of War Information (OWI)* y la *War Manpower Commission*, cuya planeación dependía de hombres que se negaron a emplear argumentos económicos para atraer la mano de obra femenina.⁷

Las actitudes contrarias al empleo de mujeres en la

6 Joy Fincke, "The Way It Was With the WAACs", en: *Reader's Digest*, noviembre 1958.

7 La orientación de la propaganda de guerra dirigida a las mujeres se encuentra bien documentada en el escrito de Leila J. Rupp, "Woman's Place Is in the War: Propaganda and Public Opinion in the United States and Germany, 1939-1945", en: Berkin y Norton (eds.), *Women Of America...*

industria provenían de los empleados, que temían que ellas los reemplazarían, deprimirían sus salarios, y alegaban que el empleo femenino extendido terminaría por destruir la vida familiar. La OWI procuró convencerlos de que tras la victoria sus mujeres se alejarían de la influencia perniciosa del ambiente laboral. Este representaba un peligro a la distinción de los sexos, que se nulificó en los mensajes gracias a la equiparación con el trabajo hogareño y el hincapié en que tales labores no alteraban el *glamour* femenino.

Un anuncio de cristal Fostoria en Better Homes & Gardens mostraba a una mujer trabajando en un horno de una de sus fábricas, mientras otra imagen presentaba a mujeres japonesas cargando bultos de carbón hacia el interior de un barco. Las mujeres eran necesarias para sostener el esfuerzo de guerra, pero no a tal grado de reaquebrajar el estilo de vida norteamericano al igualarlo al totalitario.

De hecho, ésta es una razón por la que nuestra guerra con el Nippon será larga... por la que los E.E.U.U. llaman a más mujeres al trabajo dondequiera que puedan reemplazar a un hombre. No en trabajos agobiantes, sino en aquellos que corresponden a la femineidad americana, en las plantas, almacenes y los servicios.⁸

Los reportes de los corresponsales de la OWI, amas de casa de clase media, indicaban que unas cuantas mujeres tenían "nobles motivos" para emplearse; la mayoría lo hacía por dinero, por alejarse un poco del hogar y competir con los hombres; ellas habían encontrado en la movilización un medio socialmente

8 Anuncio encontrado en Better Homes & Gardens, mayo 1944.

aceptado de emplearse.

La carga de trabajar y ocuparse del hogar al mismo tiempo alejó a muchas de la industria. El gobierno no proveyó de suficientes incentivos en guarderías, comedores, ni implementó horarios flexibles. La OWI reportó que los impedimentos reales a una mayor integración femenina a la industria tenían menos que ver con la negligencia que con las responsabilidades domésticas.

Al terminar la guerra, la desmovilización no discontinuó el proceso de ingreso laboral ascendente entre las mujeres de clase media, pero demostró el carácter excepcional de la situación de guerra. Una de las causas que promovió la desmovilización fue el pronóstico de los directivos de una fuerte oposición sindical. Los términos de negociación entre el capital y el trabajo no permitieron mantener en la industria tal cantidad de mano de obra femenil, la que por sus características muy probablemente habría amenazado los logros obtenidos por los sindicatos en más de una década de dominio de los políticos. Los sindicatos se encontraban en el cenit de su poder y amenazaron con bloquear el ingreso laboral femenino.⁹

Dos millones y un cuarto de mujeres renunciaron voluntariamente y otro millón fue liquidado en previsión del regreso de los veteranos, mas al mismo tiempo ingresaron dos millones y tres cuartos al campo laboral. Estas se desplazaron en los niveles inferiores de la pirámide ocupacional y escasamente en trabajos calificados. Sus salarios eran bajos y segregados en

9 Cfr. Milkman, Op. Cit.

la práctica, pero, por razones ya mencionadas, tal actitud no se consideró discriminatoria.¹⁰

Las costumbres laborales inscritas en buena parte de las mujeres de clase media, a las que se sumaría un nuevo criterio, consumista, de los requerimientos mínimos de un nivel de vida aceptable, entrarían en tensión con la política de contratación que excluía a las mujeres de puestos ejecutivos y de la competencia profesional en general; así como con un discurso que las presionaba a buscar la realización personal en un modelo familiar en el que se canalizarían su independencia y preparación en el papel de ama de casa. En tal marco, para no pocas de las mujeres cuyas familias alcanzaron el status de clase media, los beneficios de ese modelo parecieron una opción más tentadora que empleos con pocas posibilidades de ascenso.¹¹

Ciencia familiar. Los expertos

El tema de la estabilidad familiar obsesionó a los reformistas de fines del siglo XIX y principios del XX. Los legisladores y reformistas habían considerado que el experimento republicano en Estados Unidos dependía de la capacidad de las familias para producir buenos ciudadanos. Se daba por un hecho que la

10 Cfr. Degler, *Op. Cit.*

11 Autores como Evans y Chafe concuerdan que no hubo un mecanismo ideológico o estructural que permitiera una reestructuración de los roles sexuales a partir de la movilización de la guerra. Evans habla de cambios que no tendrían efecto sino mucho después, pero al igual que Chafe, no parece manejar un mejor argumento que estadísticas sobre empleo femenino. La línea de liberación femenil, empero, comenzó antes de la guerra.

organización familiar servía al orden público reforzando en su seno los valores de obediencia voluntaria, servicio e imparcialidad racional. Las fallas dentro de ella eran entendidas como la causa del incremento de la violencia, el robo, la prostitución y el alcoholismo.¹

La ansiedad por el futuro de las familias norteamericanas alentó fuertes debates sobre su papel público y proveyó de nuevas justificaciones a la intervención de las autoridades seculares en el control familiar. El propósito de rescatar niños de ambientes inadecuados y proteger la integridad familiar impusieron la tónica. Los reformistas de principios de siglo coincidían en que los mayores problemas sociales se originaban en hogares deformados o disfuncionales. Se elaboraron términos tales como "*parental fitness*", "*parental duties*", "*child welfare*", y "*children's rights and needs*", que estuvieron presentes en los discursos sobre el deber social de preservar el bienestar infantil. Los asuntos familiares se turnaron a cortes especiales, al tiempo que se buscaba legislar contra sus principales problemas, de manera particular el divorcio.²

Trabajadores sociales, médicos y psicólogos, concluyeron que las tensiones dentro del núcleo familiar eran naturales y que podía evitarse que desembocaran en conflictos a través de educación sexual, asesoría y terapia clínica. La autoridad

1 Cfr. Steven Mintz, "Regulating the American Family", en: *JFH*, vol. 14, no. 4, 1989.

2 *Idem.*

científica se impuso. A partir de los veintes, los estudios clínicos y psicológicos proveyeron de los argumentos básicos en los que se basó la legislación familiar. A nivel social, en los treinta se difundieron cursos sobre matrimonio y familia por todo el país; en ellos se enseñaba como manejar las citas, el cortejo, el control natal, y se discutía sobre el divorcio.

Este proceso vino a consolidarse en la posguerra, cuando el miedo a la disolución del núcleo familiar se sumó a otros focos de alarma nacional.³ Más que la legislación imperante sobre el tema, me interesan los presupuestos principales que adoptaron la psicología y la pediatría de la época. Si bien los explicaré detalladamente en otros apartados, es preciso que enumere algunas generalidades.

La teoría watsoniana del comportamiento estaba siendo reemplazada con rapidez por un freudianismo ortodoxo diluido. La primera ponía énfasis en la disciplina, mientras el segundo se mostraba más permisivo en cuestiones de crianza. Sin embargo, ambas estuvieron supeditadas a los mandatos del modelo familiar en turno. Para fines de los cuarenta se volvió un lugar común que los problemas entre las parejas y los de los hijos requerían de un estudio profesional particularizado, es decir, científico, de la misma forma que las desviaciones a la relación marital tradicional y a una crianza dedicada se definieron como

3 Se formó la imagen de un individuo "Involved in foreign hostilities, torn by social hysterias, imperiled by the dissolution of his family life, his plunder of national resources and the menace of the atomic war...". Lincoln Barnett, "God and the American People", en: Ladies' Home Journal, noviembre 1948.

enfermizas, o en términos psicológicos, neuróticas. La década siguiente atestiguaría una oleada de expertos preocupados por la salud familiar y de instituciones cuya labor se centraba en observar y corregir los impedimentos para una vida familiar más estable.⁴

Los psicólogos de ambas ramas habían llegado a la conclusión de que el más grave malestar en las familias norteamericanas era el rechazo de los hijos. La raíz del conflicto provenía en última instancia de las exigencias que el capitalismo moderno imponía sobre los individuos en pos del éxito.

Es un signo de nuestra era moderna que muchos padres sientan hostilidad hacia su prole (...). [Las principales razones] son que los niños, alguna vez un bien económico, son ahora impedimento en la lucha por el avance material; y que en nuestra sociedad, las mujeres han sido progresivamente masculinizadas.⁵

El desafío de la pediatría consistía en cómo implantar la costumbre del cariño sistemático y planificado de los padres hacia sus hijos. El primer escollo en su camino, afirmaban, era la libertad mal canalizada de las norteamericanas, cuyo ímpetu las alejaba sin remedio de su instinto maternal.

Papá no juega tanto golf, ni viaja tanto como sus contemporáneos sin hijos. Del mismo modo, a mamá "liberada" por los aparatos modernos de mucho trabajo personal en la casa y en los muchos servicios a la familia, le ha sido robada mucha de su indispensabilidad como ama de casa y mujer. Muchas

4 Cfr. Helen Colton, "When Honeymoons Are Dangerous", en: *Coronet*, junio 1954, menciona entre otras a la American Association of Marriage Counselors y la Marriage Study Association.

5 Dr. Roland P. Mackay, "Children Without Neuroses", en: *Ladies Home Journal*, noviembre 1948; el autor es un defensor de la crianza watsoniana.

mujeres han optado por las recompensas del mundo masculino, que nunca satisfacen por completo a un miembro del sexo femenino. Al adoptar estándares y metas masculinas, han perdido sentimientos maternales.⁶

Ralph Fairlafe era uno de los muchos descontentos con la actitud de las mujeres dominantes y su aparente imperio. Su artículo publicado en *Ladies' Home Journal* en diciembre 1947 exaltaba a las mujeres femeninas que no intentaban imitar a los hombres ni siquiera con su ropa de trabajo.⁷ Su principal argumento: las mujeres profesionistas o intelectuales asustan a los hombres porque han abandonado en sus aspiraciones las dotes femeninas, que son en cambio naturales en aquellas avocadas sólo al mundo del amor y la familia.

Durante esta breve transición apareció Modern Woman: The Lost Sex, en el cual se presentaba una cosmovisión completa a partir del psicoanálisis ortodoxo y un juicio sumario contra el racionalismo y el capitalismo modernos. La obra de Ferdinand Lundberg y Marynia Farnham no causó gran revuelo en un principio. Se le tomó con cautela y se hizo notar la impracticabilidad de

6 Idem.

7 Ralph Fairlafe, "Give me a noble wolf", en: *LHJ*, diciembre 1947. Pero si psicólogos y pediatras estaban seguros en sus planteamientos, había resistencias en algunos medios a aceptar la normatividad que se estaba gestando alrededor de las mujeres independientes. Los comentarios de las editoras de la revista daban fe de un temperamento opuesto a la mujer balanceada por la que clamaba Fairlafe: "Ilogical", "Garbled condescension!", "This has me foaming at the mouth", "patronizing attitude", "He's seen too many movies", "He hasn't spend enough time on dates", "Inaccurate generalization"...

muchas de sus propuestas;⁸ no obstante, se alababa su mensaje central: las mujeres debían ser atraídas a organizar sus vidas alrededor del hogar. En pocos años, el valor del libro se elevó a ojos de los expertos. Se aprovecharía su integración de los principales fundamentos psicoanalíticos en un esquema omnicomprendido, su apego a los ideales de vida hogareña y maternidad, y finalmente, su carácter didáctico, de tal modo que se convirtió en un texto obligado de los cursos de Matrimonio y vida familiar impartidos en preparatorias y universidades a todo lo largo de los Estados Unidos.

Mujer liberada y neurosis

Lundberg y Farnham difícilmente desafiaban el criterio común cuando afirmaron que los logros de los movimientos femeniles de los veinte habían sido interiorizados por la generación de la crisis. Se asumía que las mujeres disfrutaban del sufragio y de un trato más igualitario dentro del matrimonio. Mas los miedos esparcidos por la conmoción de las costumbres en los veinte condicionaron temores sobre cómo emplearían las mujeres modernas sus nuevas libertades. Los expertos, por su parte, comenzaron a contemplarlas como variantes que debían ser controladas para alcanzar el fin último de la estabilidad familiar. Sus cuestionamientos estuvieron orientados a la normatividad.¹

8 Bernardine Kieley, "Under-Cover Stuff", en: *LJH*, febrero 1948.

1 "Should they go in for a career or concentrate on homemaking? If they marry, should they have children? If they have children, how many should there be? Can they combine a career or a job with homemaking and having

Entre los comportamientos considerados nocivos a la familia y a la continuidad de los roles sexuales establecidos, se ponía en primer sitio el ingreso laboral sostenido de las mujeres de clase media y su afluencia sin precedentes a la educación superior,² y sobre todo sus aspiraciones de competir y triunfar fuera de casa. Tales actitudes se tuvieron por intentos de competir con los hombres por un puesto o una posición en la sociedad. En la lógica típica de esos años, esto debía de ser producto de la propagación de ideas feministas.

Era bien sabido el oneroso peso que una ama de casa soportaba cuando buscaba un empleo y el relativo abandono de sus deberes domésticos que lo acompañaba. Nuestros autores, siguiendo el pensamiento en boga, culparon de ello a las determinaciones estructurales del capitalismo tanto como a los excesos culturales de la modernidad. En este punto se convertían en voceros del capitalismo de la era tecnocientífica, que se pretendía a un tiempo dirigido hacia las motivaciones naturales del hombre y hacia el progreso. La renovación cultural que eliminaría los excesos de décadas anteriores y canalizaría la independencia femenil por los caminos adecuados, no invocaría la ayuda de la tradición sino la de las ciencias. Sin embargo, el funcionalismo y el psicoanálisis de la temprana posguerra, sus voceros

children? If they combine marriage and job or career, should they have their own bank accounts, their own "nights out", their own circle of friends, and their own personal interests?". Lundberg y Farnham, *Op. Cit.*, "Chimera or Modern Woman", p. 3-4.

2 El número de mujeres con educación superior aumentó un 41% entre 1940 y 1960. *Cfr.* Evans, *Op. Cit.*, "The Cold War and the 'Feminine Mystique'".

naturales, basaron sus teorías en apreciaciones morales, sus verdaderos fines. Ambos se erigieron en conocimientos utilitarios, en medios de erradicar las enfermedades personal y social.

El psicoanálisis ortodoxo contribuyó a justificar científicamente las bases morales de la democracia del ciudadano común. Su racionalización más destacada a este respecto consistía en afirmar que las causas profundas de la enfermedad social contemporánea se habían generado al mismo tiempo que los valores de la modernidad: la competencia y el éxito material. Los hombres, aducían Lundberg y Farnham, ya no confiaban en ellos mismos sino en sus logros en el mundo de los negocios, el trabajo y las ciencias. Su afán fáustico los llevaba a sacrificar una vida íntima y feliz. El éxito, recompensa de la competencia salvaje a una minoría, conducía invariablemente a la neurosis. La explotación capitalista acabaría vaciando de significado el amor y las relaciones familiares, destruyendo la personalidad de los hombres y sus mujeres.

El resultado de la búsqueda de valor interno en el éxito exterior era construir el sentido de valor personal y el prestigio alrededor de una ocupación y un status. Su carencia determinaba sentimientos de inseguridad e insuficiencia.³

El contrapeso a las tendencias corruptoras del carácter

3 La recompensa económica del trabajo o sus dividendos les resultaban problemáticos a nuestros autores, dispuestos a eludir cualquier criterio relacionado con las demandas materiales, racionales y explícitas de los involucrados.

humano se encontraba en el hogar, la iglesia y la escuela, que representaban los guardianes de los valores de amor, cooperación y sacralidad de la vida humana.

Por encima de las instituciones colectivas, se encontraban las mujeres, piedras nodales de la familia a través de su papel en el amor y la maternidad. En el mundo actual, prosiguen nuestros autores, todas las anteriores salvaguardas de la salud social estaban siendo intervenidas, manipuladas o descartadas. Así, las mujeres se veían amenazadas por el desprestigio del hogar, la base de su diagrama de valores y el apoyo natural de su ego.

El hogar se encontraba en peligro por su carencia de funciones económicas. Con la revolución industrial, concluían, el hogar perdió importancia social, disminuyó de tamaño y se vació. La maternidad había sufrido una suerte paralela. Entonces, el progreso había abandonado a las amas de casa en una ocupación que no podía llenar sus vidas, y en la que sus hijos y el hogar eran su único, ahora devaluado, capital. Proletarizado el trabajo doméstico, infinidad de mujeres había optado por introducirse artificialmente a ese mundo fálico de la competencia y empezaron a trabajar fuera de casa o a confiar en el matrimonio como un medio de autoestima y ascenso social, más que como la conclusión lógica de las relaciones afectivas. Desarrollar el atractivo erótico era incluso más común que buscar una profesión. Muchas habían aprendido que su futuro en la sociedad dependía de la conquista del hombre correcto, ya que con él se accedía a un

status y a un modo de vida mejores.⁴

Ambas estrategias para insertarse en un mundo definido como masculino eran neuróticas. En el primer caso, las mujeres empleadas se veían obligadas a rechazar los deberes del hogar, en particular los relacionados con la crianza. El éxito, de llegar, no satisfacía sus impulsos naturales. En el segundo, el ego femenino se apoyaba en un aspecto bello. La "mujer de moda", un remedo de cortesana, reflejaba la miseria de las relaciones amorosas y era la expresión enfermiza de la vacuidad de los lazos modernos de la familia y el hogar.

El verdadero crimen de la conspiración feminista, dedujeron nuestros autores, ocurría en el seno del hogar, con las amas de casa inconformes. La insatisfacción de éstas con su rol las llevaba a sobreproteger a sus hijos, poseyéndolos de manera enfermiza, o bien, a rechazarlos abierta o veladamente. Negando su papel de madres y esposas desinteresadas, detenían su propia madurez y la de sus hijos.

La cultura de la época, protestaban, era hostil a los niños. El embarazo estaba lejos de ser considerado una etapa plena de gozo; el hogar urbano no proporcionaba el espacio ni el ambiente para el desarrollo de los niños; las escuelas no enseñaban a los niños a vivir sino a competir. Los niños, en fin, representaban una carga; y la maternidad había perdido prestigio ante la

4 "Why did she marry? To better her position, to escape work, because all her friends were getting married or because her husband seemed a 'good catch' from the achievement point of view". *Idem.*, p. 307-8.

comunidad y como medio de realización personal.⁵

El rol femenino, en pocas palabras, estaba desacreditado, por lo que el hogar, cuyo destino era idéntico al de sus guardianas, se transformó en una fábrica de neurosis. La solución más deseable, propusieron, consistía en convencerlas de que una vida egoísta, centrada en el placer y el desarrollo individual iba en contra de sus propios intereses.

Racionalismo y patología. Los perversos fines del feminismo

Según Lundberg y Farnham, los males contemporáneos provenían en última instancia de un capitalismo desenfrenado y voraz, mas el inevitable triunfo del progreso no significaba en sí mismo la ruina de la civilización. Más aún, podía constituir el motor de la felicidad universal si se le orientaba al bienestar de la comunidad. En esta lógica, el pueblo norteamericano habría de invertir el proceso echado a andar por la locura del racionalismo.

La destrucción del hogar correspondía a las devotas herederas del ideal de igualdad abstracta de la revolución francesa: las feministas. El pecado del feminismo radicaba en exigir el derribo de las barreras a la participación de las mujeres en la vida pública, a través del trabajo remunerado y la política, en igualdad de condiciones con los hombres.

Su propuesta, siempre de acuerdo a nuestros autores, se

5 "The vast number of agencies established for children", se quejaban, "--welfare, guidance, play, benefit, health and other-- invariably approach the child as a problem". *Idem.*, p. 300.

resumía en la batalla de los sexos y la igualdad sin criterios de roles sexuales.¹ El feminismo consideraba bajo esta lógica opresores a los hombres y se rebelaba contra la autoridad y la moral establecidas. Pero prolongar en ellas la democracia instituida para los hombres era antinatural. En nombre de esa filosofía viciada, continúan, atacaron el matrimonio, una institución concebida para proteger a las mujeres y a sus hijos, apoyaron la promiscuidad y el amor libre. El feminismo venía a ser una suerte de conspiración o aristocrática o comunista.

Una vez que consiguieron la igualdad formal en política, su siguiente objetivo fue la independencia económica. En su afán de prestigio ocupacional, el feminismo había entregado a las mujeres a los penosos trabajos industriales y las había convencido de que eso era independencia. Tal error de óptica en Lundberg y Fernham testifica la creencia en que una ocupación cualquiera implicaba, de alguna forma, la aspiración de una profesión prestigiosa.

La siguiente etapa en este razonamiento postulaba el dilema femenino como una ilusión, su cura como un asunto de adaptación y las feministas como agentes de la enfermedad mental. Su incomprensión del feminismo de los veinte era premeditada. El complot feminista no pasaba de ser una invención producida por sus propios temores, al igual que la otra dirigida por los soviéticos y los liberales extremistas en su apoyo.

El feminismo les parecía, ante todo, una enfermedad, una

1 "an equal moral standard, equal political rights, equal rights, equal laws, equal work opportunities, equal pay and equal participation in the trades and professions". *Idem.*, p. 148.

forma determinada de inadaptación al rol femenino. Su programa debía de carecer de sustento en la realidad; era una fantasía sexual. La estrategia para refutar al fantasma se redujo a revisar la vida de las feministas en cuanto casos clínicos. En el caso de la prócer feminista Mary Wollstonecraft, aseguraban, su propio ideario fue la fuente así como la expresión de su infelicidad evidente. Neurótica, su lucha se definía por un conflicto personal, familiar. Un problema público se consumía en la esfera personal.²

Escudados en el ambiguo terreno del inconsciente, Lundberg y Farnham fueron capaces de formular los fines a los que por naturaleza las mujeres debían orientarse, lo asumieran éstas o no; al tiempo que distorsionaban sin razonarlas --pues, para empezar, se trataba de impulsos irracionales--, las propuestas de un feminismo atrapado en el recuerdo.

La progresiva liberación de las norteamericanas de clase media era considerada por los observadores contemporáneos un arma de doble filo. Lundberg y Farnham concebían una inclinación latente hacia el feminismo, la cual parecía acrecentarse una vez superada la crisis y accedido a la prosperidad. En una comparación con un pasado estable y bucólico, la mujer moderna gozaba entonces de derechos políticos y oportunidades similares a los de los hombres en trabajo y educación. La moral que les

2 Llevando estos principios a sus últimas consecuencias, la inconformidad no era más que una oposición caprichosa, neurótica, a la sabiduría de lo instituido. El individuo rebelde, hombre o mujer, era nocivo; mas sufría de una enfermedad curable por las técnicas de la psicoterapia.

permitía emplear su tiempo en lo que desearan y tener cuantos hijos quisieran, o bien, evitarlos; que les otorgaba el derecho a la satisfacción sexual y a una movilidad ilimitada, carecía de una guía razonable y ajustada a los intereses íntimos de la mujer y de la familia. Nuestros autores se avocaron a proporcionárselas.

Ambos fueron muy sensitivos al cambio cultural que acompañaba a la nueva modalidad de ser femenina; en especial, a las connotaciones de independencia y satisfacción personal inscritos en un empleo u otras actividades fuera del hogar. Simplemente, los entendieron como exclusivos de los hombres y, por lo tanto, un problema en las mujeres. Tal creencia les llevó a concluir que el sueño feminista de la independencia económica se estaba volviendo realidad bajo el pretexto de la necesidad; primero, la impuesta por la crisis; después, la impulsada por el consumismo. El problema no era del todo irreal a sus ojos. La disposición a trabajar en caso de que la familia así lo requiriera les pareció un avance, siempre y cuando no estimulara la competencia. Este criterio de obligación familiar aparecería a todo lo largo de los cincuenta cuando se deseaba justificar el aumento de mujeres casadas en el terreno laboral. Competir, en cambio, como exigía una profesión, guardaba un oscuro propósito irracional: la envidia del pene.³

Igualmente, la movilización de tiempo de guerra,

3 "It is not that work is essentially masculine or feminine, but that the pursuit of a career (which is work plus prestige goal) is essentially masculine because exploitative", p. 235.

argumentaron, proporcionó los puestos disponibles a las mujeres que querían realizar su fantasía. Durante el conflicto, la labor femenil en la industria y en contados grupos de apoyo en el campo de batalla mostró un afán enfermizo de imitar a los hombres, de vivir vida de soldado u obrero, no de mujer en defensa maternal de los suyos. Su labor había sido peligrosa e innecesaria para su sexo.

Criterios de normalidad. La mujer balanceada

Uno de los síntomas más preocupantes de neurosis colectiva, en la perspectiva de estos dos psicoanalistas, era la negligencia de la mujer moderna a realizar ciertos quehaceres tradicionales en el hogar. La casa o departamento funcionales, proyecto de los reformistas que había echado raíces años atrás, les pareció la materialización del complot dirigido al abandono del hogar. El énfasis en la eficiencia, el ahorro de tiempo, espacio y esfuerzo, lo creían sustentado en las exigencias de las mujeres avergonzadas de ser sólo amas de casa, y de las empleadas en busca de eliminar los obstáculos a su dedicación al trabajo. La orientación que mostraba la tecnología doméstica contribuía al despojo del valor sentimental del trabajo dentro del hogar y en la transformación de la casa en un simple resguardo de la intemperie. Había que volver a concebir los quehaceres domésticos como actos amorosos y rendir a este fin el diseño y uso de los

aparatos.¹

La mujer moderna, protestaban agriamente, estaba buscando la solución a sus sentimientos de soledad, inutilidad e insatisfacción sexual, en resumen, a los grandes problemas de su género, en los errados caminos de una profesión. Era indispensable, por consiguiente, dotar a la ocupación ama de casa de un sentido de realización personal, de dignidad, y claro, de éxito.

La educación progresista, proseguían, contribuía a este sinsentido, condicionándolas intelectualmente a los mismos fines que a los hombres, es decir, a la competencia dentro del mundo fálico. El auge educacional que apenas daba inicio tenía que ser controlado, o de otra manera sería desastroso.

La actitud de esa generación de mujeres era anormal. Su orientación natural, anatómica y psicológica, apuntaba a la sumisión. La búsqueda activa de una carrera inscribía en ellas las características masculinas y les impedía desarrollar las propias. Sus perniciosos resultados comprendían la brusca baja de natalidad, el alto índice de divorcios, el aborto, el empleo frecuente de anticonceptivos, la delincuencia juvenil, la frigidez sexual, la neurosis generalizada.

Las modalidades contemporáneas del trabajo femenino, concluían, conducían de una u otra forma a la batalla de los sexos. Su consecuencia última, el suicidio nacional: hijos

1 Nuestros autores, como veremos más adelante, exageraban el peligro: estos planes se habían echado a andar hacia tiempo. Vid infra, "Modelos de domesticidad".

neuróticos, hombres castrados, la pérdida de la vitalidad norteamericana.

Tras esta escandalosa descripción de la patología femenina, Lundberg y Farnham pasaron a la definición de normalidad.

Las mujeres sanas, en el ideal universo doméstico, maduraban exclusivamente a través de su papel como esposas y madres. A su vez, las madres perfectas aceptaban su sexualidad y su dependencia de los hombres. Sabían que una mujer independiente era una contradicción en los términos. Eran ajenas a las ideas y valores del racionalismo y su mundo fálico. Además, se mostraban inocentes, virtuosas y seguras de sí mismas.

En la crianza, la sabiduría de las mujeres sanas se fundamentaba en el cariño a sus hijos. No empujaban a sus niños a un desarrollo precoz ni los mimaban. Eran madres balanceadas y amantes fieles de sus maridos, de los que aceptaban un dominio diluido por las tendencias democratizadoras en la familia.

La obra de Lundberg y Farnham nos proporciona una idea de la conciencia que prevalecía sobre el dilema de las mujeres de clase media entre el trabajo y el hogar; de la incipiente importancia de una carrera en su emancipación. Nos damos cuenta de que el proceso de proletarización del trabajo doméstico no era un secreto. Sus causas y consecuencias se discutían abiertamente. Lo mismo ocurría con los efectos de las crecientes aspiraciones materiales y de prestigio.

Las ansiedades de éxito visible en la vida familiar vendrían a dar a obras como ésta una importancia exagerada. En busca del

mejor método, los problemas de pareja tratarían de resolverse con la ayuda de los expertos en familia. Los expertos y sus discursos tenían el camino libre para invadir y regular este espacio, ya no más privado, ya no más íntimo.

126

TERCERA PARTE

MUJERES SUBURBANAS

Política y domesticidad. Hogar y vida republicana

El ama de casa moderna fue uno de los pilares de la democracia del ciudadano común; ella representó el rostro humano de un capitalismo sublimado y sentimentalizado.¹ Del mismo modo, las mujeres suburbanas fueron las principales protagonistas del proceso de privatización de la vida ciudadana.

Podemos resumir los dictados republicanos del siglo XIX en cuanto a la función pública de la familia como la de una fábrica de buenos ciudadanos; es decir, su valor se centraba en la correcta educación cívica. Siendo las mujeres, en su rol de madres y esposas, encargadas de ésta, ellas contribuían al orden político reforzando en sus hijos y maridos los valores de obediencia voluntaria, servicio público e imparcialidad racional. Con esta lógica, varios males sociales tales como la violencia, robo, prostitución y alcoholismo, se atribuyeron a deficiencias familiares, en particular aquellas relacionadas con la crianza.² Esta doctrina exaltaba, por otro lado, los sacrificios del ama de casa y su fortaleza moral. Los reformistas de fin de siglo emplearon con frecuencia estos argumentos para defender los derechos de las mujeres; reconocieron a la vez lo ingrato que podía ser el trabajo doméstico y buscaron descargar a las amas de casa de parte de tan onerosa labor.

1 Cfr. Sheila Rowbotham. *Woman's Consciousness. Man's World* (Inglaterra, Penguin Books, 1973). Conuerdo en este punto con la autora, cuya obra en general carece de un enfoque histórico apropiado y es un tanto amateur.

2 Cfr. Mintz, *Op. Cit.*

En fin, desde hacía más de un siglo, el núcleo familiar fue considerado un santuario espiritual, regido por relaciones afectivas, además del resguardo de los valores bíblicos y republicanos del egoísmo y la fría competencia del mundo urbano e industrial moderno.³ La identificación de la vida hogareña con las virtudes democráticas llevó incluso a entender la organización familiar como una pequeña sociedad que tendía hacia la igualdad de sus miembros a pesar de la diferencia de roles. Dentro de este cosmos, las mujeres, en especial las de clase media, debían considerarse dichosas, se decía, porque gozaban de derechos amplios, aún en la vida pública, ya que el mundo, como apunta Degler, podía concebirse como un enorme hogar.

En los cincuenta se teorizó de manera distinta el valor social del hogar de clase media. El más sólido refugio en un mundo inseguro adquirió el carácter de piedra angular en la estructura social; se volvió parte de un esquema y adquirió una función definida. A partir de aquí se desprendieron las racionalizaciones de expertos de la ciencia y la política, que justificaron sus proyectos de ajuste y manipulación. El discurso enfatizó el sentido de estabilidad y de seguridad sociales alojados en la vida hogareña. Al aumentar la preocupación por el bienestar familiar, se exageró su fragilidad y la necesidad de regulación. Términos como disolución familiar, problemas de la crianza, y otros, inundaron el repertorio de los expertos. La

3 Cfr. Degler, *Op. Cit.*, cap. XVIII, "Woman's Dilemma", y William Chafe, *Op. Cit.*

tradicional preocupación por erradicar los males disolutores del núcleo familiar se convirtió en un culto a su función social.⁴

El discurso de posguerra ofrecía a las mujeres de clase media los beneficios de la nueva democratización extendida a la relación de la pareja, o *togetherness*, y la realización plena a través de la ocupación ama de casa. En otros términos, la felicidad de un puesto que guardaba sus antiguas bases emocionales e incluía los adelantos sociales y materiales de la vida tecnológica.⁵

Se les reservaba un papel ajeno a la política seria. Sólo un ejemplo: la esperanza demócrata de mediados de los cincuentas y paladín de muchos intelectuales liberales, Adlai Stevenson, reconoció públicamente que la participación política de la mujer se reducía a influir en sus esposos e hijos, reforzar los valores democráticos desde la comodidad de su hogar, una tarea honrosa y llena de responsabilidades cívicas.

El punto es que hablemos de Africa, el Islam o Asia, las mujeres "nunca les fue tan bien" como a ustedes. En pocas palabras, lejos de que la vocación del matrimonio y la maternidad las aparten de los grandes problemas de hoy en día, ésta las regresa a su verdadero núcleo y les otorga una responsabilidad infinitamente más profunda e íntima que la de la mayoría de los que logran los enoabezados, son noticia y viven en tal confusión de los grandes asuntos, que terminan siendo totalmente incapaces de distinguir que asuntos son en realidad importantes.⁶

4 Cfr. Sirjamaki, *Op. Cit.*, "Family Dissolution", p. 190.

5 Cfr. Evans, *Op. Cit.*, "The Cold War and the 'Feminine Mystique'".

6 Friedan, *Op. Cit.*, p. 60, tomado de *Woman's Home Companion*, sept. 1995, de un discurso en el Smith College.

La normatividad alcanzaba inclusive a aquellas que sí hacían política. En una entrevista a ocho legisladoras en 1956, la revista *Ladies' Home Journal* destacaba su apego a la familia -- todas eran casadas y con hijos--, al trabajo comunitario, y remarcaba que habían terminado una carrera. Su actividad pública era, en resumen, en realidad administrativa y emulativa del hogar.

Muchos de los asuntos de gobierno estatal son aquellos en los que las mujeres están más interesadas: construcción de nuevas escuelas, más paga a maestros, más hospitales, mejor aplicación de la ley y la libertad condicional. ¡Mucho del quehacer doméstico de los estados requiere la misma habilidad que despliega una ama de casa en su hogar y lo que ella tiene de sobra, además de una mejora del servicio con la aplicación de la más estricta economía!⁷

Si las presiones sociales no confinaron a las amas de casa al anonadamiento político, el discurso sí lo hizo. El analfabetismo político se consideraba endémico en el hombre de la calle, lejano del sacrosanto experto, pero al ama de casa se le consideraba su prototipo. La lógica parecía evidente.

Una ama de casa, por ejemplo, en el curso de su experiencia cotidiana, y como guardián del gasto familiar, tiende a desarrollar sus propios juicios sobre la honestidad del tendero de la esquina. Estos serán con probabilidad juicios sensatos, y no dependerán enteramente del testimonio de otros. Pero cuando se llega a la cuestión de si los Estados Unidos tiene una adecuada fuerza de disuasión en misiles intercontinentales, ella será arrogante si cree que puede llegar a un juicio responsable sin el tiempo y el estudio que ella no puede darle.⁸

7 "They do it...You can too", abril 1956.

8 Rockefeller Brothers Fund, *Op. Cit.*, "The Consent of the Governed", p. 437.

La política no debía convertirse en una preocupación femenina, a riesgo de desequilibrar la democracia económica de los cincuentas.

Trabajo comunitario. Responsabilidad cívica femenina

El papel de las mujeres suburbanas en el tan necesario trabajo comunitario se canalizó dentro de los límites establecidos por el discurso sobre su función en la democracia corporativa. El grado de compromiso y las modalidades de la participación de ellas en los clubes y asociaciones varió al avanzar la década.

Los clubes y asociaciones femeninos de los cincuentas eran grupos en los que participaban mujeres de toda ocupación y clase social, aunque no carecían de una jerarquía interna. Su actividad se dirigió a resolver problemas apremiantes de la comunidad. Un ejemplo de principios de la década: Las 1 350 000 miembros de los 17 000 grupos de la *General Federation of Women's Clubs* se dedicaban a la música, el arte, la literatura, a crear grupos de estudio, educación, a campañas de mejoramiento de la comunidad y otras. Así celebraron sus miembros el día de la ONU en 1950:

Las mujeres del club, más que los hombres, hablan y trabajan por la paz. Ellas escuchan conferencias de profesores universitarios, corresponsales de guerra y "viajeros mundiales"; leen libros de John Foster Dulles, James Burnham, Winston Churchill, y Peter Drucker; estudian temas asignados tales como "La unificación de Europa Occidental", "El Plan Marshall en acción", "¿Puede cambiar el mundo?"; leen los documentos y elaboran resoluciones...¹

1 U.S.A. The Permanent..., "The Busy, Busy Citizen", p. 141.

Puede inferirse que esta organización era dominada por miembros de la clase media alta. De hecho, la membresía en tales organizaciones respondía en buena parte a la búsqueda de status; aunque no sería exacto negar que algunas buscaron ejercer influencia más allá del voto y los impuestos, y quizá hacerse de un sustituto de una ocupación. Pero las satisfacciones del trabajo comunitario en términos de realización o prestigio personales para las mujeres se eluden en los textos de la época. Existieron, mas los documentos las condenan a un relativo silencio. En todo caso, útil y práctico, el trabajo comunitario no se dejaba de alabar por sus ventajas y carácter formativo.

Por supuesto, las mujeres no siempre están levantando fondos de caridad o luchando por una causa. Se están educando, desarrollando nuevos pasatiempos y habilidades y aprendiendo a manejar un hogar sano, limpio y eficiente. Estas mujeres son más felices, más satisfechas y mejores esposas, madres y compañeras, gracias a las actividades del club.²

Las presiones para unirse al trabajo comunitario, puede notarse, eran varias. La propaganda que lo promovía era explícita. La justificación última fue la liberación ordenada, armónica, democrática y en términos femeninos.

Estas no son las sufragistas de una década anterior, que tiraban los gorros de los policías, ondeaban mantas y jugaban a seguir al líder. Estas mujeres planean programas de acción. Organizan comités para investigar posibilidades y problemas, y sugerir cursos a seguir. Discuten propuestas, votan, y entonces llevan a cabo la voluntad de la mayoría en una manera democrática, empresarial.³

2 Lucille Britt, "Don't Laugh at Women's Clubs!", en: *Coronet*, junio 1955.

3 *Idem.*

Se presentó al trabajo comunitario como la solución de los impulsos de participación femenina en la vida nacional, y un método que eliminaba el egoísmo femenino, fuente de la ruinoso lucha de los sexos. Las mujeres involucradas, se estableció, lo hacían exclusivamente en tanto representantes de su familia.

Modelos de domesticidad

La proletarización del trabajo doméstico y el afán por combinar trabajo y hogar fueron cuestiones de importancia para un sector significativo de las mujeres de clase media a partir de los treinta. Mas este movimiento sin ideología estaba lejos de conformar la regla. De hecho, la oposición al mismo se debió a que representaba una desviación a las formas sancionadas de organización familiar. La progresiva complicación de los quehaceres domésticos corrió en un sentido opuesto a las aspiraciones de una ocupación fuera de casa. Para los cincuentas, se había convertido en una presión enorme, el mayor obstáculo práctico a una profesión e incluso al trabajo comunitario y las ocupaciones de medio tiempo. Se exacerbó su índole ideológica y se le llevó a la categoría de norma sin alternativa aceptable.

La sentimentalización de los quehaceres hogareños proviene paradójicamente de los veinte. Antes de la Primera Guerra Mundial, los quehaceres domésticos se consideraron simples tareas necesarias; las amas de casa modelo de clases media y alta se ocupaban de lo sencillo o especial. Las revistas femeninas de la época mostraban a los sirvientes realizando el trabajo doméstico

más engorroso; éstos eran por lo general inmigrantes en busca de un empleo temporal.¹

En cambio, las revistas femeninas de los veinte pintarian a impecables amas de casa. Los sirvientes se reemplazaron por necesidades prácticas, además de haberse vuelto prescindibles culturalmente. La mano de obra doméstica simplemente no estaba calificada ni se comprometía. Los sirvientes eran costosos y no atendían un hogar con corrección.²

Las faenas domésticas y de crianza adquirieron un valor sentimental antes desconocido. Por ejemplo, lavar se transformó en una expresión amorosa hacia la familia; cocinar demostraba, en teoría, las inclinaciones artísticas del ama de casa; era su labor creativa por excelencia, que además contribuía a preservar el afecto mutuo; cambiar a los niños les daba a éstos seguridad y cariño.³

Al mismo tiempo, la visión sentimental victoriana de la maternidad, que requería de la madre un cuidado especial sobre sus hijos en la práctica de una educación suave y delicada, se combinó con los requerimientos maternales de la psicología

1 Véanse las obras de Cohen, *Op. Cit.*, y de Ruth Schwartz, "The 'Industrial Revolution' in the Home: Household Technology and Social Change in the Twentieth Century", en: Kerber y Sherron, *Op. Cit.*

2 Una escritora de clase acomodada relata como decidió hacerse cargo ella misma de su hogar: "At last I have settled for the lesser of two evils: I find there is less wear and tear in doing without a servant than there is in looking for --or after-- one". Edith M. Stern, "Why I Do My Own Housework", en: *Coronet*, mayo 1947. La autora se deshizo de sus sirvientes en 1943, mas la explicación que ofrece ayuda a entender las motivaciones más generales y anteriores a esa década.

3 *Cfr. Schwatz, Op. Cit.*

watsoniana, que inauguró la popularidad de los expertos en crianza. La clase media buscó afanosamente la mejor manera de educar a sus hijos para tener éxito en los negocios y en la vida pública. La incipiente cultura secular de consumo y la organización empresarial en ascenso empezaban a privilegiar la personalidad sobre el carácter como criterio de avance social. Y los consejos psicólogos prometían ayudar a moldearla a través de la correcta orianza. De ahí la preocupación por un método con autoridad "científica", que determinó la popularidad de la psicología vulgarizada y su énfasis en la creación de un ambiente apropiado.

Desde los veintes, la limpieza y el orden habían sido una virtud inextirpable del hogar norteamericano de clase media. En el contexto de sentimentalización, las fallas en este sentido equivalían a una carencia moral. Los publicistas empezaron a explotar en los anuncios un sentido de culpa de las amas de casa relativo a los pequeños errores que podían corregirse con nuevos productos, que comenzaron a introducirse en el hogar.

Mientras tanto, los reformistas iniciaron campañas para aplicar el mismo tipo de planeación y estudio industrial al hogar, en especial en la cocina. Empezaron a acuñarse términos tales como "*home economics*", "*domestic science*" y "*household engineering*".⁴

Los departamentos urbanos fueron la vanguardia de los

4. Cfr. Cohen, *Op. Cit.*

hogares funcionales. Reducidos en comparación a una casa, las tareas podían realizarse en él con mayor facilidad. La idea de la cocina eficiente consistía en una pequeña área en la que la comida fuera preparada con gran rapidez. No más el pequeño habitáculo de la mujer. Refrigeradores, lavadoras, estufas y otros aditamentos se implementaron en buena parte de los hogares de clase media.

Pero los propósitos reformistas no lograron que el tiempo ahorrado se dedicara a actividades de otro jaez. Tampoco se cumplieron los temores de los tradicionalistas. No hubo una disrupción familiar producto de los avances tecnológicos. Más aún, se esperaba de las amas de casa de clase media diversificaran sus labores y aprendieran las técnicas indispensables para adoptarse a las nuevas.

Lo que hacían era esterilizar biberones, conducir a sus niños a clases de danza y lecciones de música, planear comidas nutritivas, comprar nueva ropa, estudiar psicología infantil y coser a mano cortinas de colores alternos; el modelo sociológico clásico no había previsto todas estas tareas (y otras similares).⁵

Si bien las madres de clase media de los veinte tuvieron en promedio menos hijos que sus predecesoras, hicieron por ellos mucho más. Ser madre parecía tornarse una ocupación demandante y cada vez más sofisticada.

La nueva autoridad de la psicología se hizo sentir en todos los ámbitos de la educación infantil. Ya para los treinta se instituyó en las escuelas públicas el método de evitar las

5 Shwartz, *Op. Cit.*, p. 378.

motivaciones creadoras de miedo y sustituirlas por cuidadosos estímulos no autoritarios. En la década siguiente se volvió norma privilegiar los estímulos positivos por sobre los castigos y las comparaciones que inhibían a los estudiantes.⁶ Fue en esta época cuando dio comienzo entre la clase media el hábito de consumir con avidez libros de crianza cuyos métodos se construían alrededor de la psicología infantil, pero en un contexto que no los endiosaba. Las innovaciones se aplicaron, primero, en las clases altas, y de ahí al resto de la sociedad.

La psicología watsoniana estableció que la formación del carácter era mejor afrontada por la ciencia que por la moral. Sus preceptos requerían recompensas y castigos por parte de los padres para desarrollar buena conducta en los niños o extirpar tendencias desagradables antes de que arraigaran; de la misma forma, despreciaban el afecto excesivo.

El impulso, empero, parecía determinar el progreso de la psicología más que provenir de él y, de hecho, establecía la interpretación que se le daba a ésta. El compromiso materno en la crianza no se alteró sustancialmente con el reemplazo del behaviorismo por un freudianismo diluido.⁷

La responsabilidad de las amas de casa no se detenía aquí. La idealización de su imagen incluía no sólo a la mujer que con habilidad y capacitación hacía de todo sin el apoyo de extraños,

6 Cfr. Peter N. Stearns y Timothy Haggerty, "The Role of Fear: Transitions in American Emotional Standards for Children, 1850-1950", en: American Historical Review, febrero 1991.

7 Cfr. Schwartz, Op. Cit.

sino también a la esposa que se mantenía feliz, saludable y atractiva. Dinámica, estable emocionalmente, satisfecha y a la vez "mujer de moda", el ama de casa moderna estaba lista para convertirse en la imagen predilecta de la publicidad.

Los publicistas realizaron enormes esfuerzos por "educar" a las amas de casa en la difícil empresa de comprar con sabiduría en bien del hogar. Nunca se escapó a las grandes empresas el hecho de que, encargadas del hogar, ellas eran las consumidoras por excelencia. Limpiar, cocinar, atender a los niños, lavar, ponerse bonitas..., todas tareas que requerían de productos adecuados. Ir de compras pasó a ocupar un lugar más significativo en tiempo y preocupaciones, un patrón que se agudizaría con la prosperidad de posguerra.

Se había establecido antes de la Segunda Guerra Mundial la alternativa de un trabajo doméstico considerado demandante y creativo, distinto al tradicional, que aún pervivía, y sobre todo, un modelo de clase media alta con todo tipo de justificaciones prácticas y morales. Los discursos de regreso a la normalidad en la familia norteamericana giraban alrededor de esto; mas no se podía deducir a esta altura lo que vendría a ser el hogar de posguerra.

Durante la guerra, los anuncios prometían una casa en la que la carga hogareña disminuiría. Confort era la clave; los avances tecnológicos ahorrarían tiempo y esfuerzo. No aparecía aún un

antecedente directo del hogar suburbano.⁸

Profesionistas del hogar

La armonía familiar representó uno de los requisitos de status de la clase media alta y un símbolo de prosperidad y progreso nacionales. Un estilo de vida convertido en moral y democrático. Las recompensas de la vida familiar suburbana dependían teóricamente de la distinción precisa de los papeles sexuales para mantener la imagen familiar que a un tiempo exaltaba y debía superar los valores individualistas.¹

El arquetipo familiar suburbano comprendía amor, calidez, honestidad, respeto y *togetherness*. Esta última se resumía en la igualdad dentro de la pareja. Las mujeres obtenían prestigio y status social en su labor hogareña que se equiparaba a una profesión, mientras los maridos se involucraban como nunca antes en el hogar. Los esposos pasaban más tiempo reunidos y compartían sin autoritarismo los deberes del hogar y la educación de los

8 Un indicador es la imagen de la cocina moderna durante la guerra: "that new kitchen of tomorrow! (...) step-saving-efficient-and beautiful! (...) Not an inch of waste space" (Anuncio de "Curtis Kitchen", en: *Better Homes & Gardens*, mayo 1944. El subrayado es mío.); "that Hotpoint you and Jim have been saving War Bonds for (...) it's going to be as practical as it is beautiful! (...) your new room will be not only a time-saver but a real joy in wich to work and live!" (Anuncio de "Hotpoint Electric Kitchens", en: *Better Homes & Gardens*, mayo 1944). Una cocina para vivir en ella, pero altamente funcional, no concuerda con una cocina lujosa y excesiva, como sería la suburbana.

1 *Cfr.* Sirjamaki, *Op. Cit.*, "Aspects of Family Living".

hijos.²

Las presiones sociales, en especial la promesa de seguridad y status ascendentes en tanto esposas y madres suburbanas, llevó a muchas a renunciar a otras aspiraciones para entregarse de lleno a tal papel. En el juego de símbolos de status, una madre trabajadora era un punto negativo entre los habitantes suburbanos, un resabio de lo que se dejó atrás. La imagen idílica contemplaba hombres que laboraban todo el día, madres que cuidaban de sus hijos, con alguna participación en el trabajo comunitario.³ La imagen hogareña abarcaba también un estilo de consumo sofisticado, mundano, diversificado, propio de una nación próspera y en expansión. La automatización completaba este moderno cuadro.

Las amas de casa, concluía la misma propaganda, se estaban profesionalizando gracias a que las funciones familiares habían adquirido la importancia que merecían. Su papel, análogo al de sus esposos en las corporaciones, era el de técnicas que aplicaban al hogar los avances de la sabiduría tecnológica-organizacional.⁴

El hogar de posguerra era el principal símbolo de status,

2 Una articulista de *McCall's* anunciaba que "[the husband] knows that for all her housekeeping gadgets, his wife has more than one person, male or female, can do. He knows that domestic servants are a thing of the past and repairmen are beyond his income". Elizabeth Pope, "Is it true what they say about American husbands?", en: *McCall's*, agosto 1958.

3 Cfr. William Chafe, *Op. Cit.*

4 Cfr. Talcott Parsons, "The American Family...", en. Parsons, Et AL., *Family, Socialization and...*

dejando muy atrás a los automóviles, pues en él se podían exhibir todas las cualidades de un estilo de vida. Era, a la vez, el centro de la vida familiar y el dominio de la mujer:

Ante todo, [las mujeres suburbanas] quieren que sus casas sean "ese lugar donde todos los miembros de la familia puedan recargar sus baterías moral, física y espiritualmente".⁵

El modelo doméstico que podía hacer a las amas de casa sentirse útiles, necesarias y valiosas exigía una complicación artificial de sus tareas. La casa debía tener espacio para cada actividad; entre más amplia, mejor. La actividad del ama de casa se centraba básicamente en la cocina.

En los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial se soñó en la cocina del futuro. Los profetas seguramente se desilusionaron ante el retorno a los métodos elaborados de cocina que, combinados con un cosmopolitismo culinario, parte de la creatividad del oficio, no sólo demandaron una expansión de superficie, sino que inundaron de más ollas, sartenes, batidoras, cortadores, y de todo tipo de implementos necesarios para materializar las recetas de la cocina francesa, italiana, escandinava, hindú o cualquier otra. La cocina eficiente de la época tuvo que incluir una repisa para los muchos libros de cocina indispensables. No sólo eso, las esposas suburbanas clamaban por "Una cocina tan grande como para socializar. 'Cuando tengo invitados, ellos parecen siempre terminar en la cocina

⁵ "Congress on better living. 100 housewives speak their minds", marzo 1958.

tomando una taza de café".⁶

El arte culinario era más que creativo, sagrado. Un articulista recomendaba a inicios de los sesentas, a hombres y mujeres dedicarse a él por igual, aunque sin olvidar que la cocina era el santuario de la mujer.

Cocinar necesita de la fría precisión de los cirujanos. El grito de angustia de una ama de casa o su maldición venenosa a un platillo estropeado (quizá está pensando en sus seres queridos) es parte de su naturaleza femenina.⁷

Los maridos cocinaban de vez en cuando, es cierto, pero únicamente cuando se trataba de ocasiones y platillos especiales, o en reuniones familiares o de amigos, cuando eran amos y señores del barbecue, otra tradición revivida en los cincuentas.⁸

La casa suburbana modelo pronto añadió un salón familiar junto a la cocina donde se realizarían las reuniones familiares, o bien, jugarían o harían la tarea los niños al alcance inmediato de la madre. El televisor podría colocarse aquí también, de no tener un cuarto propio.⁹

El patio trasero sirvió más que el del frente para la socialización con los vecinos; un imprescindible garage; de ser posible un cuarto para lavar la ropa, otro de bodega, una terraza, y un cuarto para cada hijo.

6 "Congress on better living...", en: McCall's, marzo 1958.

7 Rhys Davies, "The Friendly Stove", en: House & Garden, octubre 1963.

8 Cfr. Cohen, Op. Cit., p. 24-25.

9 Es un tema recurrente en los diseños de casas modelo en House & Garden y otras revistas.

La democratización del uso de aparatos domésticos a un grado nunca antes conocido representó cierta comodidad, pero no ahorro de tiempo al complicarse artificialmente las labores hogareñas.

A ellas les gustan los trabajos creativos como tejer, cocinar, cuidar el jardín, decorar, que les dan un sentido de logro. Les disgusta la rutina, los trabajos repetitivos como limpiar el polvo, planchar (...). La de hoy es una casa sin sirvientes, pero no una casa sin "ayuda" (...) Con los aparatos, soy una digna gerente ejecutiva, no una esclava del hogar.¹⁰

La ama de casa moderna trabajaba un promedio de 84 horas a la semana, en una tarea en la que había de solicitar la ayuda de sus vecinos o, de ser posible, sus familiares.¹¹ Las costumbres de reunión y ayuda mutua suburbana fueron utilísimas.

El ama de casa suburbana superaba al ama de casa tradicional, se afirmaba, por su libertad en sus relaciones, y en especial dentro del hogar. Una francesa residente en E.E.U.U. describió a las norteamericanas como directas con los hombres, abiertas, capaces de trabajar de ser necesario y de gozar la vida al máximo. Liberadas, menos materialistas que sentimentales, iguales en autoridad a sus maridos y amistosas con sus hijos:

[Mis hijos] me tratan con la abierta simpatía e igualdad que he observado en las familias de mis amigos norteamericanos. No soy para ellos una linda muñeca, como mi madre fue para nosotras, una frágil sombra en el paisaje. No soy tampoco sólo una esclava del hogar, que pasa los días en la cocina. Soy alguien con quien contar y, por lo tanto, escuchada en los asuntos importantes. Soy una madre norteamericana y me

¹⁰ "Congress on better living. 100 housewives speak their minds", en: *McCall's*, marzo 1958.

¹¹ *Cfr.* Eileen Sharpe, "My 15-hour day", en: *LHW*, abril 1956, de la serie "How Young America Lives".

vanaglorió de ello.¹²

En los documentos descriptivos, no normativos, de las revistas y libros nos muestran una vida suburbana que no se asemejaba al ideal. Las presiones para ser una ama de casa perfecta se traducían en tensiones emocionales que provocaban la obsesión con la perfección de las labores domésticas.¹³ Al tiempo que una cena perfecta terminaría quizá en una salida a comer hot-dogs y papas fritas; y la dócil familia en una familia problema. Y una ama de casa gritaría "¿Hierbas? ¡Para las aves!"

No había que darle más vueltas: yo era un total fracaso suburbano. No estaba viviendo majestuosamente, según podía imaginarme de lo que decían las elegantes y sofisticadas revistas; cenar a la luz de las velas, tener conversaciones intelectuales, mantener vivo el romance --y, sobre todo, cocinar con hierbas--. Una tiene que cocinar con hierbas.¹⁴

La importancia de los niños para las amas de casa no era exclusivamente sentimental: representaban la mayor parte de su capital socialmente reconocido.¹⁵ En la crianza, el papel de la madre suburbana se identificó con la aplicación del método pedagógico. Aunque el amor genuino y las responsabilidades afectivas no se hicieron de lado, la sabiduría natural de las

12 Asya Johnstone. "What American Women Have Taught Me", en: *Coronet*, noviembre 1955.

13 Clifford R. Adams, Ph. D., "Making Marriage Work: Don't Try Too Hard", en: *LHL*, enero 1956.

14 Joyce Holland, "Herbs? For the birds!", en *Coronet*, diciembre 1958.

15 Cynthia Fuchs Epstein ("Toward a Family Policy", en: Andrew J. Cherlin (ed.), *The Changing American Family and Public Policy...*), describe a las mujeres suburbanas de los cincuentas como expertas técnicas cuyo producto negociable era un niño adaptado y exitoso. Véase también Rowbotham, *Op. Cit.*

madres no tenía lugar frente a los imperativos de aplicarse en forma metódica y sistemática a los avatares de la vida familiar. Desde un principio, los niños eran preparados para un mejor desempeño futuro. Al desarrollarse, los padres los comparaban constantemente, juzgaban su desempeño escolar, su popularidad, su reputación, incluso su desarrollo físico. Todas las ansiedades del progreso social, como hace ver Riesman, pasaban sin transición de la escuela a la casa.¹⁶

Se gastaba más dinero en niños y por niños que nunca antes. Era una forma de gastar y competir en la comunidad sin exhibicionismos. También se convirtieron en receptores del cariño y las emociones que los padres no podían descargar en el trabajo o en la relación de pareja.¹⁷ Toda una industria se desarrolló alrededor del cuidado de los niños, otro objetivo predilecto de la publicidad. Junto a los pañales desechables, un producto masivamente vendido fue el libro sobre pediatría del Dr. Benjamin Spock, The Pocket Book of Baby and Children Care, una de las luminarias de la época del *paperback*, que fue el apoyo principal de muchas mujeres que recurrían a sus amigos, libros y prescripciones de los expertos, a falta de los consejos de sus madres, a las que su movilidad había dejado atrás.

En un reporte biográfico, el Spock señaló que su famoso método aspiraba a superar el estricto método watsoniano, no a

16 Cfr. Riesman, Op. Cit., "Some Observations on Changes in Leisure Attitudes".

17 Idem.

establecer la crianza permisiva que instauraron sus seguidores. Uno de ellos, George D. Stoddard, escribió en 1948 que la motivación de la crianza spockiana era dirigir a la atención individual al niño para inculcarle seguridad, evitarle miedos innecesarios y cultivar su creatividad, por medios democráticos, no autoritarios; es decir, por normas basadas en la razón y el afecto.¹⁸ Integrarlo en la seguridad de la familia era importante, continuaba, ante el rechazo que la maternidad había sufrido en los años anteriores.

Se privilegió una interpretación permisiva de su obra. La versión vulgarizada de la obra de Spock, en las revistas femeninas, enfatizó la responsabilidad materna de crear un ambiente adecuado para el desarrollo de los niños. Había que preservar las cualidades naturales de los niños y evitar posteriores extravíos. La obra de Spock, por otro lado, era clara en los puntos principales. Establecía que la independencia del niño vendría del sentimiento de seguridad y libertad que se le diera. No debía gritársele o reprimirlo, sino darle confianza y guiarlo. La madre debía ser casi una amiga o compañera de su hijo más que una figura de autoridad:

Con mucho, lo más importante es la disposición de la mujer. Debe ser hacia el niño afectiva, comprensiva, confortante, sensata, confiada en sí misma. Debe amarlo y disfrutarlo sin sofocarlo con atenciones. Debe ser capaz de controlarlo sin regaños o severidad. En otras palabras, debe llevarse con él de manera feliz.¹⁹

18 George D. Stoddard, "Homework for Parents", en: *LHI*, mayo 1948.

19 Spock, *Op. Cit.*, p. 480.

Spock previnó en su libro contra los hijos negados y desajustados de madres trabajadoras. Bebés sin cuidado estrictamente personal no serían futuros buenos ciudadanos. El periodo más delicado terminaba a los tres años, cuando el niño había desarrollado personalidad y necesitaba sentir que pertenecía a alguien. Durante todo este periodo, ellas no debían trabajar.

Si la madre se da cuenta que tan vital es este tipo de cuidados [continuo, amoroso] para un pequeño, podrá serle más fácil decidir que el dinero extra que pudiese ganar, o la satisfacción que pudiera recibir de un empleo, no es tan importante después de todo.²⁰

La doctrina spockiana no duraría por mucho tiempo sin ser desafiada. El mismo Spock advertiría en la edición de 1957 de su famosa obra que se había descuidado la disciplina en la crianza.²¹ Los padres se mostraban, según él, de lo más inseguros. *Coronet* tuvo que recordarle a sus lectoras que no había pruebas contundentes del mejoramiento de la personalidad adulta por una crianza científica.²² Las críticas llovieron junto a aquéllas a la artificialidad de las relaciones suburbanas todas.

[Este deseo de ser agradable y amistoso, afirmó un padre enojado], representa esconder o perder nuestra identidad. Significa renunciar a nosotros mismos, volvernos pasivos. Esta palidez explica nuestras relaciones superficiales e impersonales con nuestros hijos, y la atmósfera sin carácter de tantas familias y

20 *Idem.*, 476.

21 Hildegarde Dolson, "Who is Doctor Spock?", en: *LHJ*, marzo 1960.

22 "You: Reassurance for parents", abril 1957.

hogares.²³

Esta reacción antispoekiana, parte de la protesta ante las enormes y metódicas responsabilidades familiares, no se detuvo aquí. Se repudiaría la imagen popular de una familia gobernada por los niños, a los que se les mantenía aislados de los problemas del mundo real.²⁴ Se criticó a los métodos en boga de no naturales e inhumanos por reprimir a los padres e incapacitarlos para imponer disciplina o proyectar verdadero cariño. Los chicos aprendían a despreciar a los padres y a seguir las reglas del grupo o pandilla. Algunos concluyeron que los jóvenes se rebelaban contra esa gente que parecía carecer de una personalidad definida y una posición firme; que trataban de ser amigos y no realmente padres. No fue casualidad que los jóvenes se identificaran con el James Dean de Rebel Without a Cause.

Cuando ante mis hijos elimino mis reacciones espontáneas, basadas en mis esperanzas, miedos, pasiones, odios y convicciones acumulados, para darles entonces una respuesta a la que arribé de modo científico, los suprimo ante mí mismo. Los despojo de lo que precisamente esta institución da: la certeza de que cada uno de ellos es mi preocupación especial.²⁵

El tratamiento excesivamente racional de los problemas, del cooperar, daba la impresión a los hijos de que el matrimonio o la sexualidad misma eran asuntos problemáticos que era mejor no discutir --o dejárselos a los profesores--, protestaba Friedan en

23 Jane Whitbread, "A mother takes a stand. Who says I don't know best?", en: McCall's, septiembre 1958.

24 Cfr. Oakley, Op. Cit.

25 Jane Whitbread, Op. Cit.

un artículo de 1958.²⁶ La preocupación de los padres por ajustarse lo mejor posible a los estereotipos femenino o masculino daba el toque final a la artificialidad de la relación. Muchos padres, persiguiendo el éxito corporativo, habían sobreprotegido a sus hijos y tratado de controlar sus vidas.

Mrs Tycoon. Las esposas de la compañía

El papel de esposas perfectas complementaba al de madres intachables en el universo discursivo de clase media.

El papel de proveedor sólo era sancionado para el marido. A pesar de lo que pudiera contribuir la mujer, la movilidad geográfica que implicaban las exigencias corporativas, entre otros factores, hacían que las mujeres de los *organization men* con aspiraciones distintas a las del hogar, las olvidaran en nombre de la carrera del marido.¹ La profesión ama de casa fue una tarea demandante con largos periodos de soledad. "Este es suficiente duro trabajo en sí mismo para requerir perseverancia y esfuerzo de tiempo completo de una esposa", afirmaba un artículo de 1954.² Porque si una madre determinaba lo que un hijo podría ser, una esposa determinaba lo que el hombre sería.³ Las

26 Cfr. Betty Friedan, "Teenage Girl in Trouble", en: *Coronet*, marzo 1958.

1 Cfr. Sherron, *Op. Cit.*

2 Dale Carnegie, "How to Help Your Husband Get Ahead", en: *Coronet*, enero 1954.

3 Clifford Adams, "Making Marriage Work: Back of every happy husband is a good wife", en: *LHJ*, mayo 1948.

oportunidades de éste para avanzar se incrementaban por la habilidad de su mujer de llevarse bien con otros y adaptarse a las demandas de la empresa.

Las esposas debían aprender a dar tiempo a sus maridos para disfrutar de su soledad, permitirles y orientarles a un hobby que los hiciera felices. También era buena idea que ellas intervinieran en actividades fuera de casa, comunitarias básicamente, para volverse mejores y no representar un lastre para el marido.

Pasatiempos que ponen a las esposas en contacto con otras son los más benéficos. Un curso en educación del consumo o hechura de sombreros, en música --clases de apreciación--, unas horas de trabajo en alguna organización cívica o de caridad; proyectos tales dan a una mujer un punto de vista fresco y contribuyen a hacerla más un individuo.⁴

Y ante todo, crear un ambiente de relajación, confort, orden y limpieza; interesarse, e inclusive capacitarse, en la profesión de él; levantar su autoestima y ambición: "¿Cuáles son los elementos básicos del compañerismo en la pareja? Amigos comunes, intereses comunes e ideales comunes --esas son las cosas que unen a la gente--".⁵

Había que entender que detrás de todo gran empresario había

4 Dale Carnegie, "How to Help Your Husband Get Ahead", en: *Coronet*, enero 1954.

5 *Idem.* Collen, la mujer del cantante Jimmy Rodgers, pasaba días contestando las cartas de él, y eso le valió un artículo: "But he is changing to meet demands of fame. Jimmie feels that Collen really understands this. She's growing with him, giving him the moral support to keep climbing. As Jimmie sings in the tune that made him famous, 'What a darn good life when you have a wife like Honeycomb'". Jane Keener Ardmore, "The ballad of Jimmie Rodgers", en: *Coronet*, julio 1959.

una gran ama de casa. La compañía exigía también de las esposas de sus empleados una imagen, una conducta y consenso en los principios. Así ellas adquirirían valor para la compañía y el éxito del marido, pues el talento de él no era suficiente. La compañía al buscar a "Mr. Tycoon" deseaba a "Mrs. Tycoon" en el mismo paquete. La fidelidad y amistades de la esposa se debían a la compañía, que planeaba sus gustos y ocio, demandaba civismo y especificaba a que organizaciones ella debía unirse. Estos criterios no eran racionales ni sistemáticos, se quejó una esposa harta: "Debemos pertenecer al equipo--ser parte de la gran familia de la compañía--. El ascenso de un hombre puede depender de si su esposa consigue la aprobación de la esposa del presidente".⁶

Elas tenían que adaptarse:

Status más que compatibilidad era la base de la amistad. Cuando un hombre ascendía, él y su esposa pronto solicitaban membresía en el club más caro y empezaban a buscar casa en Stoneybrook. Los viejos amigos se desechaban abruptamente. Algunas parejas miraban atrás con ojos de duda, pero se les recomendaba no continuar su intimidad con el peldaño inferior.

Ni hablar de una esposa rebelde y con empleo; eso era suicidio ejecutivo:

Nadie despertó más chismes que mi amiga Joan (...) Las corporaciones sospechan de las esposas con sueldo propio. Joan tenía dinero propio y lo gastaba. Se vestía con exquisitez. En ocasiones ofrecía pequeñas y elegantes comidas. Ni siquiera el presidente servía vino con la comida, pero Joan sí. Ella ignoraba las reglas que la aburrían. Se unió al club de la mujer

⁶ Alice Lake, "I Hate my Husband's Success", en: *McCall's*, julio 1958.

(una obligación), pero no al club de jardinería, el proyecto de la esposa del presidente.

Las esposas de los aspirantes a ejecutivos sabían que ellas representaban a la compañía, y la compañía quería amas de casa modernas: "quería que yo fuera una buena madre, una ama de casa eficiente, ahorrativa, cultivada, atractiva, encantadora y disponible". Sin embargo, las historias de ficción de las revistas femeninas se empeñaron en convencer a estas esposas corporativas que para triunfar sólo habían de comportarse como ellas mismas.⁷

Esas publicaciones también estaban atiborradas de consejos para dar una buena impresión en las reuniones de la empresa o en las organizadas en casa. Vanoe Packard, en su cinismo de estilo clásico, comentó: "Ser anfitriona es una de las mejoras maneras de determinar si la esposa es suficientemente buena para posibilitar a un hombre el convertirse en un perfecto ejecutivo".⁸

Las corporaciones implantaron activos "programas de esposa", cuyo objetivo, si hemos de creer en Whyte, era adaptar a las mujeres de sus técnicos al sistema y hacerlas olvidar sus aspiraciones intelectuales y de privacidad. Estos fueron exitosos y su influencia en los medios fue visible. Según Whyte, las historias de descontento, como las anteriores, sólo servían para entregar al final una moraleja: Mujeres, adaptación es la clave

7 Véase, entre muchísimas otras, la historia de Edward Lind, "Evening with the Boss", en: *McCall's*, mayo 1958.

8 *The Status Seekers*, p. 122.

del éxito.⁹

Consumo y mujer moderna

La organización corporativa de la economía norteamericana parecía haber resuelto el milenarico problema del aumento sostenido de producción. La sociedad de excedentes enfrentaba, empero, un problema de gran magnitud: la necesidad de un aumento sostenido del consumo. El "consumo notorio" se planteó como un deber nacional,¹ que justificó todas las tretas corporativas para empujar a la población a consumir por encima incluso de sus necesidades reales y en muchos casos a vivir a crédito. El precio de la prosperidad, se lamentaba Vance Packard, llegaba tan lejos como los criterios de obsolescencia planeada que agobiaban a una población considerada todavía incapaz de defenderse por sí sola y de poner límites a las corporaciones.

La agresividad de las compañías en el oficio de vender no sólo invadiría las ambiciones femeninas, poniendo a su disposición productos de todo tipo relacionados con sus tareas domésticas, de crianza y embellecimiento. Fue una preocupación corporativa asegurar el apego de las mujeres norteamericanas a su deber ciudadano de consumir a través de la creación y sostenimiento de una particular versión del ama de casa moderna.

Los técnicos de la publicidad conocían mejor que los expertos en la familia la naturaleza de las relaciones familiares

9 Cfr. Whyte, *Op. Cit.*, "The Organization Man in Fiction".

1 Tal es el tema del libro de Packard *The Waste Makers*.

en los E.E.U.U. Sabían que el consumo femenino representaba aproximadamente el 75% de las ventas totales.² Reconocían asimismo que no trataban con mujeres chapadas a la antigua y que la vida hogareña no llenaba las necesidades de realización personal. A la vez, éstas constituían las de mayor poder de compra, el mejor mercado para los productos domésticos. Era imprescindible educarlas como buenas consumidoras. La respuesta, a modo con el patrón general del consumismo que ya he revisado: ofrecer la satisfacción simbólica de sus aspiraciones a través de los productos indicados.

Exhaustivos estudios de campo les mostraron el prototipo de mujer para sus propósitos. No eran convenientes aquellas orientadas a una carrera, trabajaran en realidad o no, ya que solían ser muy críticas de sus productos, además de que privilegiaban demasiado la funcionalidad de los mismos sobre las innovaciones menores y la presentación. Las amas de casa tradicionales tampoco se apegaban a la constante innovación y, por tanto, no eran aptas para dejarse llevar por la moda en sus persona y hogar. Ambos tipos de mujer debían ser erradicadas o disminuidas.³

2 Cfr. Friedan, *Op. Cit.*, "The Sexual Sell".

3 Un anuncio de shampoo ya en 1948 festejaba a una mujer enamorada de su jefe y ansiosa de renunciar a su empleo por la profesión de esposa: "PROUD of my success as a business executive, I still dreaded to be a failure as a woman. I was desperate about my straggly, life-less hair. I yearned for a compliment once in a while on my feminine looks, instead of my business ability. [After using Lustre-Creme Shampoo] my secretly adored boss [whispered:] 'I've got a new job to offer you...for life!' (P.S. I accepted!)." Anuncio, "Find a new Career after becoming lovely 'Lustre-Creme' girl", en: *LHJ*, noviembre 1948.

La lógica corporativa señaló al ama de casa balanceada como su prospecto, la que a pesar de su educación había elegido como la mejor opción dedicarse de tiempo completo al hogar. La describieron como una mujer dinámica, que trabajaba hasta antes de su casamiento y conservaba intereses fuera del hogar; que se consideraba al mismo nivel de los hombres, pero que al mismo tiempo encontraba en el papel de madre y esposa una manera creativa de canalizar sus deseos de liberar todo su talento, gusto, imaginación e iniciativa. Este tipo de mujer recurría a los aparatos para administrar sus tareas domésticas y se preocupaba por renovarlos en su meta de mantener impecables sus dominios.

Procedía no simplemente adaptarse a la existencia de un grupo afín pero no mayoritario; había que promover la adaptación para asegurar un mercado en crecimiento. En otros términos, atraer a las desviantes hacia la norma que ellos imponían, hacia el reconocimiento de la recompensa psicológica intrínseca del trabajo hogareño de la era tecnológica. La publicidad fue, por supuesto, la herramienta de educación. Las revistas femeninas, que gracias a ello aumentaron calidad y número de páginas, fueron los vehículos privilegiados.

A la hora de aflojar dinero, una mujer es [una nuez difícil de romper]. Con 5000 productos rompe presupuestos a escoger en su mercado favorito, y unos 1500 mensajes comerciales que seguir o ignorar diariamente, ella tiene que adoptar una línea dura. Los publicistas alertas saben que un camino seguro para rebasar esta cáscara de resistencia, es estar en la revista que ella encuentra irresistible (...)
Publicistas de mujeres necesitan también al *Journal*.

Porque el *Journal* influye en más lectoras jóvenes, educadas y de altos ingresos que cualquier otra importante revista femenina.⁴

Las campañas publicitarias tenían un claro propósito de manipulación. Betty Crocker se escuchaba en el radio, se la veía en TV, se la leía en revistas. Y sin embargo, Betty Crocker no existía; era un producto más de la General Mills. Era un mito de mujer trabajando en la cocina y pensando en los problemas de ellas. La imagen ideal para las campañas de formación de amas de casa:

El año pasado [1955] 256 000 estudiantes de segundo grado de preparatoria de todos los estados de la nación entraron a este concurso [la *Betty Crocker Search for the American Homemaker of Tomorrow*] en un esfuerzo por ganar el gran premio de una beca de cuatro años en la Universidad. Todas se examinaron en materias que iban desde cómo recibir a la esposa del jefe hasta preparar una comida de gala. Sus registros revelaron que la generación de amas de casa del mañana es moderna en muchas fases del cuidado del hogar, pero que aún tiene mucho que aprender. Para ayudarlas, Betty Crocker dio a cada participante una "Guía para el cuidado del hogar", su folleto para la más grande profesión del mundo.⁵

La publicidad enfatizaba el papel de los aparatos y productos como mecanismo vital del estilo de vida correcto. Porque la revolución tecnológica eran los accesorios manejados correctamente; así ellas satisfacían dos necesidades emocionales: status e introducción en el mundo de la ciencia moderna.

Tal sería el éxito de las presiones de la publicidad, y de las corporativas en general, que un observador de la vida en

4 Anuncio del LHM en *The Saturday Evening Post*, octubre 21, 1961.

5 Norman Carlisle, "The Amazing Lady Who Ran Away With a Company", en: *Coronet*, diciembre 1956.

E.E.U.U. tan aguzado como David Riesman afirmó: "Mientras hace una generación un hombre y una chica profesionistas habrían considerado el matrimonio un obstáculo a sus objetivos de trabajo, hoy el matrimonio y los hijos son de algún modo parte de la esfera del consumo y del ocio..."⁶

Las jovencitas ofrecieron menos resistencias que sus madres a este adoctrinamiento, reconoció Friedan, acostumbradas a la imagen del matrimonio como un medio de adquirir un estilo de vida, y a salvar la brecha del status con las posesiones materiales. Los publicistas podían declararse victoriosos con el relevo generacional suburbano. Pero la búsqueda de un modo de vida adecuado llevaría a esas mismas mujeres a romper el molde.

Relaciones de pareja y responsabilidad femenina

En una sociedad obsesionada con los logros materiales, y enemiga de las mujeres profesionistas, el capital femenino debía reducirse a sus hogar, esposo e hijos. De la misma forma en que las amas de casa modernas establecieron el hogar y la crianza como sus dominios, las reglas de competencia exigían que ellas se adueñaran de su hombre. Mantener el amor y el cariño en la relación era enteramente una responsabilidad femenina, en la cual ejercía la creatividad propia del ama de casa. No les bastaba la independencia y la sofisticación del ama de casa moderna; el cuidado de la pareja les exigía tiempo y dedicación plenas.

Un matrimonio exitoso se juzgaba por su permanencia,

6 Riesman, *Op. Cit.*, p. 158.

fertilidad, riqueza y la felicidad privada de los cónyuges. El matrimonio le ofrecía a la mujer, en teoría, seguridad económica, amor, afecto, compañía y protección para ellas y los hijos que anhelaba. Sus responsabilidades debían corresponder a tales ganancias.¹ Para una escritora de libros de consejos muy solicitada en la época, Maxine Davis, las principales barreras a una vida familiar plena habían sido derribadas por un estilo de vida alto y democrático, por lo que el problema se limitaba a aplicar cariño y técnica. La solución a cualquier deficiencia era asequible a través de buena disposición y conocimiento adecuado. Otra vez la compulsión social de ordenar la vida familiar de forma metódica y dirigida. Era ocasión, de nuevo, de recurrir a los libros de sexualidad.

Estas fuentes afirmaban que los hombres valoraban los aspectos materiales y prácticos de una relación, tales como brindar ayuda y compartir actividades. A su papel de proveedores materiales, adicionaban el de proveedores de placer, y por consiguiente, su máxima expresión romántica era el coito. Mientras tanto, las mujeres debían privilegiar el cariño, las conversaciones íntimas, y contribuir al placer siendo receptivas.²

Se asumía también que el sexo era un medio para fortalecer el amor y darle un sentido de plenitud, de llenarlo de euforia e

1 Cfr. Maxine Davis, Op. Cit., "The Sexual Nature of Man and Woman".

2 Este mismo argumento aparecerá en las racionalizaciones funcionalistas de Parsons, Family Socialization...

intimidad. Su meta era el orgasmo compartido. En ello consistía la igualdad sexual de la época. Siendo el orgasmo un criterio de felicidad marital, de fallar las relaciones sexuales todo podría venirse abajo. Era obligación de la esposa educarse, saber lo más posible sobre su propio cuerpo y el de su marido. Inclusive debía rendir eventualmente sus propias aspiraciones de orgasmo, ya que a nivel fisiológico sus demandas sexuales no eran tan apremiantes como las de él. Su participación en la cama había de ajustarse al instinto masculino y a la necesidad de éste de autoestima y orgullo. El estaba muy ocupado para preocuparse de estas cosas.

[El sexo], la experiencia única que dos individuos pueden tener juntos, dejando fuera al resto del mundo, es en verdad una asociación en la cual cada uno invierte una parte igual, goza de igual participación, y cosecha una recompensa inmensurable.

...ella debe demostrar su éxtasis y su respuesta genuina y gozosa convirtiéndose en un socio por completo satisfactor y satisfecho. Esta es su responsabilidad en el acto sexual.³

Aunque sus objetivos eran en un plano muy general los mismos, sus diferentes naturalezas separaban sus intereses y deberes específicos, lo que representaba un problema al entablar comunicación. En un matrimonio perfecto, ambos analizarían sus problemas, discutirían sus conflictos, y establecerían las mejores soluciones a los problemas familiares.

De forma análoga, los medios anticonceptivos, así como la salud física de la pareja, debían ser manejados por la esposa para bien de ambos.

La buena salud es siempre un factor importante en el

3 Davis, Op. Cit., p. 28 y 118.

ajuste sexual. El bienestar de la familia siempre ha sido una responsabilidad de la esposa. Por consiguiente, la mujer inteligente debe, sin creerse en la obligación de esto, cuidar que ambos tengan un adecuado monto de sueño revitalizador, una dieta apropiada y todo el ejercicio necesario.⁴

Un matrimonio funcionaría si ambos miembros seguían su rol a pie juntillas.

Romance en la era tecnocientífica

La historia norteamericana de posguerra comprueba que si no estamos predispuestos a superarnos en el amor, si lo estamos a considerarlo y perseguirlo como superación personal. Fraguado como una experiencia simple, automática, tan limitada como cualquier otra, se adora como mágica, compleja y misteriosa. Condicionada por preconcepciones morales y prejuicios sociales, se nos ha enseñado a concebirla como la espontánea unión de dos seres especiales y por encima de las rudas categorizaciones de la vida cotidiana. En la década de los cincuentas se manipuló este discurso para reforzar el halo divino, autoritario, emocional, de los lazos maritales, y por consiguiente, de los familiares.

Matrimonio se asoció por igual, en tanto valor privado, con amor, orgasmo, armonía, estabilidad, salud, belleza, educación, dinamismo, igualdad, intimidad y bienestar material. De hecho, el amor romántico de los cincuentas fue un producto de la privatización ciudadana y del *ethos* de la abundancia.

En el capitalismo del pueblo hasta el lujo del amor

4 *Idem.*, p. 94

romántico se había democratizado y sublimado. La especialización emocional del hogar y las relaciones interpersonales lo habían perfeccionado. La liberalización de las costumbres había hecho del goce sexual parte de sus atributos. El capitalismo norteamericano se había vuelto romántico.

El amor es una creación artística que halla su más profunda perfección en los sofisticados altos niveles de la sociedad norteamericana. Es una bendición que una sociedad mejor educada y con mayor ocio ha conferido a sus miembros. Las progresivas urbanización, aculturación y educación de la generación por venir, sugiere que habrá mayor expresión del amor en el futuro.¹

En esta lógica, un alto nivel de vida había liberado al amor de las cadenas económicas. En apariencia el matrimonio mismo ya no era una herramienta de ascenso social. El acto mágico del enamoramiento llevaba inevitablemente a la consumación marital y a la adaptación al modelo.

El amor es reforzado por la apreciación del compañerismo, una casa agradable, suficientes pero no demasiados niños, apoyo emocional y satisfacción sexual.²

Sobre el mosaico de expresiones sexuales que pueden encontrarse en las distintas clases y grupos sociales, la clase media alta ejerció la normatividad, haciendo de la suya la única bien reputada y el modelo a seguir.³

Las historias de amor en los cincuentas son rosas; en ellas,

1 Robert O. Blood, Jr. y Donald M. Wolfe, Husbands & Wives..., p. 235.

2 Idem., p. 231.

3 Packard ofrece en su Status Seekers, "The Sociology of Sex Appeal", una somera pero útil lista de ellas en los E.U. de su tiempo.

las clases sociales se ignoran y desde el principio todo apunta hacia un final feliz. El amor romántico en los cincuentas nunca fue en realidad pasional ni subversivo. Sirjamaki lo concebía como la elección libre determinada por afecto mutuo, pero una elección sobria, restringida, razonada, pues ocurría generalmente entre personas con rasgos sociales comunes:

La aceptación de la naturaleza sexual propia y su incorporación en un "plan vital racional" trae consigo la capacidad de ver el amor con mirada clara, de valorarlo objetivamente, y de hacer uso de los elementos en cada actitud amorosa para arribar a un patrón satisfactorio y bien balanceado.⁴

Los publicistas, que llamaban las cosas por su nombre, sabían que la finalidad del matrimonio era tanto la feliz culminación de una liga amorosa como el resultado de una elección consciente y razonada, orientada a establecer un hogar cómodo y lleno de productos útiles y valiosos. Las jovencitas de fines de la década tenían una bien definida idea de la felicidad y la realización personal en el matrimonio:

Al hablar con veintenas de jóvenes parejas y de próximas esposas, encontramos que, como regla, sus conversaciones y sueños se centraban en buena medida alrededor de sus futuras casas y su mobiliario, de comprar "para darse una idea", de discutir las ventajas y desventajas de varios productos...⁵

Ellos, al igual que otros profesionistas de las relaciones humanas, no se mordían la lengua al hablar del matrimonio en

4 Dr. Anna K. Daniels, "Five Kinds of Love for Mature Women", en: *Coronet*, enero 1954.

5 Comentario de un experto en publicidad no identificado en Friedan, *Op. Cit.*, "The Sexual Sell", p. 219.

términos impersonales.⁶

El matrimonio, la vida sexual activa dentro de él y el ajuste al rol sexual respectivo, fueron instituidos como los criterios de normalidad adulta de hombres y mujeres.⁷ En particular para las últimas, el matrimonio era fuente de pertenencia y adaptación. Inclusive la libertad que tenían las mujeres modernas de independizarse y seguir una carrera se canalizaba en la educación superior hacia el supremo fin de casarse y no arruinar la relación compitiendo con los hombres, e incidentalmente rehusando el placer sexual, inaccesible a las mujeres dominantes. Las solteras debían de ser infelices, incompletas por regla, frustradas;⁸ las promiscuas, un caso neurótico, y las divorciadas simplemente un hecho lamentable.⁹

Lograr la armonía y estabilidad maritales remitía a la

6 Así en el típico cinismo inglés de una agencia de compromisos matrimoniales británica: "In general, men and women seek approximately the same things in marriage. Women want simply a home of their own, children and companionship. Men expect wife to make for them, to be a companion, a money earner if necessary, to have children and keep them under control. If she is beautiful and a good cook, so much the better!". Heather Jenner Potter, "Miss X, may I present Mr. Y", en: *LHJ*, agosto 1958.

7 Clifford R. Adams, Ph. D., "Making Marriage Work: What Factors Favor Good Sexual Adjustment and a Happy Marriage?", en: *LHJ*, agosto 1958.

8 Un artículo de *Coronet* de junio 1956 ("You: Single Bliss") criticó esta creencia con una encuesta de Floyd M. Mortison en graduadas de preparatoria entre 1945 y 1949: "Single girls were more self-reliant, got along better with their families and friends, made better use of talents and were less frustrated than their married sisters".

9 Cfr. Sirjamaki, *Op. Cit.*, "Family Dissolution". El divorcio era una salida sancionada cuando la unión no proveía los placeres que prometía; pero significaba una pesada losa sobre la reputación. Un divorcio traía consigo vergüenza y un cierto tormento de autoacusación y rechazo, que los amigos reforzaban con indiferencia o desaprobación. el divorcio era, pues, un fracaso personal.

consabida creación de ambientes adecuados. Como era de esperarse, aquéllas se transformaron en los fines de la relación y la condición imprescindible para ser felices. Uno de los cotidianos expertos del *Ladies' Home Journal* recomendó a sus lectoras en 1960: "Si más mujeres consideraran la seguridad y la estabilidad antes de involucrarse mucho en el cortejo, habría menos matrimonios fracasados".¹⁰

Entre el listado de características que las componen, el experto afirmó que la muchacha modelo, entre los veinte y los veintiocho, buscaría un hombre mayor en edad, con el que hubiese tenido un período mínimo de dos años saliendo, que gozará de seguridad económica, y con el que no tuviera diferencias sociales, de gustos y religiosas significativas.

El matrimonio era una institución demasiado importante para dejarse llevar por impulsos que después podían actuar en contra propia. La mejor opción era la conformidad. Talcott Parsons reparó en que sus contemporáneos al acercarse a un individuo de otro sexo lo hacían en cuanto representantes de un grupo particular; salir con la persona adecuada se sujetaba a criterios por medio de los cuales el grupo validaba y daba legitimidad a la relación. La elección encajaba en la orientación social hacia pertenecer al grupo correcto y asegurar un sitio en la comunidad. Estos eran logros de especial valía para las mujeres.¹¹

10 Clifford R. Adams, Ph. D., "Making Marriage Work: How can you tell real love?", en: *LHJ*, marzo 1960.

11 Cfr. Parsons, *Family Socialization...*, "Family Structure".

Las citas entre jóvenes, el tan afamado medio de ejercer el nuevo amor romántico, era en los cincuentas un vehículo de conformidad. Fue, es cierto, un medio de conocerse mutuamente, pero a la vez un juego de competencia y status. Las citas adecuadas servían para construir una reputación; en ellas la prueba de éxito, en un principio, consistía en ser agradable sin involucrarse sentimentalmente hasta encontrar la pareja adecuada. Los jóvenes daban mucha importancia a las citas y a tener parejas. "El *Togetherness* atrae; la soledad no",¹² afirmaban. En una cita se enfatizaba la satisfacción inmediata. De entre ellas se seleccionaba, en el caso de las mujeres, a aquel que correspondiera a las ambiciones de status, a *cool guy*, un ganador, un buen compañero.¹³ Encontrar a *Mr. Right* era crucial en la vida de una mujer; decía la doctrina, aquel "que hiciera las campanas silentes tocar y que súbitamente todo pareciera posible y todos los finales felices verdaderos".¹⁴

12 "Youth The Cool Generation", en: The Saturday Evening Post, 23 y 30 de diciembre 1961.

13 "The partner must be a person who is likeable, whom it's fun to be with, in short, a good companion". Blood and Wolfe, Op. Cit., p. 148.

14 Alice Hamilton, "Nice Girls Don't Lie", en: Saturday Evening Post, 20 de agosto 1960. Ese camino rosa, con todas sus ambiciones materialistas, lo describe prolijamente Maxine Davis:

"As she began to be conscious of sex, her thoughts and daydreams were romantic, not specific. As a child she saw herself as the princess in the tower waiting for her Knight to come a-riding; during adolescence as the prettiest girl in the class going to the prom with the captain of the football team; later as the clever career girl who married her rich handsome boss; as the white satin-gowned bride moving down the aisle on her father's arm to the strains of Lohengrin; as a gay competent young wife in a trim modern home, getting her husband's breakfast, giving parties, having babies, having fun. When she found her One Man and her hero then had a face and a voice and maybe

Los cursos de "Selección de pareja" de preparatoria y universidad en un país en que el amor era democrático y libre tenían lecciones muy sugerentes: no matrimonios mixtos o interraciales (éstos por lo demás prohibidos en 29 estados) ni carrera en vez de familia. Desde principios de la década se movilizaron científicos y psiquiatras en un esfuerzo dirigido a promover la estabilidad familiar a través de la enseñanza e investigación en torno al matrimonio y la paternidad.¹⁵ Las ideas sobre la mecánica de las relaciones personales se llenaron de esa obsesión con el equilibrio, el orden y la benevolencia de lo establecido.

Las chicas tienden a ser muy idealistas en su adolescencia. Piensan que pueden adquirir un diferente repertorio de valores, casarse con un chico de diferente extracción, y que no importará después. Nosotros las hacemos conscientes de que sí importará, para que no se apresuren a un matrimonio mixto y a otras trampas.¹⁶

Estos intentos de control acendrarón la rigidez del modelo, en el que se evitaban en lo posible tales matrimonios en nombre del éxito familiar.

even a convertible, the sexual aspect marriage still failed to dominate her thoughts. He was wonderful, he was handsome, danced divinely, everybody liked him, he had a good job and was sure to go to the top. In short, he had everything. She was the luckiest girl in the world. She was blissful when she was with him and thought about him constantly when they were apart..." Maxine Davis, Op. Cit., "The Sexual Nature of Man and Woman", p. 174-176.

15 "Currently academic instruction [1953] is given in these matters in more than 600 colleges and universities, which is estimated to reach 50,000 students each year; some high schools too, offer similar training, although much more obliquely, in domestic-science courses". Sirjamaki, Op. Cit., p. 75.

16 Mary Ann Guitar, "College Marriage Courses --Fun or Fraud?", Mademoiselle, febrero 1961, citado en Friedan, Op. Cit., p. 169.

El discurso no podía esconder, empero, la verdadera orientación de la elección amorosa. El papel pasivo que le asignaba a las mujeres en el cortejo se mudaría en otro activo y hasta agresivo.¹⁷ Entre las mujeres, el amor parecía tornarse en rutina y la arena de la competencia por el dominio y el control. Seguro o potencial, un estilo de vida era un ingrediente ineludible en la elección; y la posesión del marido, una necesidad al no haber otro medio sancionado de status para el ama de casa moderna. Un consejero matrimonial mostró el caso de una mujer de clase acomodada que eligió un hombre de escasos recursos en rebeldía contra esos valores que resumía en estos términos: "Mi madre usa la posición [de mi padre], su dinero, su influencia en la comunidad, para construir su status social".¹⁸ En cambio, su esposo era, concluía, a diferencia de aquellas imágenes del *togetherness*, demasiado real, demasiado decente.

De la estética a la ética

"La belleza perfecta parece ser el propósito nacional", declaró con agudeza la revista *Vogue* en 1959.¹ *Harper's Bazaar* había ido más lejos en 1955 en declarar aquella la época de "La conciencia

17 "...women are aggressors in suburban status-seeking and their search has the same falseness and unreality as their sex-seeking". Friedan, *Op. Cit.*, "The Sex-Seekers", p. 271.

18 David R. Mace, "My Mother Says He's Common", en: *McCall's*, marzo 1958.

1 "Bosom perfection --the new possibilities", octubre 15, 1959.

de la belleza".² La belleza, continuaba esta revista, se había democratizado gracias a la prosperidad y la liberación femenina, de tal forma que había dejado de ser el monopolio de cortesanas para ser cualidad al alcance de cualquier mujer de clase media: "belleza, o al menos un categórico atractivo, se encuentra al alcance de toda mujer, siempre y cuando ella quiera alcanzarla".

La belleza también había abandonado la pose sedentaria y meramente ornamental de mujeres ociosas e inútiles para ser un atributo más de las vitales, laboriosas mujeres norteamericanas. La belleza era parte del estilo de vida nacional.

La belleza de hoy puede cocinar una comida memorable, pintar una pintura, escribir un libro, trabajar en la oficina, criar una familia feliz y afectiva-- y nadie lo cree extraordinario sólo porque ella es hermosa--.

El atractivo se componía de belleza, dinamismo y estilo individual. Se identificaba, en teoría, con la expresión de la de la propia personalidad y la seguridad en el atractivo natural de cada una; y a la vez, con una actitud positiva, un carácter agradable y relajado.³ La mujer atractiva era por definición madura, es decir, considerada, inteligente, comprensiva, refinada, cálida, tierna, con sentido del humor y muy amigable.⁴ Para decirlo en tres palabras: bella (*beautiful*), encantadora (*glamorous*) y agradable (*lovely*).

2 "The Awareness of Beauty", abril 1955.

3 Elinor Goulding Smith, "How to look half-way decent", en: *McCall's*, febrero 1959.

4 Liberace, "Mature Women Are Best", en: *Coronet*, diciembre 1954.

El encanto no se adquiría de nacimiento, tampoco era un golpe maestro de telas y maquillaje, sino resultado de un cuidado personal continuo, de un esfuerzo sostenido de lucir bien, llevar la dieta y el ejercicio adecuado, ser encantadora con los demás y cumplir con las responsabilidades cotidianas de mujer.⁵ El discurso sobre la belleza despreciaba a la mujer fatal y exaltaba a la compañera modelo, el ama de casa y madre perfectas, que se adoraba por ser llena de encanto y vitalidad, de una belleza física mesurada y de una espiritual desbordante:

No soy diferente del Sr. América promedio. El cree en la mujer madura-- sea su esposa, mujer o compañera--. El le confía su salud, su seguridad, su estilo de vida. El Sr. América ha incluso puesto su bolsa en sus manos. Ella compra lo que él come, amuebla la casa que él habita, con frecuencia compra la ropa que el usa. Ella escoge el entretenimiento al que se entregan, ella selecciona la escuela para sus niños.⁶

Este ideal de belleza agregaba un sentido moral a la sensualidad exaltada de la época; se trató de un modelo perfecto para una clase media que privilegiaba la magia del sexo, y a la vez puso por alto el amor romántico y condenó las relaciones extramaritales. No representaba, sin embargo, una hipocresía. Antes bien, un intento consciente por sujetar patrones que parecían escaparse de las manos incluso a los publicistas, y que descansó en la sincera creencia en la moralidad y en los valores de progreso nacional.

Del ideal pasamos a la noción operante del atractivo,

5 "The Awareness of Beauty", *Harper's Bazaar*, abril 1955.

6 Liberace, "Mature Women Are Best", en: *Coronet*, diciembre 1954.

ajustada a las leyes del mercado y a la promesa sexual. El modelo era inaccesible para la gran mayoría, pero al igual que todos los medios de status en la democracia del hombre común, fueron convertidos en productos, y por lo tanto, comprables. Adquirirlos mantenía viva la esperanza de ascender socialmente. La belleza estaba al alcance de la mano, se decía, y bastaba desearla y aplicarse. Las amas de casa se aplicarían a ello, al igual que siempre, con técnica y dedicación. Se harían profesionales del glamour; buscadoras de cuerpos perfectos y apariencia impecable.

La carrera por la perfección física tocaba una fibra psicológica, el área de la autoestima. Las mujeres de clase media se afanaban por corregir las imperfecciones del cutis, el cabello, las líneas del cuerpo, y claro, de los senos en particular. *Vogue* llamó a ésta "La época de las grandes medidas del busto".⁷ A las clásicas curvas femeninas se agregó el requisito de los senos turgentes en cuerpos esbeltos. Los senos fueron un símbolo femenino por excelencia, tanto así que la operación de los mismos ya no se tachó de vanidad o inseguridad, ni el ejercicio especializado en ellos o la búsqueda del corsé adecuado de exageraciones.

En términos generales, el *glamour* se estandarizó en películas, comics, anuncios y todo lugar disponible. La inteligencia y la personalidad parecían ser menos importantes que

7 "Bosom perfection --the new possibilities", octubre 15, 1959.

los contornos del busto y la cadava.⁸

"...muy pocas de las chicas en la oficina, en el auxiliar de señoritas o en el almacén local pueden calificar como modelo de las bellezas empapadas de glamour que animan los anuncios de películas en el centro. ¿Qué, entonces, debe hacer una chica si sus medidas no concuerdan con exactitud con las de Lana Turner? ¿Retirarse de circulación?", se preguntaba Ted Berkman en 1955. La respuesta la tenían los publicistas, los mismos que determinaban quién lucía bien o quién estaba fuera de circulación: No. Y ello representó a una mina de oro. Berkman notó con precisión la lógica del juego.

Se alienta a [las mujeres] a pensar la atracción sexual como algo esencialmente superficial y, con frecuencia, comprable; una variedad de partes mecánicas ("las piernas", "el cuerpo") que pueden ser ensambladas del mismo modo que un equipo de alta fidelidad.

El encanto femenino se reduce a una remesa de accesorios --lápiz labial, peinado, cosméticos, ropa-- que en vez de tomarse como útiles aditamentos para la personalidad individual, se convierten en la esencia de la persona, la poción mágica que posibilita la identificación con la muñeca de ensueño del momento.⁹

La mistificación de la belleza sirvió a los propósitos corporativos de consumismo, pues en la industria de la belleza se aplicó con todo rigor posible las normas de obsolescencia planificada, como lo hizo ver el implacable crítico Vance Packard.¹⁰ Concentrémonos por un momento en las modas prevaeciente en los cincuentas.

8 Ted Berkman, "The Cult of Super-Sex", en: *Coronet*, junio 1955.

9 *Idem*.

10 *The Waste Makers*, "Planned obsolescence of Desirability".

Las imágenes que se proyectan en revistas y películas de la época son muy variadas y sólo podrían identificarse en rasgos muy generales. La moda cambiaba regularmente y la impresión que nos queda es la de mujeres probando nuevas ropas y estilos en un cuento de nunca acabar. Las empresas de la moda entendieron la necesidad psicológica de esas mujeres de apoyarse en la moda y la manipularon abiertamente. Un diseñador resumió tal política en términos claros:

El diseño...es un intento por contribuir a través del cambio. Cuando no se hace una contribución o no es posible, el único proceso disponible para dar la ilusión de cambio es la "estilización". En una sociedad tan comprometida con el cambio como la nuestra, la ilusión debe proveerse para el cliente si la realidad no está al alcance.¹¹

Un vestido no se estropeaba tan rápido como pasaba de moda y ello obligaba a comprar otro a la mujer insegura o insatisfecha de clase media. El truco consistía en llevarlas a esa inseguridad e insatisfacción. La industria de la moda se convirtió en el modelo para el resto de las industrias. B. Earl Puckett, presidente de la *Allied Stores Corporation* apuntó: "Es nuestro trabajo hacer a las mujeres infelices con lo que tienen... Debemos hacerlas tan infelices que sus esposos no puedan encontrar paz o felicidad en sus excesivos ahorros".¹² Lo que sucedía con los vestidos se reproducía en el calzado femenino, los cosméticos y hasta el peinado.

11 Palabras de George Nelson en *Industrial Design*, citadas en Packard, *Idem.*, p. 59.

12 *Idem.*, p. 61.

Fue este proceso de incitación al consumo el que constituyó en última instancia los cambiantes estereotipos de belleza en los cincuentas, que marcaron la fachada personal de un buen estilo de vida y que sirvieron de arma de imperialismo interno. Al poner al alcance de un bolsillo lleno o una tarjeta de crédito las promesas del bien vivir, desde la cultura hasta el romance, y establecerles un parámetro, los publicistas determinaron el americanismo en la vida cotidiana. David Riesman, con su acostumbrada profundidad, afirmó: "Si una minoría acepta la definición de la mayoría del verse bien, esperaríamos que la definición de conducta esa mayoría sea, del mismo modo, aceptada. Y así sucede".¹³ Y esta era la lógica del *melting-pot*, el paso de las reglas de la estética a las de la ética social.

Democratización del orgasmo

"No quiero ser descartada como a un viejo portero toda mi vida", decía entre sollozos la protagonista de una historia de romance, "Quiero ser una mujer. Ya no quiero ser honesta y decente; quiero que me chiflen al pasar. ¡Quiero ser mañosa y astuta e infame y sexy!".¹ La sobreestimación y cosificación del capital erótico del ama de casa, aquel que le permitía atrapar y poseer al marido, llevó por igual al culto a la belleza física que al del sexo como una experiencia inigualable, que curaba las tensiones y

13 Op. Cit., "A Philosophy for 'Minority' Living", p. 58.

1 Alice Hamilton, "Nice Girls Don't Lie", en: Saturday Evening Post, 20 de agosto 1960.

problemas mundanos. Análogamente al destino del sublimado hogar suburbano, los valores de la cultura de los negocios y el dinero se habían introducido en el mundo íntimo y privado de la pasión.²

Un ama de casa moderna esperaba del marido romance y satisfacción sexual tanto como seguridad material. Cada una de éstas adquiría un valor por separado en una cultura del consumo que privilegiaba la satisfacción inmediata y personal como cura a las ansiedades de status. La relación de pareja se vería afectada en un alto grado, pues el sexo ya no sería exclusivamente un asunto de encanto y sentimiento. Los que no se adecuaban al estilo y las demandas del modelo de promesa sexual se inhibían o eran excluidos de la competencia.³ La falta de satisfacción sexual se volvió una marca de fracaso, un motivo más de frustración y ansiedad.

Hugo A. Bordeau, experto en vida matrimonial, documentó en un artículo de 1958⁴ la presión de la propaganda en los medios, que incluía la creada por los populares expertos en vida familiar, para hacer de la necesidad, preparación y consumación del sexo una preocupación que dominara la vida de las mujeres. La literatura sobre el matrimonio, agregó, enseñaba que los matrimonios infelices siempre implicaban incompatibilidad sexual,

2 Cfr. Rowbotham, *Op. Cit.*, p. 56.

3 Cfr. Berkman, *Op. Cit.*

4 Hugo A. Bordeau era director ejecutivo del Baltimore Marriage Counseling Service. Aquí me refiero a su artículo "Myths that imperil married love", en: *Coronet*, diciembre 1958.

y los felices llenaban con su desempeño sexual los huecos de la felicidad hogareña. El ajuste sexual había sido peligrosamente sobrevalorado.

Esta incesante propaganda ha sido demasiado exitosa. La esposa norteamericana empieza a sentir que debe buscar la satisfacción sexual o su vida se volverá vacía. Ella se tortura tratando de vivir de acuerdo a lo que se le dice que es comportamiento femenino normal. Finalmente, ella llega a considerar el sexo, no como una natural y hermosa relación humana, sino como un juego que ha de ser jugado con sagacidad e inteligencia

Esta parecía ser la causa de un problema mayor, a saber, que las mujeres buscasen activamente la gran experiencia no sólo dentro del matrimonio. El sexo empezaba a acaparar un mayor tiempo en sus vidas, casi siempre en forma de fantasías.⁵ Berkman agregó que el sexo se abarataba al nivel de una divisa sin valor que invadía todos los aspectos de la vida norteamericana a modo de una gran fantasía nacional.

Y en realidad ponía en un dilema moral al matrimonio y amenazaba con romperlo por la parte más delgada, pues su fuerza dejaba de lado las demás ventajas supuestas del *togetherness* suburbano.

Encontramos que si una mujer no obtiene la gratificación que ella considera debe, tal vez decida buscarla fuera de casa. La propaganda actual la ha convencido de que una enorme experiencia viene a ella, y que ella bien puede decidirse y conseguirla en brazos de otro hombre.⁶

El daño más grave al modelo no eran los intentos, según

5 Cfr. Friedan, *Op. Cit.*, "The Sex-Seekers".

6 Bordeau, "Myths that imperil..."

Friedan menos reales que imaginados, de infidelidad, sino la refutación de la naturalidad del matrimonio que proponía. La elección matrimonial era un medio de competencia; en este caso, por el clímax sexual.

El fino equilibrio del discurso sobre el amor parecía a fines de la década en franco peligro. Es momento de resumirlo para conocer como aspiraba a contener los impulsos creados por la sociedad de la abundancia. La Dr. Anna K. Daniels lo expresó de la manera más sucinta y correcta en un artículo sobre la madurez emocional.⁷ La relación adulta combinaba el romance, que predominaba en los medios de comunicación y en la cultura norteamericana, pero que no ofrecía una base sólida porque era demasiado hermoso y demandante; el placer sexual, indispensable para la vida marital feliz; la procreación, que sancionaba el anterior y daba trascendencia a la relación; el amor espiritual, que sin la atracción era nada. Ninguno por separado debía ser un fin en sí mismo. La combinación de todos ellos era asequible sólo al formar equipo con el hombre adecuado y a través de la fidelidad conyugal y la vida familiar. El idealismo juvenil debía asentarse en una relación realista y práctica. Esta noción se orientaba a exorcisar la contradicción de la popularidad del embarazo, el matrimonio y el placer sexual, aunada a un concepto comercial y hedonista, y sujetarlos a la consolidación del núcleo familiar, a la exaltación de la femineidad y del papel del ama de casa.

7 "Five Kinds of Love for Mature Women", en: *Coronet*, enero, 1954.

Madurez y especialización erótica

El supuesto freudiano de que la anatomía es destino se aplicó con todo rigor en esta década. La madurez emocional se asimiló a la adaptación al rol sexual correspondiente. Si la vida de un hombre se periodizaba de acuerdo a sus logros, la de una mujer se dividía por acontecimientos biológicos: el principio de la menstruación, la pérdida de la virginidad, los embarazos y partos, y finalmente, la menopausia. El matrimonio para ellas representaba la entrada a la normalidad adulta.

El rápido despertar a la sexualidad en las jovencitas fue motivado por la presión de los mismos padres hacia el desarrollo precoz y la preparación temprana encaminados a la competitividad y el triunfo, que en ellas dependía en una gran proporción de la estimulación de su atractivo erótico. La femineidad era vista como un signo de madurez y avance.

Coronet reportó en 1959 que el uso de lápiz labial por las preparatorias, a diferencia de la actitud prevalente en los treintas, no era motivo de molestia o alarma. La Dra. Mary Cover Jones agregó: "El lápiz labial simboliza, tanto como un solo artículo podría, la sensibilización en la adolescencia temprana hacia un nuevo rol sexual y hacia estar creciendo".¹

Más ilustrativo es el caso, reportado por la misma revista, de una niña de diez años que juega a ser adolescente y a alcanzar la madurez sexual. Se miraba largas horas al espejo y

1 Coronet, Julio 1959, "All about you: Lipstick Checkup".

experimentaba con peinados y poses glamorosas; practicaba citas con pretendientes e imitaba a sus ídolos juveniles. "Tras la simulación", decía su padre, "está la realidad de estar creciendo. Por eso no nos preocupa que Laurel 'finja'. Para ella, simular es en realidad prepararse para la vida".² Y en un artículo de *Pageant* sobre la crianza correcta se le aconsejaba a la madre estos hábitos: "Usted ayuda a su pequeña hija a sentirse cómoda en la presencia de varones; al elogiar el pastel que ella hornea, le enseña orgullo en ser ama de casa; al ayudarla en conocer los placeres de ser femenina, la ayuda a pavimentar el camino a un posible matrimonio feliz".³

Pero esta precocidad pronto causaría consternación ante los padres y confusión sobre la moral del matrimonio. La búsqueda de sexo relajó la norma de las relaciones exclusivamente maritales. Los jóvenes corrían muy pronto a él, así que se fue haciéndose un estándar establecido las relaciones sexuales cuando se pensaba que los lazos ya eran muy estrechos o se había encontrado a la pareja correcta. A este patrón se le nombró "permisividad con afecto".⁴ Lo producía una evidente contradicción cultural. "Nuestros anuncios, drama, películas y literatura, señalan con insistencia a las mujeres la gran meta: ser bellas, ser

2 Dan Ornitz (fotos) y Richard Kaplan (texto), "Pretend" teenager", en: *Coronet*, julio 1959.

3 Theodore Irwin, "Why Pops Flop", en: *Pageant*, marzo 1958.

4 Ira L. Reiss, Ph. D., "Our changing premarital morals", en: *Coronet*, diciembre 1960.

atractivas, ser populares, tener romance. Mientras no permitimos que estos deseables atributos lleven a su conclusión lógica hasta que la ceremonia nupcial tenga lugar", apuntaba el nuevo reporte del Instituto Kinsey en 1958.⁵ Un número indeterminado de embarazos prenupciales (y abortos) provenía de estos hábitos. La salida alternativa, hallaron las jovencitas, fue casarse a más temprana edad.

"El matrimonio es lo verdadero", escuchaban todo el tiempo. Las jovencitas empezaban a unirse en matrimonio mientras cursaban la preparatoria; muchas no esperaban los anhelados dieciocho, y los diecisiete, la edad precisa para iniciar su coqueteo, probablemente les llegaría ya esposadas. Un reporte de chicos acomodados de Tucson que cruzaban la frontera para casarse en Nogales, Sonora, nos da algunas claves para entender el problema. El dinero, la oportunidad de estudiar sin trabajar, el poseer carro y unos padres que podrían mantenerlos aun casados para que terminaran la escuela, les posibilitaba realizar esta aventura. "Los jóvenes tienen que hacer lo que la "pandilla" hace. Si la pandilla se casa a los quince, eso es lo que quieren hacer", relató una madre. "Los niños no pueden esperar a crecer estos días (...). Piensan que el matrimonio es una suerte de magia que los llevará a la madurez de la noche a la mañana."⁶ Los padres no quedaban exculpados de esta confusión juvenil. Según la misma

5 Ernest Havemann, "The new Kinsey Institute report. Pregnancy, birth and abortion", en: *McCall's*, marzo 1958.

6 Betty Coe Spicer, "Teenage Secret Marriage Epidemic", en: *LHI*, marzo 1960.

madre: "Los padres están demasiado obsesionados con perseguir el todopoderoso dólar e imitando a los *Joneses* como para cuidar a sus niños. Los niños necesitan la seguridad de la disciplina. La necesitan más cuando están seguros de necesitarla menos --cuando son jóvenes--". Los chicos buscaban en el matrimonio aquello de lo que carecían en su vida familiar, a saber, seguridad, apoyo, madurez.

Una historia de ficción de 1958 dramatiza el problema de manera por demás lúcida. Una joven decide casarse sin el conocimiento de sus padres y se niega a ir a la universidad. Estos no le habían preparado una carrera, sino que creían que en la universidad se encontraban los mejores partidos. Su padre, abogado, consciente de los problemas de las parejas jóvenes e inexpertas, intentó romper la relación, pero al fin la acepta, ya que inexplicablemente estaba haciendo madurar a su incorregible hija.

--"Sé que tipo de vida quiero". Anne dijo [a su madre].
"¡Sólo quiero casarme y tener mi propia casa. Honestamente, madre, los chicos no se casan con graduadas de la universidad!"

--"¿Sabes lo que veo en la corte todos los días? [replica el padre] Matrimonios así. Chicos sin conciencia que se han equivocado tanto como han podido, que vienen a la corte con bebés en brazos porque uno u otro se ha fugado, y los dejó con nada que recordar más que problemas".

--"(...)[Anne solloza] David y yo pensamos de la misma forma y queremos las mismas cosas, el mismo estilo de vida. Nunca quise ir a la Universidad. Quiero casarme. Tengo dieciocho. He tenido mi licencia por casi dos años y he sido capaz de dar a la luz por más de cinco. Tú ni siquiera has tratado de conocer a David, y he

salido con él por dos años".⁷

Los jóvenes parecían ignorar las verdades duras del matrimonio. En el afán por abrazar los frutos de la prosperidad, se privaban de ellos al renunciar a una carrera y a un ingreso propios, y en caso de tener hijos pronto, a las satisfacciones de una vida social activa. Para fines de la década éstos ya no eran casos aislados sino un problema nacional.

Mística femenina

...los conflictos del papel femenino en el matrimonio no son enteramente quiméricos o académicos. Estos surgen de las contradicciones existentes en el status de las mujeres en la sociedad. Legalmente, ellas gozan de derechos que las colocan en un plano igual con los hombres y se mueven libremente en cualquier lugar de la sociedad actual. De acuerdo al censo federal, ellas muestran la mitad de un grado más de escolaridad que los hombres y alcanzan una media de un semestre de educación universitaria. Su escolaridad es comparable a la de los hombres, aunque su productividad intelectual adulta no lo es, un hecho justificado por partisanos como debido al encarcelamiento en el matrimonio, donde no pueden emplear su aprendizaje. Ellas tienen oportunidades muy aumentadas en la política y otras esferas de la vida. A pesar de estos avances (...) las mujeres continúan en inferioridad social frente a los hombres (...). Los hombres reciben mayores privilegios en casi cada área de la vida, mientras a las mujeres se les reducen inclusive en muchos de sus movimientos cotidianos por la necesidad de acomodarse a lo que la opinión pública considera como comportamiento correcto y propio de ellas. Este control sobre ella acompaña las ambiciones sociales que abrigan y sus tipos de empleo. La sociedad quiere para ellas un ideal de mujer femenina (...), un aditamento amoroso a la más robusta inteligencia de su esposo; y ellas violan esta imagen bajo su propio riesgo.

Sirjamaki, *The American Family*, 1953.

7 Camilla R. Bittle, "Birth of a marriage", en: *McCall's*, junio 1958.

¿Dónde radicaba el malestar en las relaciones familiares?, se preguntaban con mayor asuidad los expertos de fines de la década. Si ya Sirjamaki, y quizá otros, había localizado la tensión básica tiempo atrás, el espejismo del modelo familiar impedía reconocerlo como problema. Al menos desde 1958 es posible rastrear la disconformidad de muchos de ellos a la doctrina que debían defender. Fue en este año de recesión que Betty Friedan, articulista, empezó a escribir su The Feminine Mystique, publicado cinco años después. El argumento más afortunado de esta obra nos habla de un afán normativo sobre las mujeres de los cincuentas que iba contracorriente con las oportunidades reales de empleo y emancipación femeninas. La mística femenina se definió básicamente como una falsa disyuntiva entre profesión o familia, impuesta a una generación orientada a una carrera y consciente de la proletarización del trabajo doméstico. Friedan concluyó que la glorificación del trabajo doméstico empujó a muchas a la renuncia voluntaria a compromisos intelectuales y al trabajo comunitario desafiante. La profesión ama de casa incapacitaba a las mujeres para enfrentar la competencia que requiere el mundo profesional, en caso de que éstas decidieran volver al trabajo.

La mística femenina fue parte integral del proyecto de la democracia del hombre común y del ejercicio de la voluntad de poder corporativa. Sus canales de expansión formales se encuentran en los medios de comunicación y la educación práctica. Gracias a ella, la familia pudo colocarse como la unidad

funcional del sistema, con lo cual su perpetuación, de acuerdo a las creencias científicas de la época, estaba asegurada. El nexa entre las diferentes expresiones de la ética social en la vida cotidiana de E.E.U.U. se encuentra en el término *togetherness*.¹

El discurso sobre el *togetherness* familiar era optimista; reconocía la igualdad de derechos, a la vez que la disparidad de intereses y funciones entre el hombre y la mujer en el marco conciliador de la familia. Concebía la historia de las relaciones maritales en E.E.U.U. como el paso gradual de la represión a la liberación del autoritarismo patriarcal, a la autonomía y la democracia en el hogar, de la obligación conyugal al placer sexual. La independencia de la mujer moderna se había realizado en todo terreno, esto lo desglosó Maxine Davis en tres partes. "Una es la libertad económica reforzada por la educación, salud y fuerza física, para todas menos un limitado número de sus actividades; otra consiste en sus derechos legales en la propiedad y en el matrimonio; y la tercera es la gratificación sexual con el embarazo opcional".²

Las mujeres de los treinta habían aprovechado, se afirmaba, los avances del feminismo, pero se olvidaron de los excesos y del

1 Walt Disney lo identificó con el trabajo de equipo en la industria y los negocios ("What Togetherness means to me", en: *McCall's*, junio 1957). Maureen O'Sullivan agregó que describía el amor, la unidad, la lealtad y las mejores cosas de la vida, por no decir un deber religioso ("What Togetherness Means to me", en: *McCall's*, septiembre 1957).

2 Maxine Davis, *Op. Cit.*, p.9.

enfermizo anhelo de imitar a los hombres. Las mozelas de los cincuentas simplemente recogieron sus frutos.

La chica de los treintas olvidó sus derechos de igualdad y por necesidad empezó a concentrarse en hacer uso de ellos.

La joven de hoy sabe poco o nada de esto, excepto históricamente. La chica que hoy alcanza la edad universitaria no tiene la más brumosa idea de por qué su madre comenta con frecuencia "¡la joven generación es tan conservadora!" Y las ocasionales historias de la abuela de la gran lucha por la libertad y todo lo que esa victoria representó no son dramáticas o interesantes, sino aburridas.³

La mujer moderna se había emancipado también de las viejas ideas, y de nociones y aspiraciones falsas.

La mujer de hoy está aprendiendo qué gobierna su estructura emocional, sus límites y sus potencial. Lo que sus predecesoras no sabían, lo que su contraparte victoriana habría evadido, ella lo maneja con franqueza. Ella está desenredando los misterios de la femineidad, del ser esposa y madre.⁴

Al manejar correctamente esa libertad, con el conocimiento de la determinación hormonal de su destino, adquiriría mayor poder real al monopolizar las responsabilidades de la vida familiar.

La democracia en la pareja se basaba en la igualación de poder y autoridad en el marco de la diferenciación de roles.

Estas transformaciones en las relaciones familiares, celebraba Maxine Davis, habían sido benéficas ya que fortalecían el núcleo familiar. No se discutía el derecho femeníl de trabajar fuera de casa ni se les imponía la sumisión a las actividades hogareñas. Las mujeres estaban capacitadas para ganar un salario;

3 Idem., p. 16.

4 Anuncio, "What Today's Woman Knows about Herself", en: *Coronet*, agosto 1958.

no se les criticaba si optaban por vivir solas o divertirse con sus amigos. Mas ellas aceptaban las responsabilidades familiares en una elección responsable. No reemplazarían egoístamente a la familia por una carrera. Su trabajo constituía en la mayoría de los casos un requisito para alcanzar un buen status económico familiar. Las mujeres educadas formaban las principales contribuyentes al *baby boom*, con dos o tres hijos y un matrimonio a temprana edad, apoyado por su salario en ocasiones.

Una ocupación, de haberla, era un medio práctico de hacer valer su femineidad. La estrategia de trabajo cíclico para trabajar sin interferir en la correcta crianza parecía otra más de las inclinaciones naturales de la madre. La compulsión por competir en el mundo profesional se había borrado del mapa para las norteamericanas, y ésta era la mayor victoria.

Del desafío intelectual al ajuste sexual

La inmigración a las fronteras de la prosperidad guardaba un rasgo característico para las mujeres: "Los sociólogos apuntan que un rasgo distintivo de estos suburbios es el hecho de que las mujeres que los habitan tienen una mejor educación que las ciudadinas, y que la gran mayoría son amas de casa de tiempo completo".¹ La razón no era simplemente la sustitución del trabajo o la carrera universitaria por un avance social verdadero, que no dudo lo fue para muchas. Era un fenómeno

¹ Friedan, *Op. Cit.*, "Housewifery Expands to Fill the Time Available", p. 243.

inesperado. La abundancia de posguerra trajo consigo una revolución en las oportunidades educacionales para hombres y mujeres. Así, el número y porcentaje de mujeres que abandonaba un porvenir profesional creció considerablemente; mientras el número de mujeres casadas de clase media en empleos considerados propios de su sexo contemplaba un aumento sostenido.

La educación misma tenía mucho que ver. La competencia entre los sexos fue tratada como un anacronismo producto de los perniciosos dictados de la educación progresista, promotora de la inconformidad de las norteamericanas con su rol natural. Con anterioridad se había establecido que el ama de casa con pretensiones reprimidas de una carrera constituía el principal peligro para la reputación de los roles de esposa y madre, y por ende, para la institución familiar. La investigadora Della Cyrus escribió en 1947 que los fines para los que eran educadas sus compatriotas y el confinamiento en el hogar se excluían.² La solución propuesta por los expertos en familia, obsesionados por la posible desintegración de ésta, fue la educación al servicio de la vida familiar.

El proyecto de educación práctica se avocó a estructurar un curriculum que distinguiera los roles naturales de los sexos y preparara a cada uno a su papel social correspondiente. La preparación formal para el oficio ama de casa empezaba en la secundaria. Un superintendente explicó a William Whyte:

² Cfr. Evans, *Op. Cit.*, "The Cold War...", que menciona el artículo "Why Mothers Fail" de Della Cyrus, publicado en *Atlantic Monthly* 179, marzo 1947.

Todo aspecto de la vida de los grupos familiares está abierto al estudio. Las unidades de estudio incluyen manejo del dinero, relaciones sociales cotidianas, cuidado de enfermos, nutrición y manejo de los alimentos, vestido y casa de la familia, y preparación para el matrimonio. Se usan los recursos de la casa y la comunidad. Se pone énfasis en la "responsabilidad compartida" en construir un hogar feliz y exitoso.³

El despertar académico a la femineidad doméstica empezaba muy temprano. Pero el mayor énfasis en las ciencias del hogar se impuso en las universidades. La educación superior representaba un símbolo de prestigio de la clase media y la tarjeta de presentación en el mundo corporativo, incluso de la esposa modelo de *Mr. Tycoon*. Los militantes funcionalistas llenaron los planteles. "Virtualmente cada colegio conduce ahora clases sobre matrimonio y vida familiar", reportaba *Coronet* en 1950.⁴

Instituciones como la *Bowling Green University* de Ohio han comenzado cursos sobre los problemas sexuales inmediatos de los estudiantes -- citas, matrimonio, relaciones y la familia-- . Al formar sus ideas sobre estas materias a través de discusión inteligente, es menos probable que jóvenes y jovencitas sean tomados con la guardia baja cuando adviertan de súbito la fuerza de sus propios deseos.

Sin contar el apoyo de los vulgarizadores del freudianismo en la sociología, la antropología, la Historia y la Literatura. Si la sexualidad y el cortejo habían perdido los atavíos moralizantes en estos cursos, tal no era propósito principal.

El resultado esperado, cumplido cabalmente, fue que a pesar de un número creciente de universitarias entre la clase media,

3 Whyte, *Op. Cit.*, p. 432.

4 Robert Stein, "Sex on the Campus?", mayo 1950.

hubiese menos profesionistas mujeres que en décadas anteriores. La universidad se convirtió en el mejor ambiente para capturar un buen partido y la educación femenil se puso en manos de hombres.⁵ La mujer moderna, se concluía, completaba su educación para redondear el modelo de salud, belleza, educación, dinamismo; capacitarse mejor para su papel de técnica del hogar. Trabajar sólo se justificaba en cuanto medio para adelantar el matrimonio o ayudar al hombre elegido a completar sus estudios. Se desalentaban la competencia y el compromiso profesionales.

..cuando los economistas del gobierno del estudio de "fuerza de trabajo femenina" visitaron los campus universitarios, encontraron a las jóvenes despreocupadas por la probabilidad estadística de que pasarían veinticinco años o más de sus vidas adultas en empleos fuera de casa. Incluso cuando es casi seguro que la mayoría no pasaría su vida como ama de casa de tiempo completo, los educadores sexistas les habían ordenado no hacer planes de una profesión por medio a estorbar su ajuste sexual.⁶

La tercera parte de ellas se vieron obligadas a trabajar, se encontraron en su mayoría atrapadas en empleos de medio tiempo mal remunerados. Habían sido de hecho incapacitadas para una ocupación valiosa. Una vez alejadas del oficio ama de casa, como ocurrió con la misma Friedan, podían hacer la comparación y valorar la educación que habían recibido. Una universitaria del *Smith College* comentó a Friedan en 1959 que:

Quizá deberíamos tomarlo con más seriedad. Pero nadie quiere graduarse e involucrarse en algo que no pueda usar. Si tu marido va a ser un *organization man*, no

5 Cfr. Friedan, *Op. Cit.*, "The Sex-Directed Educators".

6 *Idem.*, p. 167.

puedes tener demasiada educación. La esposa es muy importante para la carrera del marido. No puedes interesarte mucho en el arte o algo parecido.⁷

Fue en los últimos años de la década y en los primeros de la siguiente, que la educación práctica sexista mostró sus consecuencias lógicas. Una de ellas, el artificial desapego a la cultura y la instrucción laboral; otra, el precoz despertar a la sexualidad, cuyos males no parecían tener otra solución que ligeras modificaciones a los programas de estudio.

Las chicas norteamericanas empezaron a casarse en la preparatoria. Y las revistas femeninas deploraron las desventuradas estadísticas sobre matrimonios jóvenes, urgiendo a que se implantarán cursos sobre matrimonio y consejeros matrimoniales en las secundarias.⁸

El índice de mujeres que abandonaba la universidad para casarse sobrepasó el 50% a inicios de los sesentas. Los profesores aprendieron a no tomar con seriedad a las estudiantes, que con toda probabilidad no ejercerían. Y de llegar a hacerlo, otros obstáculos como la discriminación en la paga y los ascensos, en la lógica de su dependencia conyugal, las desalentarían.⁹

De esta forma lograron revertirse los efectos de la revolución en las oportunidades educacionales femeniles y acabar con las ambiciones de una profesión. Pero no podemos olvidar la teorización académica del rol femenino, es decir, el enfoque funcionalista.

7 Idem., p. 155.

8 Idem., p. 16.

9 Cfr. Sherron, Op. Cit.

Adaptación o desintegración

El funcionalismo no es más que una teoría del consenso, la expresión de la ética social en las ciencias. Formó parte de esa utopía de aplicar las mismas técnicas de las ciencias naturales a una ciencia exacta de los hombres en aras del bien supremo de la armonía social; y del no menos utópico gobierno de una élite científica.

La construcción teórica del funcionalismo es interesante por varias razones. En primer lugar, su afán consciente de justificación de lo establecido, su énfasis en el paso de las expectativas sociales como criterio de conducta individual, que cargaron de ideología sus pretensiones de método empírico. Por otra parte, su reconocida utilidad social, sus funciones de control y adaptación; más que normativa, fue una ciencia manipulativa.

Talcott Parsons, y su estudio de la familia norteamericana, revela las conexiones orgánicas entre sociología, psicología freudiana y los estudios de relaciones humanas. Unidad que se repite, de acuerdo a Friedan, en la antropología cultural de Margaret Mead y sus seguidores. No fue casualidad que Lynn White, presidente del *Mills College*, hubiese propuesto en 1950 educar a las mujeres en las constructivas materias de sociología, psicología y antropología, y no en las ciencias puras.¹

El funcionalismo fue otro más de los medios de control y

1 Cfr. Friedan, *Op. Cit.*, "The Sex-Directed Educators".

erradicación de las enfermedades personal y social; pretendía ser a la sociedad lo que el psicoanalista al paciente. Una ciencia de dictados apriorísticos y prácticos. En cuanto a su origen, funcionó como una ideología que justificaba la importancia social de los directivos, el gobierno,² y sobre todo, de los técnicos y expertos corporativos. En cuanto al orden familiar, el funcionalismo apoyó sutilmente la analogía entre la anatomía y la conciencia, el rol sexual y el social, que predominó en el ambiente académico norteamericano de la época.

Los expertos en vida familiar consideraban que ésta se veía amenazada por ciertas tendencias contrarias a su equilibrio. Sirjamaki escribió en 1953³ que los roles familiares de un padre proveedor y una mujer hogareña estaban determinados culturalmente y que su estandarización era indispensable para que la familia cumpliera su función social. Sin embargo, reconocía que este panorama era opuesto a la tendencia que iba difundándose en el seno de las clases medias hacia una mayor libertad y variedad en el comportamiento individual. Según nuestro autor, la adaptación de las mujeres a su rol natural era sorprendente; empero, por medio de las mayores oportunidades educativas, la inmensa diferenciación laboral en la industria y las exigencias de la democratización económica imperante, era muy probable que la movilidad social y la expresión personal terminaran por imponerse

2 Sobre la justificación funcionalista del papel del gobierno norteamericano, léase Parsons, "The Social Strains...", en: Bell (ed.), *Op. Cit.*

3 *Op. Cit.*, "Aspects of Family Living".

como valores para ambos sexos sin distinción. Tal perspectiva era peligrosa.

Aunque el mismo Sirjamaki anunció que la solución se estaba poniendo en marcha en el *togetherness* de clase media, su optimismo no podía ser tan acentuado y olvidadizo de las tensiones como el del maestro del funcionalismo Talcott Parsons.⁴ Desde un principio, Parsons fue consciente de que el confinamiento de la mujer en el trabajo hogareño la aislaba de los medios externos, únicos, de verdadero poder. Mas su teoría, abierta exclusivamente a los cambios que perfeccionaran el sistema, no contemplaba transformaciones cualitativas; su propósito fue reforzar el papel femenino de esposas y madres, y dar fórmulas para rescatar y perfeccionar el modelo familiar, al extirpar toda posible anomia.

El modelo consistía en una familia nuclear compuesta por los padres y los hijos dependientes de ellos, en lugar separado y económicamente autosuficiente con base en el trabajo paterno, del que dependían asimismo el status, la forma y estilo de vida, así como el lugar dentro de la comunidad de nuestra familia modelo.

Parsons partía de la premisa de que esta configuración era la más apropiada al sistema económico producto de la nueva revolución industrial; el hogar era la piedra angular del equilibrio social. En su diagrama, la familia compartía las

⁴ A menos que indique otra cosa, las referencias provienen de la obra colectiva que dirigió Parsons *Family, Socialization and Interaction Process...*, y sólo de los capítulos que él mismo escribió.

orientaciones del sistema social hacia la seguridad y los logros materiales, pero su papel se reducía a ser un subsistema del gran todo social; proporcionaba un medio de socialización para los niños y de estabilización de la personalidad adulta.

La manera en que se definían los roles dentro de la familia derivaba igualmente de la diferenciación y especialización de papeles dictada por el sistema económico. La comparación con el mecanismo productivo terminaba en analogía: los roles eran diferenciados y complementarios, equivalentes y no opresivos en relación con el propósito último, el cual afrontaban en cuanto unidad indiferenciada.⁵ Así, se adjudicaba al esposo la tarea de involucrarse en una ocupación, mientras su mujer debía concentrarse en sus funciones hogareñas y de crianza, incluso si era preciso que trabajara, sus posibles ocupaciones no desafiarían las prerrogativas de dador de status e ingreso familiares del hombre de la casa. El funcionamiento correcto de este orden aseguraba no sólo el bienestar sino el amor, la madurez y la satisfacción sexual a las mujeres de clase media.

El autor se dio el lujo de elaborar un diagrama de los papeles de cada miembro familiar basado en buena parte en presupuestos psicoanalíticos y sentido común de sociólogo. Lo llamó "eje instrumental-expresivo y de jerarquía". Este contemplaba cuatro tipos fundamentales de roles, entendidos como un conjunto de valores operantes y un patrón de conducta determinada dentro del grupo. Tales papeles respondían y eran

5 Cfr., "The Organization of Personality as a System of Action".

moldeados por presiones sociales.

El papel del padre es, relativo a otros, alto en poder y en "instrumentalidad"--por tanto, bajo en "expresividad"---. El papel de la madre es alto en poder y en "expresividad", por tanto, bajo en instrumentalidad. El papel del hijo es bajo en poder, pero alto en instrumentalidad; el papel de la hija bajo en poder, pero alto en expresividad --por tanto, bajo en instrumentalidad--.⁶

El área instrumental implicaba relaciones fuera del círculo familiar y la orientación a fines exteriores, una conducta adaptativa y la contribución al equilibrio social, en otros términos, una ocupación y la participación en otros ámbitos sociales. Mientras tanto, el área expresiva, la de la mujer, se identificaba con los asuntos internos de la familia, el mantenimiento del buen estado de las relaciones entre sus miembros y la regulación de las tensiones; en otros términos, el mundo sentimental y amoroso. Una de las características del ser mujer era desarrollar el aspecto erótico.

Se espera que el esposo sea un "buen proveedor", que sea capaz de asegurar una "buena posición" en la comunidad para la pareja. Por otro lado, se espera que la madre desarrolle las habilidades en relaciones humanas que son centrales para hacer armónico y agradable el hogar para ambos. Se espera que ella sea "atractiva", "encantadora", etc. Esto es también un patrón institucionalizado compuesto de valores compartidos con otras mujeres, como el de su esposo es compartido con otros hombres.⁷

La madurez se entendía como una adaptación al rol sexual correspondiente. De esta manera, los niños pasaban al estado adulto superando el plano expresivo que guardaban frente a su

6 "Family Structure and the Socialization of the Child", p. 45.

7 "The Organization of Personality...", p. 166.

madre y elevándose al instrumental en el eje de autoridad. Para ellos no había vuelta atrás; se proyectaban hacia una familia distinta, a una ocupación y a la vida pública. Las niñas reproducían su rol expresivo; no eran obligadas a evolucionar en la misma forma que sus hermanos. Las jovencitas, por tanto, eran más proclives a tendencias regresivas; sus problemas adaptativos eran mayores. Su desarrollo erótico exigía, para ser balanceado, el matrimonio y la maternidad.

Incluso en la crianza había diferencia en los roles de los padres.

Permisividad y apoyo, entonces, tienden a enfocarse en el papel materno en la forma de cuidado continuo en la crianza, y expresión del amor. El aspecto más disciplinario, sin embargo, se enfoca en el papel paterno, sobre todo en la negación de la reciprocidad y la manipulación de recompensas positivas por un desempeño adecuado.⁸

Asimismo, los roles complementarios habían llevado a una preocupación mayor acerca del amor romántico y la satisfacción sexual. Preocupaciones más allegadas a la mujer. La gratificación y la satisfacción eran importantes para la personalidad femenina. Los hombres, a su vez, proporcionaban el placer erótico y el bienestar material. El éxito y logros de todo tipo les eran relevantes. "El papel del marido, esto es, es prototípicamente más cercano al papel 'madre', que el de la esposa al del papel 'niño'. Pero ambos son 'madre' y 'niño' el uno del otro".⁹

El amor romántico y la satisfacción sexuales, tan preciados

8 "Family Structure...", p. 80.

9 "The Organization of Personality...", p. 151.

valores del mundo privado, eran inalcanzables fuera de la esfera familiar y de la diferenciación de roles. Con esto Parsons también reforzaba la reputación del amor marital y orientado a la procreación.

Puesto muy esquemáticamente, una mujer madura puede amar, sexualmente, sólo a un hombre que tome por completo su lugar en el mundo masculino, sobre todo en su aspecto ocupacional, y que tome responsabilidad por una familia; a la inversa, un hombre maduro sólo puede amar a una mujer que es en realidad adulta, una esposa para él y una madre para sus hijos, y una adecuada "persona" en su papel extrafamiliar.¹⁰

En este sentido, el sistema había superado por completo, afirmó Parsons, las subversiones de los treintas, evitando el aumento de divorcios, incrementando el número de casamientos y el índice de natalidad, y en especial, manteniendo las aspiraciones de las mujeres dentro del hogar o de una ocupación que no desafiara el papel masculino de proveedor principal. El modelo familiar estaba fuera de peligro y avanzaba hacia su perfección en la sociedad postindustrial.

Uno de esos saltos comunes en la teoría funcionalista llevó a Parsons a explicar el flujo constante de las mujeres al campo laboral como un resultado lógico de las presiones sociales de un sistema democrático.

...en la fase presente, sin embargo, el patrón parece haber cambiado al punto que ella planea al menos una educación más allá de la temprana adolescencia y con frecuencia, si no en general, un "empleo" posteriormente. Aquí uno puede decir que para el chico el papel ocupacional tiene primacía sobre el marital, para la chica, vice versa, pero que ambos tienden a

10 "The American Family...", p. 22.

volverse típicos para ambos sexos.¹¹

El papel femenino, concluía Parsons, iba ganado la mayor instrumentalidad que le era posible sin abandonar su papel expresivo. Progreso sin conflictos.

La mujer norteamericana, según Hollywood

La evidencia histórica más elocuente del proceso de elaboración del discurso sobre la domesticidad, se encuentra no en los escritos de expertos en problemas familiares, sino en la cultura popular. A través de documentos tales como las películas y la revistas femeninas puede rastrearse el cambio de actitud hacia el empleo femenino y sus consecuencias; es decir, el tránsito, en el imaginario social, de la batalla de los sexos al feliz hogar de la posguerra.

Es difícil establecer en qué medida una película moldea las actitudes populares, y en qué medida las refleja; en qué proporción refuerza o desafía los prejuicios predominantes. No obstante, el cine es una fábrica de imágenes; cada cinta es un producto colectivo, más íntimamente entrelazado con la mentalidad de la época que las fuentes elaboradas por individuos. El análisis del cine proporciona una rica información sobre el cambio en los gustos, los valores y las preocupaciones colectivas en las sociedades contemporáneas, y en especial de la norteamericana.¹

11 "Family Structure...", p. 124.

1 Cfr. el prólogo de Arthur M. Schlesinger al libro de John R. O'Connor y Martin A. Jackson (eds.), *American History/American Film* (Nueva York, Frederick Unger Publishing Co., 1979), y la introducción de los

El cine nos provee de las imágenes femeninas producidas en estos años. Nos permiten hacer comparaciones a todo lo largo del periodo que va de la Gran Depresión a principios de los sesentas. En el caso de los antecedentes, es necesario añadir una breve reseña sobre revistas femeninas en los treintas, referidos por otros autores.

Durante la Gran Depresión no pocas mujeres norteamericanas tuvieron que comportarse con madurez y energía; debieron luchar con igual ahínco que los hombres. En este nivel aparecieron a cada paso las tensiones involucradas en el cambio de mentalidad. Los roles sexuales se estaban replanteando, si bien no con la orientación de reconocer independencia e igualdad en términos abstractos. La transformación se tradujo en muchos documentos como la escabrosa batalla de los sexos, que prometía más desgracias que beneficios, y que conformó el tema de ficción en muchas películas y publicaciones de la época.

Las revistas femeninas retrataban una orientación hacia una carrera que predominaba tanto entre las empleadas como entre las amas de casa. Mucho del trabajo editorial de aquéllas recaía en manos de mujeres. Betty Friedan² afirma que las lectoras eran en su mayor parte amas de casa, que curiosamente concebían a sus heroínas como mujeres felices, orgullosas, comprometidas con una ocupación interesante. Lundberg y Farnham lo registraron como la

editores.

2 Cfr. Betty Friedan, *The Feminine Mystique...*, "The Happy Housewife Heroine". Friedan revisó las publicaciones de mayor prestigio, a saber, *Ladies Home Journal*, *McCall's*, *Good Housekeeping* y *Woman's Companion*.

sanción cultural a la costumbre del empleo femenino que iba más allá de la simple necesidad, y un producto de la propaganda de las activistas y del ejemplo de las universitarias sobre las mujeres comunes. Su teoría de la conspiración no resta veracidad a una ligazón que no era ideológica.

Ella [la ama de casa] lee con avidez los hechos de la mujer profesionista, los envidia, los considera como modelos. Ella cree que mucho de su vida mejoraría si ella tuviera una carrera.³

Las heroínas de las historias de ficción, agrega Friedan, eran hermosas, por supuesto, pero su atractivo hacia los hombres incluía un carácter independiente, decidido, fuerte, que desplegaban en su labor como enfermeras, maestras, artistas, actrices, vendedoras y otras. Todas ellas tenían un propósito en la vida además de encontrar al hombre ideal.

Las lectoras difícilmente eran las trabajadoras de esa época; pero para ellas, como para las empleadas, una carrera representaba más que un ingreso: ser alguien por sí mismas.

Al final de la Depresión, los empleos significaban dinero, claro. Pero las mujeres de estas revistas no fueron las que consiguieron los empleos; profesión significaba más que trabajo. Parecía representar hacer algo, ser alguien, no sólo existir en y a través de otros. Y si las mujeres no podían tener estos sueños para ellas mismas, querían que sus hijas los tuvieran. Querían que sus hijas fueran más que amas de casa, que salieran al mundo negado a ellas.⁴

Estos ideales fueron desde un principio conflictivos con las ideas y creencias imperantes sobre su lugar en la sociedad. Los

3 Lundberg y Farnham, *Op. Cit.*, p. 307.

4 Friedan, *Op. Cit.*, p. 38.

esfuerzos por exorcisar lo que se consideraba rebeldía y canalizar una autonomía sustentada en una base real, fueron plasmados en el cine de la crisis, y posteriormente en el de los cuarentas.

Si bien no hay un modelo fijo de imágenes femeninas en el cine de los treinta, éste nos brinda un buen número de mujeres en franca rebeldía al estereotipo de ama de casa tradicional. Dificilmente encontraremos a mujeres inocentes e idealistas como personajes principales de una cinta, pero, al mismo tiempo, las mujeres dominantes no accederían al éxito en un final feliz. La batalla de los sexos se resolvería de una u otra forma en bien de las normas establecidas, es decir, en una simbólica domesticación del peligro femenino.

En The Public Enemy (1931), el gángster Tommy somete a su novia, una mujer fácil pero exigente, estrellándole una fruta en el rostro. Una escena cargada de rencor y anhelo de venganza, y en la que según el crítico Gilbert Seldes, Tommy restaura la masculinidad dañada por el feminismo y la Depresión.⁵ La siguiente novia de Tommy era una mujer dominante, fatal, que también lo explota. En la misma cinta, en un papel menor, encontramos a la esposa del *alter ego* de la historia, el hermano de Tommy, la cual en su esporádica actuación rescata la imagen moralista de una mujer dedicada al hogar y a su marido.

Las películas de denuncia de principios de los treinta

5 Tomo la referencia de Seldes de Evans, Op. Cit., p. 198.

poseen un realismo a la vez cínico y moralista. En otra de ellas, el clásico Scarface. The Shame of the Nation (1931), la hermana menor del gángster es una chica que sólo quiere divertirse. Emula de las mujeres liberadas de los veinte, y en su sexualidad sin cadenas trae consigo la desgracia.

Pero no sólo debe enfocarse los extremos. En Five Star Final (1931), la secretaria del desvergonzado editor del periódico es una mujer real, enérgica, sin porte o belleza, que está enamorada de su jefe, mas no de manera romántica o de su status poseído con dificultad, sino de su carácter fuerte y de su indiferencia.

Trasladados a fines de esta década, es inevitable detenerse en ejemplos explícitos de la batalla de los sexos que parecía preocupar al conjunto de la sociedad norteamericana. En estas películas, al planteamiento del problema y la solución propuesta ocupan polaridades distintas. El primero nos remite al malestar provocado por las mujeres dominantes, mientras que el segundo representa el afán por canalizar la inusitada independencia femenina en los moldes establecidos. Incluso la película más explícita sobre la libertad y la madurez de una mujer ejemplar, Gone with the Wind (1939),⁶ busca nulificar el peligro inserto en el comportamiento de tales mujeres.

Gone with the Wind es una metáfora de los crudos efectos de

6 Gone with the Wind fue producida por David O. Selznick. Actúan entre otros Clark Gable, Vivien Leigh, Leslie Howard y Olivia de Havilland. La cinta se basa en la novela homónima de Margaret Mitchell, hija de una mujer que al igual que el personaje de Scarlett, luchó por reconstruir el Sur después de la Guerra Civil, y de la que ella aprendió el valor del trabajo. La identificación de las mujeres de la crisis con la película no era, pues, difícil.

la Depresión a través de una historia de la Guerra Civil. El personaje de Scarlett O'Hara es la imagen de la mujer independiente y agresiva forjada por la crisis. De joven es una niña consentida por su familia y sus pretendientes. Su carácter de aristócrata y el ocio improductivo al que se dedica son rasgos negativos cuyo potencial destructivo apenas se vislumbra. Al retirarse los hombres a la guerra y enloquecer su padre, ella se ve en la necesidad de tomar en sus manos el mando de la finca de la familia, Tara. Cuando termina el conflicto, Scarlett se dedica a reconstruir partiendo de lo poco que queda en pie tras la destrucción del Sur. La heroína va madurando al ritmo de los descalabros y las aprehensiones que le depara el destino en su única meta de reestablecer la grandeza de Tara. A tal propósito dirige sus encantos, que ya no son simples adornos de una chica vanidosa y egoísta, sino instrumentos de poder.

No obstante, Rhett Butler, el hombre cínico, independiente y bohemio, termina por conquistarla y someterla a la vida familiar. Mas Butler ganará la batalla de los sexos sólo temporalmente. La muerte de su hija termina con su corta experiencia maternal, y pronto la de esposa también llegará a su fin cuando Butler decide abandonarla.

La firmeza de carácter, la fuerte personalidad, el egoísmo de Scarlett son preocupantes e inhibidores de la masculinidad de Ashley y el señor Kennedy. Peligrosos inclusive para ella, pues la alejan del amor y de sus impulsos naturales. Y sin embargo, Scarlett es la heroína, un personaje que lejos de ser odiado,

provocó una fuerte identificación con el público de la época.

En efecto, el factor común de las mujeres-problema era el desprecio hacia las responsabilidades del matrimonio y la maternidad. Dark Victory (1939) muestra la vida de una joven acomodada, mimada, caprichosa, agresiva, testaruda, dedicada a las fiestas y a las carreras de caballos. Una vez más, el ocio improductivo que en la siguiente década sería tachado de neurótico. Pero ella encontraría una salida. Al enamorarse del doctor que la atiende de una enfermedad terminal, el personaje despierta a una nueva vida y termina por cambiar su personalidad. Al asumir su papel femenino, se torna feliz y adorable. Su hombre la protege, le da confianza suficiente para rechazar un estilo de vida vacío y disipado. Finalmente, contraen matrimonio y ella dedica su tiempo a apoyar la carrera de él.

Por supuesto, el ideal era distinto para los hombres. Para estas fechas todavía reinaba en el cine la figura del hombre que anteponía su trabajo al amor y a la familia. El detective Sam Spade en The Maltese Falcon (1941), un hombre viril, seguro de sí mismo, con principios y apegado a su misión, se enamora de su cliente, una mujer astuta y agresiva, capaz de engañar a cualquiera con tal de conseguir el halcón de oro. Al encontrarla culpable, a pesar de que la ama, el detective Spade elige la opción más madura y realista: ella tiene que pagar por la muerte de su compañero.

Made For Each Other (1939) retomó la creencia en que mientras durase la batalla de los sexos no vendrían tiempos

mejores. Esta cinta anticipa el modelo de ama de casa que sería explotado durante los años cincuentas, mostrando que los términos de negociación dentro del matrimonio habían conducido a una nueva etapa, donde el ama de casa canalizaría su energía, libertad, educación y aspiraciones de mujer moderna, al papel de esposa y madre, aunque ahora cargado de creatividad e importancia inéditas.

Made For Each Other es la historia de una pareja cuya unidad y complementaridad de funciones los lleva a superar los escollos de la crisis y vencer los obstáculos a su felicidad. La pareja protagonista se compone de un hombre corporativo y una joven estudiante de periodismo. Ella ha decidido dejar su carrera y dedicarse por entero a su matrimonio. Su suegra le aconseja, en cambio, que desarrolle su profesión mientras sea joven y posponga la unión, que acabaría de tajo con sus aspiraciones de desarrollo personal. Aquella responde con una frase que se haría norma en el futuro: "El matrimonio es una carrera en sí mismo".

La joven esposa no ha elegido ser ama de casa con una conciencia de sacrificio; siente sinceramente que su utilidad es mayor en este papel, así que se dedica a apoyar la carrera de su marido, no sólo atendiendo al jefe y construyendo un hogar feliz: ella convierte a su esposo en un buen proveedor; impulsa su autoestima y ambiciones, y le proporciona un ambiente adecuado para que él atienda exclusivamente sus asuntos.

Al alcanzarlos la crisis y con un hijo a punto de morir, sin dinero para conseguir la medicina adecuada, ocurre el milagro.

Una odisea tiene lugar para que un piloto venza providencialmente el mal tiempo y el suero logre llegar al hospital. Es casi un acto divino que les devuelve la esperanza. Pronto el marido logrará su propósito en la firma: ser socio del jefe. La moraleja es que juntos han logrado formar una unidad invencible, una combinación perfecta, el matrimonio ideal.

La maternidad es un tema clásico del cine del que encontramos variantes en el período revisado. Marlene Dietrich tuvo un papel de madre sacrificada y a la vez mujer dominante e independiente. Sometida a circunstancias difíciles, obligada a vender su talento y su cuerpo al mejor postor para cuidar de su hijo, la Dietrich de Blonde Venus (1932) constituye el epitome del amor maternal con una crudeza que hace pocas concesiones. Los cuarentas deparaban un estilo más rosa de la maternidad para esta belleza alemana. En The Lady Is Willing (1942), Dietrich personifica a una actriz conocida por su altruismo pero cuya profesión había alejado de los placeres de un hogar feliz. El encontrar un niño abandonado desata su irreprimible instinto maternal, para más tarde crear el ánimo propicio para el matrimonio. Ya casada, la Dietrich no renuncia ni a sus sirvientes ni a su carrera; la maternidad y el matrimonio la complementan y le ofrecen el verdadero éxito. La película no condena su profesión, que es propiamente femenina.

Junto al incipiente *togetherness* había otras opciones para el ama de casa dinámica. La esposa feliz que representa Loretta Young en la comedia A Night to Remember (1943) es una mujer

autónoma e inteligente, no del todo apegada a los quehaceres domésticos, que elige un departamento citadino, uno de esos en que las cocinas estaban diseñadas para cocinar, no para vivir en ellas. En su edificio habitan solteros y parejas jóvenes y sin hijos.

No olvidemos, por otra parte, a las peligrosas mujeres fatales, cuya amenaza parecía incrementarse con el transcurrir de los años. El director Otto Preminger realiza Laura (1944), la historia de una mujer que logra avanzar en su carrera apoyándose en sus cualidades y las conexiones de un escritor al que enamora, engaña y luego abandona. El escritor, desairado, se convierte en un asesino. Este tipo de mujer no domesticada encendía pasiones difíciles de controlar que concluían por destruir la vida de alguien, y en ocasiones, las de ellas mismas.

Gilda (1946) es un caso aún más representativo. Rita Hayworth desempeña un papel sensual y rebelde de mujer fatal en un triángulo amoroso que tiene lugar en un casino sudamericano, y en el que envuelve al dueño --su marido-- y su nuevo hombre de confianza. Su irrefrenable sensualidad, esa arma que produce desastres, es domada al final por el duro empleado que vuelve a ganar la batalla de los sexos.

La huella de la guerra en la relación entre los sexos, en especial el peligro latente en las demandas femeninas de una vida útil e interesante, tuvo su mejor testimonio fuera de los Estados Unidos. Fue en Inglaterra que apareció una cinta singular que recrea una atmósfera no lejana de la norteamericana.

Documento excelso por muchas razones, aunque poco exitoso comercialmente, Elizabeth of Ladymead (1948) nos lleva por cuatro épocas distintas en las que el hombre de la casa regresa de la guerra con la ilusión de recogerse en la tranquilidad del hogar y la vida privada, en particular, a los cuidados de una amante esposa, para encontrarse con que en ese tiempo ella ha adquirido una conciencia distinta al verse obligada a valerse por sí misma. Las cuatro mujeres desean compartir la vida de sus maridos, emplearse, y ante todo ser útiles y desarrollar sus capacidades. La cinta deja en claro la desconfianza y la inseguridad que sienten estos hombres ante lo que enfrentan, amén del desafío al orden social que ponían en movimiento estas mujeres.

Las tensiones que destruyen las relaciones de las tres Elizabeths del pasado, se resuelven en el presente. Elizabeth logra convencer a su marido de no abandonar la vida pública, de reconocer los derechos de ella. La pareja decide mudarse a la capital para que él reinicie su carrera, que ella apoyaría, dándole así a Elizabeth la oportunidad para ejercer sus capacidad y poder de decisión. El modelo de ama de casa debía actualizarse o morir.

El cine de posguerra retrató a los Estados Unidos como un Woman's World; pero al igual que en la película de John Negulesco (1954), una historia de cinismo corporativo en la que varias mujeres compiten por la preferencia del jefe para llevar a sus maridos a un elevado puesto directivo, sólo lo era en la fachada. Clifton Webb, en el papel del jefe ejecutivo, pone las cosas en

su lugar: él, en nombre de la corporación, decide quién sin reparar más que en su gusto privado.

Pero el cine de la época fue más enfático en su ataque frontal a las subversiones femeninas de las décadas anteriores, en especial contra las mujeres dominantes y las profesionistas. La batalla de los sexos se resolvió al establecerse por completo el orden y una normalidad feliz.

Aún durante la guerra, la pareja Tracy-Hepburn daba lecciones de cómo adquirir la felicidad en Woman of the Year (1942). El matrimonio entre la exitosa y ocupadísima comentarista política y el ordinario Tracy se resquebraja ante la necesidad de ella de vivir para su carrera. Finalmente ella se rindió al hogar cuando Tracy la pone con dos pies en la tierra, y en los dominios del hombre común. Final feliz.

Las mujeres de las cintas de los cincuentas pagan un precio alto por su profesión, a saber, el abandono del amor, el hogar y los hijos. El afán masculino por triunfar podía corromperlas por completo. Bette Davis corrige su camino en All About Eve (1950), en la que, mujer de fuerte carácter y personalidad dominante que ha llegado al estrellato, cae en la cuenta de aquello que ha despreciado para triunfar; lo mismo que finge poseer la joven y ambiciosa Eve (Anne Baxter): inocencia, virtud, idealismo, sacrificio. Tarde o temprano, concluye Davis, las mujeres buscan la carrera femenina. Mientras Eve avanza en el camino de la perdición, Davis madura al desechar su egoísmo y casarse con el amor de su vida, su director.

En una historia menos dramática, pero no menos representativa, A Woman of Distinction (1950), Rosalind Russell desarrolla el papel de una profesionista, directora de una universidad y ejemplo de la igualación de los sexos. Ha sacrificado el amor en bien de su carrera, que absorbe sus tiempo y energía. Aunque cree ser feliz con su padre y su hija adoptada, su padre le hace ver que sin un hombre ella no es realmente mujer; sólo lo aparenta. Su padre le revela también que la ha educado en los mejores colegios con tal de prepararla para que encontrara un buen partido, hacerla más femenina y no una profesionista; es decir, no una mujer solitaria. La felicidad llegará, por supuesto, con su hombre.

Ni aún los hombres se escapaban del requisito de la felicidad familiar. El éxito nunca era completo para ellos sin un círculo familiar estable. Así en las biografías de estrellas, tales como The Eddy Duchin Story (1956) y Man of a Thousand Faces (1957).

Nadie pudo ser más maltratada por el discurso de domesticidad que Dorothy Malone en el papel de primera esposa del actor de cine mudo Lon Chaney, en la última de esas dos películas, que nos muestra el ejemplo más claro de la perversidad de las mujeres obsesionadas con su profesión: el rechazo de los hijos. Ella se niega a tener su hijo por miedo a una enfermedad congénita de su marido. Al tenerlo, reniega de sus deberes de madre porque desea continuar su carrera artística. Su ambición la lleva a engañar al marido para ascender. Chaney hace que la

despidan en un intento por salvar la familia por el bien del niño, pero ella insiste en desobedecer sus instintos de madre. Intenta suicidarse, pero no muere sino pierde su talento máspreciado: su voz. Un castigo divino.

El modelo de belleza en los cincuentas eran mujeres blancas de cabellos que difícilmente caerían sobre sus hombros; en todo caso, los contendría una cola de caballo o un chongo, aunque por lo común eran cortos e impecablemente peinados, de preferencia rubios. El rostro sin imperfecciones, rasgos finos, quizá ojos claros. La preeminencia de las rubias tenía contrapeso en una figura de *brunetta* que guardaba en Elizabeth Taylor su ideal a seguir.

El cuerpo debía ser esbelto, de cintura diminuta y curvas discretas pero finamente marcadas; piernas largas y torneadas, que lucieran en esas faldas cuyo límite máximo hacia arriba eran las rodillas. Una actitud inocente, de decencia natural, era un requisito imprescindible; fácil de lograr en esas jovencitas que carecían de las posturas de mujer fatal o la belleza un tanto agresiva de las más maduras modelos de décadas anteriores. Eran promesas de placer sin espinas, de esposas atractivas y dinámicas. Doris Day como ejemplo. Sin embargo, Marilyn Monroe estableció un modelo de voluptuosidad y sensualidad, en el que las medidas hacían olvidarse del porte; un modelo más ajustado a la promesa sexual y a los criterios de placer instantáneo que iban imponiéndose.

Una u otra, en el cine norteamericano la madurez y la

felicidad de ellas provenían de la aceptación de su naturaleza femenina, que aun contra su voluntad les saltaba a la cara. Las mujeres glamorosas e inocentes tenían todo para triunfar; eran capaces de cumplir a un tiempo con el amor, la familia y una ocupación apropiada a su sexo.

Una historia de amor que involucra a una viuda euroasiática de nacionalidad china nos demuestra que el cariño, la belleza, la capacidad, no bastaban. Love is a Many Splendored Thing (1955) nos enseña que esta mujer, que se desempeña como médico en un hospital de Hong Kong, donde destaca por su categoría y buen corazón, no es feliz hasta que aprende a compartir. Es a través de su relación con un periodista separado de su mujer y de la adopción de una pequeña huérfana, que asume simbólicamente el papel de esposa y madre, y se reconcilia con el hecho de ser mujer.

Vemos a Judy Holliday en el papel de una pequeña accionista que salva la reputación del capitalismo del pueblo con su talante ingenioso pero bondadoso y decidido en The Solid Gold Cadillac (1956); de la misma forma Doris Day en My Dream Is Yours (1949) es la joven viuda que realiza su sueño de destacar en la farándula tras muchos intentos fallidos. A pesar de lo corrompido del medio, ella asciende haciendo lo correcto, luchando por ella y por el bienestar de su hijo. De nueva cuenta, en Lullaby of Broadway (1951) Doris Day es la chica risueña, inocente, atractiva que llega a la sombra al tiempo que triunfa en el amor.

Ya no encontramos a las damas de sexualidad irredenta,

manipuladoras de hombres, motivo de malas pasiones y causa de grandes desgracias. Otto Preminger nos regala la última mujer fatal, Dorothy Dondridge, una mujer de color, en una original versión cinematográfica de la ópera de Bizet llamada Carmen Jones (1954).

Las dóciles mujeres de Hollywood sabían que la realización personal implicaba atrapar al hombre adecuado. En este terreno las variantes eran muchas. John Negulesco nos muestra como la vida de tres mujeres puede concentrarse con tal ahínco en el amor. Three Coins in the Fountain (1954) es un melodrama ambientado en Roma, donde tres norteamericanas buscan el amor. Los hombres de esta película son capaces de controlar sus impulsos amorosos, de sortear los pequeños descabros; para ellas, en cambio, la relación es algo tan vital que fallar sería toda una desgracia.

De nuevo la pareja Tracy-Hepburn en Desk Set (1957). Hepburn personifica a una eficiente, inteligente, creativa empleada de una cadena de televisión. Dirige a un grupo de solteras en la profesión perfecta para ellas, aquella que exige faldas y glamour: secretarias. Hepburn, de brillante educación universitaria, se encuentra enamorada de un jefe mediocre cuyos logros pertenecen a ella en realidad, pero que rehusa cualquier compromiso. Finalmente se enamorará de la inteligencia y profesión del maduro ingeniero de sistemas que interpreta Tracy.

Marilyn Monroe es un caso aparte. Tan ingenua como Doris Day pero de una sensualidad muy por encima de ésta. Sus guiones son

muy distintos. Ella representa un tipo de mujer más agresiva y decidida en el cortejo, y menos ajustada a la moralidad del ama de casa. Ella es una promesa de placer puro, incluso peligroso como en The Seven Year Itch (1955). El amor podía ser interesado pero no cínico ni inmoral. La inocencia y la sensualidad se unían al interés por un status en el romance en la vocalista Sugar Cane (Monroe) de la película Some Like It Hot (1959); ella, tras varios fracasos amorosos, busca a un millonario que le ofrezca seguridad, y transita sin ningún dilema moral al amor hacia un saxofonista pobretón.

Mientras tanto, no faltó una metáfora del cuadro de los efectos y aspiraciones del psicoanálisis ortodoxo. The Three Faces of Eve (1957), basada en un caso real ocurrido en Georgia de una ama de casa tradicional que sufre de personalidades múltiples. De pronto asume la personalidad de una mujer libertina, alegre, coqueta, que rechaza el hogar, a su marido y a su pequeña hija, a la que intenta asesinar. Divorciada, se debate entre la madre trabajadora fracasada y la chica sensual y libertina. Desarrolla una tercera, segura de sí misma y ajena a los excesos. De los tres rostros, sólo sobrevivirá el de la dinámica, sofisticada y estable ama de casa balanceada, la que contrae matrimonio y forma, finalmente, un hogar feliz.

Si la ética social fue desafiada por el exitoso western High Noon (1952), no hay un ejemplo tal que lo haga con la mística femenina. La crudeza se encontraba en las historias de mujeres de clase trabajadora. Las narraciones de hogares desechos y viciadas

relaciones de pareja en *Caged* (1950) no afectaban el modelo doméstico. Lo más parecido a una crítica en las cintas que revisé corrió a manos de Fritz Lang. *Desire* (1954) es una historia de celos, pasión y muerte entre la clase trabajadora norteamericana. La insatisfecha mujer de un maquinista, envuelta en un asesinato llevado a cabo por su marido, busca un amante que pueda eliminarlo. Se justifica ante su amante, primero, diciendo que se casó por afán de estabilidad y seguridad, y que era infeliz por no cumplir con sus deberes de esposa; mientras en realidad se había casado por huir de su tutor Owen. El malestar de esta mujer se torna crítica a través de una frase contundente: "Todas [las mujeres casadas] dicen ser felices, pero todas mienten". Desafortunadamente, desconozco la respuesta del público para ésta y otras películas --un trabajo factible pero que no es necesario para este trabajo en particular--, pues puede interpretarse de acuerdo al modelo familiar: la sexualidad de la mujer es agresiva y peligrosa si no la limita el matrimonio y una elección correcta y libre, la que el destino negaba a los marginados de la buena vida.

CUARTA PARTE

PROLETARIZACION DEL TRABAJO DOMESTICO.

PROFESION Y REALIZACION PERSONAL

Los anteojos del experto

Los expertos en vida familiar jamás perdieron de vista que la estabilidad de un matrimonio depende en buena medida de que los términos de negociación entre la pareja sacien las aspiraciones de ambos. Siendo los quehaceres domésticos la ocupación principal de las esposas suburbanas que no se atrevían a perseguir cualquier otra ocupación fuera de casa, ellos debían proporcionarles un sentido de realización personal y de autoestima, equiparable o mayor al que podrían conseguir fuera del matrimonio. Esta, que empezó por ser una conclusión, terminó por ser la premisa de toda aproximación a la vida familiar en los cincuentas. Durante la mayor parte de la década no hubo un desafío a la creencia de que los fines de satisfacción personal, identidad, ejercicio del talento, status y prestigio, de las mujeres de clase media se consumían en su labor familiar. Existía una barrera infranqueable que las aislaba de aspiraciones identificadas como masculinas y no meramente individualistas. Por ese motivo, los documentos que he revisado no deben ser interpretados literalmente si han de rastrearse las tensiones del modelo familiar. La óptica que manejan siempre arregla los casos concretos de acuerdo con esa perspectiva discursiva. Dejan, es cierto, huecos que nos permiten rastrear el deterioro progresivo del modelo, en particular, ese fenómeno tan relevante que conocemos como proletarianización del trabajo doméstico.

Patrones de empleo femenino en los cincuentas

Las mujeres de clase media se integraron de manera sostenida al mercado laboral. En gran proporción eran casadas. Las oportunidades educacionales, que las mantenían más tiempo en la escuela, junto con la tendencia a matrimonios muy jóvenes, evitaron un flujo significativo de solteras. Fue un movimiento sin ideología que continuó las prácticas de empleo y vida hogareña generadas en los treintas. Las mujeres de clase trabajadora, viudas divorciadas o separadas que volvían a un empleo tras un período de ausencia por necesidad, aún componían buena parte del grueso laboral femenino.¹ Pero fue en las filas de los empleos de cuello blanco, propio de la clase media, donde se registraron los cambios significativos. Las cifras son elocuentes. El trabajo femenino aumentó en porcentaje cuatro veces más que el masculino, de 1.5 a 6.6 millones de empleadas. Para 1960, un tercio de las mujeres casadas tenía empleo, a la vez que el número de trabajadores de cuello blanco ya superaba al del de cuello azul.²

El auge en la economía de servicios había abierto miles de puestos en labores consideradas propiamente femeninas. La simplificación industrial había hecho de la mayoría de éstas tareas no especializadas o con un prestigio social en franco descenso; rara vez se llegaba a través de ellas a posiciones que demandaran realizar viajes, gastar altas sumas de dinero, o que

1 Cfr. Sirjanaki, *Op. Cit.*, "Husband and Wife", p. 90.

2 Cfr. las obras de Chafe y Oakley ya mencionadas.

otorgaran poder real. El triunfo del modelo familiar se expresaba en haberlas puesto fuera del mundo de la competencia profesional y del desafío al rol natural de sus maridos:

En la práctica, en esas familias donde ambos trabajan, la posible rivalidad económica y el conflicto entre ellos se minimiza por el hecho de que trabajan separadamente en sus respectivos empleos; él en un trabajo que es de ordinario más difícil, mejor estimado y pagado, y ella en las labores del hogar, acomodadas a su sexo y a sus expectativas.³

Había un claro problema de actitud con respecto al trabajo femenino. Algunos de los prejuicios que detuvieron el reconocimiento social del empleo femenino estaban ligados a la naturaleza de hábitos de trabajo ajustados a las obligaciones de la crianza y el hogar. Muchas abandonaban su empleo al casarse o en el momento del primer embarazo; por lo tanto, eran sólo mano de obra temporal. Además, el trabajo de ellas aún representaba un estigma social dentro de la clase media y un problema ante las demandas familiares que debían cubrir.

...las costumbres en general se oponen a las esposas que trabajan, en particular cuando tienen niños en brazos que requiere el cuidado materno; y, de hecho, su trabajo generalmente cesa durante este tiempo, a menos que sean llevadas a él por las circunstancias (...). Si alguna vez [su regreso al trabajo] ocurriese, empero, es alto el resentimiento hacia ellas, y algo de ello es indudablemente dirigido contra el marido que es villano en tanto esposo o tan sin valor en el trabajo que no puede sostener adecuadamente a su familia. Entonces también, cuando las esposas trabajan, se encuentran cargadas con dos trabajos --uno afuera, el otro en la casa--, ya que con toda probabilidad tienen que seguir con sus compromisos domésticos.⁴

3 Op. Cit., p. 157.

4 Idem., p. 91.

Si la segregación *de facto* las confinaba a un número de empleos restringidos, también se les negaba la capacitación para cierto tipo de trabajos especializados. A las aún ambiciosas de profesión se les ofrecían las llamadas "*nurturing activities*" (magisterio y medicina las más reconocidas), o el mundo del espectáculo.

La distribución de las mujeres en la fuerza laboral confirma claramente esta visión general del equilibrio de los papeles sexuales. Por tanto, en altos niveles, las ocupaciones femeninas son las de maestra, trabajadora social, enfermera, secretaria privada y artista. Tales papeles tienden a tener un prominente componente expresivo, y con frecuencia a "apoyar" papeles masculinos. Dentro de la organización ocupacional, son análogos al papel madre-esposa en la familia. Es menos común encontrar mujeres en los "altos papeles ejecutivos" y más en los especializados e "impersonales" papeles técnicos. Incluso dentro de las profesiones, encontramos diferenciaciones comparables, por ejemplo, en medicina, las mujeres se concentran en las dos ramas de pediatría y psiquiatría, mientras hay muy pocas mujeres cirujanos.⁵

Por otra parte, el mayor grupo de mujeres en un empleo remunerado superaba los treinta y cinco años, se trataba de antiguas amas de casa que regresaban al campo laboral. Dos tercios de todas las mujeres norteamericanas trabajaban durante los primeros tres años después de las nupcias. Sólo un cuarto trabajaba con hijos menores de seis años. Cuando éstos crecían y no necesitaban de cuidados particulares, un tercio de las anteriormente empleadas regresaba a una ocupación:

Este número se incrementará, pues hoy muchas mujeres cuyas familias han crecido carecen de las habilidades, o experiencia, o requisitos, para un trabajo remunerador, con los cuales sus hijas, en cambio, están

5 Parsons, *Family Socialization*..., p. 15, nota 13.

siendo dotadas en su juventud y que con probabilidad mantendrán toda su vida. Es lógico esperar que en el futuro muchas mujeres de mediana edad serán capaces de encontrar un empleo que no sólo les ayude para los pagos de la hipoteca y el carro nuevo, pagar permanentes y boletos para lugares que siempre han deseado ver, sino que también les eviten monótonas horas en casa vacías de los deberes e intereses que las ocuparon mientras los niños crecían.⁶

Para los teóricos Blood y Wolfe, la vida de la esposa norteamericana se movía entre dos motivaciones que no podía cumplir a un tiempo. Pero estaba aprendiendo a hacerlo una a la vez: primero, dinero; después hijos, y después dinero otra vez.⁷

Todo lo anterior explicaba que el flujo laboral femenino aumentara al tiempo que el *baby boom* tenía lugar. Los teóricos lo celebraron como una extensión de las responsabilidades familiares de ellas. No obstante, deliberadamente se dejaban a un lado otras posibles motivaciones en la búsqueda de una ocupación fuera de casa. Y éstas existían. Talcott Parsons sabía bien que los ingresos de las empleadas se destinaban a satisfacer las demandas de confort y los fines educacionales y de consumo de las familias. Pero tal era una verdad a medias. En primer lugar, porque el estilo de vida que ofrecía el consumismo no se reducía a mercancías; sus metas extraeconómicas eran tan fuertes como su hambre de productos porque venían en el mismo paquete; por otra parte, excluía del ingreso personal de la mujer toda satisfacción no relacionada con la familia: o exageraba su capacidad de

6 Davis, Op. Cit., "Woman Comes of Age", p. 19.

7 Cfr. Blood y Wolfe, Op. Cit.

sacrificio desinteresado, o bien, no la tomaba en cuenta en tanto individuo. Las ambiciones femeninas chocaban con obstáculos materiales; las opciones reales no eran halagüeñas y el conformismo era inducido. Veamos algunos ejemplos.

Los expertos en vida familiar de las revistas femeninas tuvieron que hacer concesiones y entender la alternativa de una ocupación no profesional como legítima, al menos en el marco de la ganancia y una vida social más rica. En el caso de una ama de casa que padecía de una ligera depresión a causa de su extremado apego al hogar y a los hijos, el doctor le aconseja tomar vacaciones con su marido y realizar otras actividades fuera del ambiente que la oprimía. Ella pregunta porque lo mismo no sucedía a su marido:

...es más probable que la vida de su marido tenga más variedad y diversión que la suya [contesta el doctor]. Los hombres son tan susceptibles a estos ataques como las mujeres, pero generalmente sus empleos los llevan lejos del hogar, y los viajes y el contacto con conocidos de negocios les proveen suficiente balance para mantenerlos andando.⁸

Se sabía que las mujeres ambicionaban ingresos propios. Una articulista propuso no una ocupación sino proporcionarles una entrada de dinero constante a cambio de hacerse cargo de las finanzas familiares: "Lo que el sr. D no entiende a veces, empero, es que esta última disposición, hoy, debe ir más allá de los alimentos, ropa esencial y cuidado médico. La sra. D, para su bienestar moral y mental, necesita escuchar el cascabeleo de

8 "The doctor talks about depression", en: McCall's, mayo 1958.

dinero en la bolsa".⁹

McCall's ponía como ejemplo a mujeres satisfechas y que no habían tenido que abandonar el hogar en absoluto:

En el estado de Nueva York, cientos de mujeres han visto llegar las vacas gordas al abrir un pequeño negocio propio. Algunas han empezado un negocio en su cocina o fuera en el garage; otros han rentado una tienda en la calle principal; pero todas ellas sienten la intangible satisfacción de ser mujeres de negocios creativas --con muy tangibles ganancias--.¹⁰

Ya empezaba a reconocerse a fines de la década que el problema, discutido con gran frecuencia, hasta en películas como *Suddenly, Last Summer* (1959), de la madre posesiva, podía ser causado por los excesivos cuidados de la madre, y que un poco de trabajo lo remediaría. En un artículo relativo a ello leemos:

De acuerdo a una encuesta de 2,000 niños de Michigan (hasta el octavo grado) por el prof. F. Ivan Nye de la Universidad estatal de Washington, las madres que trabajan de una a 32 horas a la semana gozan de la más armoniosa relación de adolescente-padre. Los jóvenes que quieren estar solos (y eso es normal en la adolescencia) sienten su privacía invadida por el constante cuidado materno (...) las madres con trabajos de medio tiempo no sólo son buenas madres, sino las mejores.¹¹

La relación entre las responsabilidades y las promesas de la vida familiar amenazó desde un principio explotar. Sirjamaki sólo compartía una preocupación común cuando sospechaba que el trabajo

9 Lucille Britt, "Put Your Wife on the Family Payroll", en: *Coronet*, julio 1954.

10 Don Murray, "23 ways to find money on your doorstep", en: *McCall's*, septiembre 1958. Como era de esperarse, en este lenguaje "mujeres de negocios" es un sarcasmo.

11 "All about you: Intelligent neglect", en: *Coronet*, noviembre 1958.

doméstico quizá no era capaz de proporcionar un status comparable al ocupacional, ni mucho menos prestigio social. La creatividad y desafío que se buscó inyectarle se descubrirían artificiales e ilusorios. Ideal, el modelo se encontraba fuera del alcance de cada una de las suburbanitas. El complejo de "Super Mujer" que reportó William Whyte no era tan inocente. Los malabares teóricos se volvían más aventurados frente a un problema que se agudizaba con el avance generacional: la crisis de los treinta y tantos.

Había en el repertorio de la época dos épocas de crisis marital: la comezón del séptimo año, cuando la atracción romántica y sexual se apaciguaba, y la crisis de los treinta y tantos. En la última, la celebración del trabajo cíclico se muestra ingenua. Un problema creciente, el *U.S. Department of Labor* lo definió en 1955 como aquel entre amas de casa de clase media que arribaban a sus treinta, sus maridos eran buenos proveedores, su trabajo hogareño era menos pesado gracias a los aparatos y sus hijos no necesitaban más de cuidado especial; pero que no buscaban trabajo porque ya eran total o parcialmente, física y emocionalmente desempleadas; en estos años reaparecía el trauma de ser sólo una ama de casa.¹² Esta era la clave de la proletarización del trabajo doméstico.

Las conclusiones del reporte, sin embargo, tendían a minimizar los efectos reales de la crisis y a reducirlos a un problema psicológico.

12 Anne Fromer, "The Dangerous Years for Married Women", en: *Coronet*, julio 1955. Este artículo reporta la información que sigue en el texto.

El ama de casa en sus treintas comparaba su lamentable estado con el potencial de su juventud; "Si no hubiese dejado mi trabajo como asistente de diseñador de ropa para casarme, tal vez sería alguien importante en el mundo de la moda hoy, en vez de sólo una ama de casa". Los antiguos pretendientes regresaban a la memoria ante el esposo que aburría y decepcionaba. Se quejaban de que mientras ellas sacrificaban sus vidas, sus maridos seguían conociendo gente interesante, desarrollando su personalidad, dejándolas atrás y quizá buscando otras mujeres.

Los síntomas de esta crisis fueron codificadas en cuatro grandes rubros: 1) ir de compras no por necesidad sino por compulsión contra el aburrimiento; 2) comer demasiado y asistir a muchas reuniones sin sentido con las amigas; 3) infidelidad; 4) hacer de la vida marital un mar de quejas sin fin. (Y puedo agregar, alcoholismo y otras adicciones.)

"¿Qué es lo que convierte las cosas que una mujer desea -- salud, seguridad financiera, ocio-- en infelicidad, frustración e infidelidad?"; la respuesta se encontraba lejos de ser hallada. No obstante, el Dr. Reva Gerstein, un director del *International Congress on Mental Health* sugirió una cura: una ocupación fuera del hogar, proyectos novedosos y valiosos, para revivir en ellas la sensación de estar vivas, ser interesantes y atractivas.

La siguiente propuesta fue, por supuesto, trabajo comunitario. "El Dr. Lynn White Jr., presidente del *Mills College* para mujeres, de California, mantiene que las mujeres deben aplicarse, cuando la familia ha crecido, a extender su cuidado

del hogar más allá de la casa, a sus pueblos, estados y a la nación."

Pero, ¿qué pasaba con aquellas, no pocas, que regresaron a un trabajo? Los economistas, menos reacios que otros académicos a aceptar los hechos, notaron que la carrera doméstica les era un impedimento para conseguir un empleo atractivo.¹³ Y no se hablaba sólo de lo que había pasado durante sino también antes del matrimonio. Una lógica que se hacía evidente al arribar a los treinta. Una mujer que enfrentó la Depresión, profesionista, y que optó por casarse a los treinta, ennumeró los problemas de las jovencitas que contraían matrimonio. Estas no habían tenido tiempo de madurar ni conocer gente interesante, o enfrentarse a la competencia en un trabajo, o bien, adquirir intereses amplios. Se pasaban la vida tejiendo, jugando bridge, viendo la televisión, o en reuniones sociales de poco alcance.

Parecen en peligro de convertirse --tan pronto como sus niños ya no monopolicen su tiempo-- en mujeres vacías, solas e insatisfechas, o ese más mortal tipo parasítico que se sujeta a sus hijos con el abrazo del pulpo conocido como "momismo".¹⁴

El yugo del amor romántico, del hallazgo del hombre perfecto, a los años parecía un espejismo. La ideología del *togetherness* no podía esconder las negociaciones de poder real en el matrimonio. Ellas habían perdido y no habían obtenido a cambio las recompensas de la privacidad. Continúa el artículo:

13 Cfr. David Potter, Op. Cit.

14 Louise Wilson, "I'm glad I married Late", en: Coronet, octubre 1955.

[Sus hombres] tienen trabajos continuos y buenos y son devotos esposos, pero sus mujeres se sienten engañadas, sienten que se han sacrificado --"los mejores años de sus vidas"-- por nada sino mediocridad. Temen que hayan perdido el romance y la emoción de la vida, y el momento de las grandes aventuras.

Esta mujer, en cambio, poseía una casa más grande y cómoda que el promedio, un buen estilo de vida y sofisticación, esos valores de clase media alta que las otras buscaron por el camino erróneo. La comparación era automática. El nivel de vida de éstas, es cierto, fue mayor que el de sus madres, mas también aspiraban a mucho más. Los símbolos de éxito se habían elevado progresivamente. El valor de una profesión bien remunerada y prestigiosa no era nuevo. Parsons estableció que los E.E.U.U. era un país en el que el status era básicamente ocupacional.¹⁵ Las mujeres de clase media lo tenían teóricamente a su alcance a través de una educación universitaria, pero el modelo doméstico las había enajenado de cualquier medio real de adquirirlo ellas mismas. Las oportunidades educacionales hacían una gran diferencia: el matrimonio representaba un costo mayor, y por consiguiente, mayores exigencias al mismo. Ahora podemos leer de otra manera el papel de técnicas del hogar. Los fines no se alteran, pero los medios son ilusorios. A pesar de los malabares interpretativos, se infiere de los documentos que ya deseaban ocupar su talento en algo real y obtener frutos tangibles.

Una mujer que sufrió el trauma de ser sólo una ama de casa y que regresó a un trabajo, Betty Friedan, lo resumió en unos

15 Cfr. Parsons, "Social Strains...", en: Bell (ed.) *Op. Cit.*

renglones: "Status, después de todo, es lo que los hombres buscan y adquieren a través de su trabajo en la sociedad. El trabajo de una mujer --trabajo doméstico-- no puede dar status; tiene el más bajo status de casi cualquier trabajo en la sociedad".¹⁶

Ya en 1953 Sirjamaki contempló ésto como el problema a resolver por la democracia:

[las mujeres] encuentran en su matrimonio que sus papeles requeridos en adelante han sido rutinariamente dispuestos, y que éstos guardan sólo una remota relación con las mejoras en status que han tenido en la sociedad, o con el empleo en el cual han trabajado (...). El hogar es una ocupación aislante e interminable (...) ocupada con pequeñas e insignificantes tareas, sin relación con el previo entrenamiento laboral de la esposa, que proveen pocas salidas para sus talentos especializados, y que le traen poco más que fugaces recompensas cuando se hacen bien, y que las mujeres mismas tienen en baja consideración...¹⁷

Aunque conocido desde décadas anteriores, el fenómeno de proletarización del trabajo doméstico tal como se dio en los cincuentas fue desarrollándose --inventándose socialmente si se quiere-- con los valores mismos de la privacidad. Fue, en cuanto su negación, un producto del modelo doméstico. Al extenderse las ambiciones profesionales femeninas se convirtió en un malestar social. Era lógico que se originara en el seno de la clase media alta y que esta misma se avocará a su solución.¹⁸

16 *Op. Cit.*, p. 271.

17 *Op. Cit.* p. 89.

18 Mediante un análisis no del todo ajeno al funcionalismo, Schwartz llegó a una conclusión similar: "The implications of this phenomenon, the proletarianization of a work force [housewives] that had previously seen as managerial (...) will explain certain aspects of the women's liberation movement of the 1960s and 1970s which have previously eluded explanation: why,

La relación entre la publicidad, el consumismo, los requerimientos de un estilo de vida y la opción laboral femenina, era demasiado evidente para no darle una explicación. Esta no tomaba en cuenta egoístas intereses personales de ellas, como lo hacen ver Blood and Wolfe:

La productividad de la economía norteamericana requiere del desarrollo de publicidad para crear mercados para el consumo de productos. Esta publicidad funciona tan bien que las mujeres con incrementado apetito de bienes quieren ir al trabajo para elevar el nivel de vida más alto y más rápido.¹⁹

El consumismo estaba llevando a valores extreconómicos que se integraron al repertorio de promesas de la democracia norteamericana. Un defensor del modelo de democracia del hombre común criticó en 1958 los últimos resultados del *rat-race*. No parecía suficiente tener el mejor carro del vecindario o un buen puesto en la comunidad. Se despertaron ambiciones como escribir un libro, conseguir un trabajo en el servicio exterior, involucrarse en la vida política... Fuera del alcance de muchos, es cierto, pero no por eso ambiciones menos operantes.²⁰

Echemos un vistazo a la generación silenciosa, los jóvenes que iniciarían la cresta del *baby boom*, a través de uno de ellos, Tom Slinkard, que al preguntarse a que se debía la violencia, la

for example, the movement's greatest strength lies in social and economic groups who seem, in the surface at least, to need it least --women who are white, well educated, and middle-class." *Op. Cit.*, p. 383.

19 *Op. Cit.*, p. 18.

20 Howard Upton, "Had Enough of the Old Rat Race?", en: *Reader's Digest*, febrero 1958.

búsqueda de sexo y otros problemas de los adolescentes norteamericanos, respondió que eran víctimas de los valores que su país les ofrecía y no podían obtener. Los excesos y la conformidad, agregó, tenían el mismo propósito.²¹

Por último, ¿cuál son los secretos, afónicos deseos de mi generación? En el fondo, queremos la libertad de oportunidades. Si seremos realmente democráticos, entonces debe asegurárseles los derechos básicos de los que gozan otros norteamericanos. No podemos seguir penalizando a causa de la raza o el credo de un individuo.

Queremos la libertad de llevar vidas maduras. Modas frívolas, novedades, flasedades, --promovidas por grupos-- toman turnos siendo Dios por un día. En lo posible, debemos hacer lugar para los chiflados entre nosotros. Esto significa que el individuo, no el grupo, debe tener derecho a determinar el uso de sus talentos, las metas a las que su vida sea dedicada.

Tan inevitables eran esas aspiraciones que podía leerse en *Ladies' home Journal* en 1958 un artículo conciliatorio: "*My Working Doesn't Hurt Anyone...*"; historia de Sally Shannon, madre y empleada del USIA (*United States Information Agency*), que logró el increíble récord de ser esposa, madre y profesionista. Ella y su marido combinaban trabajo y familia con la ayuda de una nana y una sirvienta temporal. Ella disfrutaba de su trabajo, que la hacía mejor madre y más agradable e inteligente a los ojos de su marido y de otros. Ella regresó a trabajar seis semanas después de su primer embarazo, con algunas dudas, que ya no surgieron al venir el segundo. Aún con el peso del hogar, las satisfacciones

21 "A Teen-Ager Talks Back", en: *Coronet*, marzo 1955.

del trabajo valían la pena.²²

Esto fue un indicador de cambio. Una vida familiar feliz no se descartaba, aunque la hora de hacer concesiones había llegado. La línea estaba estableciéndose, pero todavía faltaba un complicado camino antes de que se desafiara la legislación especial laboral, ideada para trabajadoras solteras o sin hijos como una simple discriminación salarial y en las oportunidades profesionales, o de que un anuncio como el siguiente, de 1964, fuese de lo más natural.

"¡Imagínenme como una contadora profesional!
 "Estoy en el negocio por mí misma. Escojo mis propios horarios. Gano importante dinero --y hay suficiente tiempo libre para mi familia--".
 "¿Han notado cuántas mujeres con niños en la escuela disfrutan ahora de una emocionante profesión fuera de casa? Tú también puedes. Aquí hay una manera simple y segura de entrar en una profesión digna y altamente remunerada, que ofrece a las mujeres igualdad de oportunidades con los hombres."²³

Sin embargo, eso pertenece a otra historia.

Democracia y profesión

La fuerza revolucionaria de los Estados Unidos de los cincuentas, afirmó David Potter, fue material y no espiritual. Su manifiesto fue la prosperidad, y los publicistas los ideólogos de su estilo de vida.¹ Fue la época de la política dirigida a traer a la

22 Jean Todd Freeman, "My Working Doesn't Hurt Anyone...", en: *LHJ*, octubre 1958.

23 Anuncio de la Salle Extension University en: *House & Garden*, octubre 1964.

1 Cfr. Op. Cit.

clase media, de la política de status, en la cual "Obtener un mejor tipo de empleo o un mejor status social y volverse 'más norteamericano' han sido prácticamente sinónimos..."²

La democracia norteamericana se definió como una promesa de igualdad de oportunidades de ascenso social para todos los ciudadanos. En esto había desembocado la filosofía del consumismo. La democracia del votante y el consumidor se sostenía, aseguraban los expertos, por el margen cada vez más estrecho entre el ideal y la realidad: la elevación progresiva del nivel de vida, la asimilación al estilo de vida de clase media al que accedía buena parte de los norteamericanos gracias a la expansión económica.

No obstante, las fisuras del sueño democrático formaban parte del mismo sistema. Se carecía de una medida fija de bienestar, de un tope a las ambiciones de status, o simplemente de una sensación extendida de seguridad que terminara con las ansiedades sociales. La expansión de la economía de E.E.U.U., se creía, demandaba el aumento sostenido de las expectativas y promesas de movilidad ocupacional y horizontal. Era improbable que la abundancia resolviera por sí sola, como lo declaraban los keynesianos, los problemas que había creado. Uno de ellos se hizo visible de inmediato a la clase media y a los grupos que se encontraban en su umbral. Me refiero al malestar ante las divisiones y barreras de todo tipo que impedían formar parte del

² Richard Hofstadter, "The Pseudo-Conservative Revolt", en: Bell (ed.), *Op. Cit.*, p. 46.

sueño. Esos obstáculos se convertirían en el tema de la época.³

La publicidad terminó por imponer un *ethos* de satisfacción personal que desbordó las presiones grupistas. Asimismo, entre la "nueva clase" surgida de la prosperidad, según John Kenneth Galbraith, los reclamos de status y los símbolos de distinción adquirieron una mayor importancia que los propiamente económicos y se centraron en la posesión de un grado académico y una profesión prestigiosa, llaves del éxito.⁴ Nuestro autor predijo que tal fenómeno se incluiría en los proyectos de economistas y planeadores sociales.

La extensión de las aspiraciones de realización personal se hizo evidente gracias a fenómenos conyunturales de relevancia. Primero, el lanzamiento del Sputnik en otoño de 1957 que, en el marco de la guerra fría, golpeó la conciencia norteamericana. Los críticos creían comprobado su argumento moralista de que, a diferencia de los norteamericanos, los soviéticos poseían un claro sentido del propósito nacional. Después, la recesión de 1958, una crisis de sobreproducción que puso en evidencia los mecanismos frágiles que soportaban la prosperidad.⁵ Y que entre otras cosas desprestigió el sinsentido del consumismo como propósito nacional. Si bien esto no provocó por sí mismo un cambio en las costumbres ni manifestaciones colectivas de

3 Cfr. Potter, Op. Cit. y la obra completa de Bell (ed.), también citada.

4 Cfr. Kenneth Galbraith, Op. Cit.

5 Cfr. Packard, The Status Seekers.

inconformidad, propició una vasta discusión pública de los problemas nacionales. Libros, revistas, artículos periodísticos y discursos de políticos casi siempre demócratas, alegaban que el prestigio y el poder de los E.E.U.U. se encontraban en declive; predecían la pérdida de energía, espíritu, y el sentido de misión nacionales. El cierre de la década presenció la severa, y a veces exagerada, crítica al conformismo, el materialismo, la complacencia, la apatía y la homogeneidad, que promovían el sistema corporativo y la cultura de los negocios y el dinero.⁶ Se precisaba un cambio de orientación nacional para hacer frente al desafío científico y tecnológico de la Unión Soviética, y para mantener andando sobre bases más sólidas la abundancia económica. La ética social fue llevada al banquillo de los acusados.⁷

En estos años hicieron su aparición en el discurso político los pobres y las minorías, de manera especial los negros. Sus inconformidad y aislamiento del resto de la sociedad se interpretaron como el deseo frustrado de ser beneficiarios de las promesas de la democracia de la prosperidad, y de esa manera, ciudadanos con plenos derechos.

Los reportes sobre el estado de la nación, publicados a partir de 1958, de la fundación Rockefeller, y en los que participaron expertos de las áreas de política, economía,

6 Cfr. Oakley, *Op. Cit.*

7 *Vogue* testifica que la crítica abarcaba los detalles de la vida cotidiana de la clase media. "Got to go: books about adultery in the suburbs; organization men, the traumas of housewifery, infidelity on a high plane; fidelity on a high plane, the no-longer exotic facts of the advertising business..." "What's got to go... what's newer and better", octubre 15, 1958.

sociedad y educación, fueron reunidos en 1961 bajo el título de Prospect for America. Fue la respuesta corporativa a las nuevas circunstancias, en particular a las demandas de justicia social y excelencia; un esfuerzo discursivo en nombre del cambio gradual, orgánico, con base en los principios establecidos y en los fines supremos de estabilidad y armonía.

La lógica de la obra resume el empuje del llamado ciudadano común en su ansia de alcanzar el modelo de vida de la clase media alta. Esto es: la abundancia y sus valores iniciaron una revolución de aspiraciones ascendentes en el estilo de vida de los norteamericanos. La igualdad de oportunidades económicas presuponía en este contexto acceso real a los medios de educación y capacitación necesarios y a la supresión de los criterios de discriminación laboral. Además de las facilidades para su realización personal, los ciudadanos exigían un compromiso y participación activa en la sociedad.⁸

Mantener y superar la productividad en una economía tecnocientífica, continua la obra, exigía mayor capacitación de la fuerza laboral y una reorientación de la misma hacia actividades más creativas. Faltaban recursos humanos en tareas calificadas, desde el área profesional hasta la de oficina y fábrica. La educación a este respecto debía ser creativa y proporcionar modelos que dieran a las profesiones relacionadas con la ciencia, la tecnología, e incluso las humanidades, prestigio equivalente a las ocupaciones que giraban alrededor de

8 Cfr. "Power of the Democratic Idea".

la simple ganancia. Las tareas creativas debían promoverse en una nueva escala de valores en la que ofreciesen prestigio social y una remuneración adecuada.⁹

La educación práctica debía desaparecer. La renovación educacional que se instituyó en la *National Defense Education Act* tenía que ser permanente. Debían elevarse los valores de excelencia y creatividad personal sobre los de conformismo y ajuste como herramienta de competitividad; los de una profesión desafiante sobre los de mera ganancia. La educación habría de dirigirse a los logros intelectuales y no extinguirse en un simple medio de status.¹⁰

Las presiones de la clase media también apuntaban a sobrepasar la estrecha imagen del ciudadano consumidor y votante, preocupado sólo por acumular bienes.¹¹ Los reportes de la fundación Rockefeller lo codificaron pero omitiendo la protesta muda contra el dominio corporativo y aplicando el afán normativo de la privatización no sin ciertas concesiones. Al recorrerlos, percibimos el cuidado por evitar la politización de los problemas sociales. La disidencia política se canalizaría de tal modo que conformara un elemento de estabilidad y no de disolución, evitar su latente tentación de recurrir a métodos no establecidos para lograr el reconocimiento de sus intereses. El cambio, en otra

9 Cfr. "The Nature of the Challenge".

10 Cfr. "The Educational System".

11 Cfr. "Motivation and Values".

palabras, debía ser dirigido por una renovada estructura corporativa.

Un malestar se había hecho evidente entre las mujeres suburbanas a fines de la década. Era una protesta por mayor realización personal. Un número mayor de ellas asistía a las universidades, buscaba empleo y participaba en manifestaciones.¹² Entre las mujeres de clase media realizarse significaba ya no sólo una vida familiar feliz, sino también triunfar en una ocupación fuera de casa, y de ser posible, una profesión. La manera en la que se encontraba estructurada la relación de pareja frente a una óptica que se iba separando apresuradamente del modelo doméstico, hacía el matrimonio muy costoso en términos de desarrollo individual para estas mujeres. La familia no había perdido su atractivo, sino que su significado previo iba descubriéndose como ideológico, y por tanto, se requería un replanteamiento en los términos de negociación marital. La serie de artículos y libros que empezaban a pulular sobre este tema¹³ vinieron a sancionar, a acelerar y a tomar las riendas de tal proceso en el plano discursivo, y después, en el práctico.

Pero la doctrina del *togetherness* suburbano estaba aún muy viva para la fecha en que los reportes de la fundación Rockefeller fueron escritos. No era natural asignar al

12 Cfr. Oakley, *Op. Cit.*, "Trouble in God's Country, 1957-1961".

13 Cfr. *Idem.*

individualismo un papel en las demandas de autonomía y realización personal, ya fuera económica o emocional, de las mujeres de clase media. A fines de la década, los expertos se preocuparon por las divisiones de clase, de raza y religión, pero no existía el discurso de las divisiones de género.

En cambio, los reportes atribuían a las minorías de negros y pobres las aspiraciones de máximo desarrollo personal, pues su problema era de integración y pertenencia a la sociedad norteamericana. El planteamiento quizá no era correcto pero sí atractivo: se exigiría lo mejor de cada uno y se le proveería de la oportunidad material para ejercerlo. El mal uso del talento se juzgaría como una injusticia hacia el individuo y un daño a la nación. El problema hasta la fecha, advertían, no había radicado en rechazar el talento de los miembros de estos grupos sino en no permitir su desarrollo. En otras palabras, la negación de oportunidades, que llevaba a la pérdida de mano de obra potencialmente creativa y calificada.¹⁴

Pareciera lógica la aplicación del mismo criterio a la cuestión femenina. Sin embargo, este problema se consideró en términos distintos. En la elaboración del reporte titulado *Better Use of the Talents of Women*, inserto en el área de educación, colaboraron Margaret Hickey, encargada de relaciones públicas del *Ladies' Home Journal* y Fred M. Hechinger, editor encargado de temas de educación de *Parents' Magazine*. Con todo, el reporte

14 Cfr. Rockefeller Brothers Fund, *Op. Cit.*, "The Use and Misuse of Human Abilities".

establece como el principal problema femenino en los años por venir la discriminación laboral. Uno de cada tres trabajadores en un mercado de 70 millones de individuos, establecía un reporte del *National Manpower Council*, era mujer, cantidad que se incrementaría cuando muchas al borde de la crisis de los treinta y tantos decidieran aliviarla en un trabajo de medio o tiempo completo. De acuerdo a la constitución por edades de la población femenina éstas vendrían en avalancha.

Con todo, la disponibilidad puede ser desperdiciada --a pesar de la ansiedad de las mujeres por trabajar-- si no tomamos medidas activas para utilizar este recurso potencial. En los campos educacional, de enfermería y de trabajo social --todos caracterizados por escasez--, rígidos requisitos de entrenamiento y reconocimiento dificultan que mujeres capaces califiquen para las plazas abiertas. Fuera de estas profesiones, las mujeres encaran desventajas de tipo menos formal y más de prejuicio. Hay pocos campos profesionales además de la enfermería y el magisterio en los que las mujeres participen extensamente. Muchas firmas dudan en usar mujeres en puestos ejecutivos o incluir en programas de entrenamiento ejecutivo incluso aquellas que se espera permanezcan empleadas.¹⁵

Aunque con la transición obligada de rendir respeto al papel familiar de las mujeres como prioridad nacional, y con un tono conservador, el problema de la igualdad de oportunidades aparece novedoso y vital. Si no hay alusiones a esta demanda en términos individualistas, sí hubo un reconocimiento explícito del malestar más inmediato. Las barreras invisibles se tornaron evidentes.¹⁶

15 p. 381.

16 A las mujeres de clase media, aunque no se les hiciera mención en este otro apartado, podrían aplicárseles las palabras contenidas en el siguiente párrafo de "Social Conditions of a Democratic Consensus" (p. 426): "In every generation new groups are likely to arise to knock at the door of

Interpretaciones sobre la dinámica familiar

No existió en los cincuentas una historiografía de la familia norteamericana propiamente dicha. De hecho, las instituciones básicas de la sociedad norteamericana que tanto se privilegiaron --es decir, la iglesia y la escuela también-- carecían de una Historia propia. La actual Historia familiar tiene sus raíces en la demografía histórica y la "nueva Historia social" de los sesentas.¹ La preocupación teórica por las familias de clase media respondió en los cincuentas a su papel de piedra angular de la sociedad, es decir, de una pieza fundamental del gran engranaje que era la nación norteamericana.

En este contexto, las fuentes interpretativas que he manejado muestran a las familias norteamericanas a través de los ojos de sus reguladores. Para ellos existía un modelo familiar al que sólo se le ve adaptándose y no produciéndose. De este modo se evadían las premisas internas de cambio de esas familias, o para ser más preciso, de las de clase media, su objeto de estudio. Vista como unidad indivisa, en su familia-modelo no cabían los impulsos individualistas de las mujeres, ni mucho menos se consideraba que pudieran alterar significativamente la

democratic society and demand admission (...) New economic or political conditions may at some future date lead other groups to believe they are excluded from the rights and powers that go with full membership in the democratic community, that they are in democratic society but not of it." Tal discurso se dirigía a las minorías económicas y étnicas, no a las mujeres de clase media, porque en estos momentos al menos, nadie se atrevía a pensarlas de esa manera.

1 Cfr. Tamara K. Hareven, "The History of the Family and the Complexity of Social Change", en: The American Historical Review, febrero 1991.

organización familiar imperante. En todo caso, la disgregación.

La familia-modelo se consideraba un elemento estructural del cuerpo social; una de las instituciones que aseguraban la estabilidad del mismo. Era un elemento de la dinámica --o debiera decir de la estática-- social que navegaba en las turbulentas aguas de la adaptación o la desintegración. Con esta lógica se tendía a deducir su naturaleza y ritmos de cambio de aquellos que se percibían en la sociedad como un todo.

Una de estas tendencias era el funcionalismo, la ideología de la organización tecnocientífica. El fin último del cuerpo social, predicaban los funcionalistas, era eliminar las barreras que detuvieran el proceso productivo. Su explicación del origen de la familia nuclear invocaba los efectos del capitalismo sobre la organización familiar.

Fuera de la esfera que toca la organización de la economía misma, el industrialismo significa sobre todo que las estructuras que pueden interferir con el libre funcionamiento de la economía, y de la adaptación de otras a ella, son minimizadas. La primera de éstas es la familia y la parentela. El sistema familiar de E.E.U.U., caracterizado principalmente por el aislamiento de la familia nuclear o conyugal, ha ido más lejos que cualquier sociedad europea en remover toda interferencia con los papeles ocupacionales de los miembros proveedores y con la movilidad ocupacional.²

El capitalismo industrial excluyó, continúa, a la familia del ámbito productivo y la redujo al terreno emocional y de socialización temprana. Al mismo tiempo, la familia-modelo se vio asaltada por las tendencias disolventes propias de la competencia

2 Parsons, "Social Strains...", en: Bell (ed.), *Op. Cit.*, p. 120-121.

capitalista, basada en el individualismo económico. La independencia económica de los adultos condujo a la familia nuclear, a una institución de funciones especializadas y de orientación democrática.³

Esta interpretación es en realidad pobre y cargada de presentismo. Establece una relación simple entre los cambios tecnológico y económico, y aquellos de la cultura y la sociedad. A partir de ella se elaboró una solución en la cual la familia-modelo suburbana se convirtió en la unidad funcional de la sociedad postindustrial. De la mano con el argumento de la prosperidad económica identificada con la justicia social, justificó la productividad y el avance material como procesos que liberaban al espíritu de sus cadenas y realizaban en la sociedad el proyecto político y moral de la democracia norteamericana. Justificó asimismo los proyectos de regulación de la esfera privada, al apoyar la creencia en que los problemas familiares eran erradicables con la aplicación de las medidas adecuadas.

El determinismo jugaba un papel muy importante en esta teoría, partidaria de los fines inconscientes, las motivaciones irracionales y la mano invisible de los mecanismos tecnológicos. También así el voluntarismo. En una suerte de terapia social, el paciente llamado familia representaba una función que habría de eslabonar con el resto, a lo que el terapeuta contribuía al hallar los rasgos de esta función y provocando su actuación

3 Cfr. Sirjamaki, *Op. Cit.*, "The Family as an American Institution". Véase su expresión en términos más digeribles en Elizabeth Bacon, "A Letter about Love", en: *McCall's*, diciembre 1958.

responsable.

El funcionalismo es una visión ahistórica en la que el devenir es un diagrama de símbolos y funciones para los que el tiempo es una variable de poca importancia, y el cambio es relativo. El sistema puede o perfeccionarse o desgastarse. No es posible concebir la transformación de un sistema a otro en esta teoría. De la misma forma en que la disminución de funciones económicas de la familia-modelo representaba para sus teóricos una degradación cualitativa bajo un criterio por lo demás oscuro, cada institución social era un instrumento para la estabilidad y buen funcionamiento del gran sistema.

El tratamiento más apegado a una interpretación socioeconómica, en los casos de Potter y Galbraith, al igual que la multifacética obra de Sirjamaki, no está exento de funcionalismo y de la sociología de valores. Vieron también la historia de la familia norteamericana en términos de adaptación. Estos autores privilegiaron los efectos de la abundancia en la vida social. En su esquema, la economía próspera enfatizó el factor emocional en la familia y extendió el lujo del amor romántico. Aunque postulaban, en el mismo tenor que los funcionalistas, una división de trabajo y la familia, establecieron una tensión entre los valores atribuidos a la familia y los del mundo de la competencia.

Pero en la asimétrica relación ámbitos público-privado no era posible inferir presiones internas de cambio en las familias norteamericanas, pues ya se habían dado por descontadas las

motivaciones de progreso y los roles naturales de cada miembro. En el caso de las demandas femeniles, la premisa fue que la prosperidad ascendente permitiría una adaptación no conflictiva entre las partes, a través de la cual las mujeres ganarían derechos sin restarles al marido.⁴

Veían en la expansión económica un poderoso condicionante, que extendía el margen de acción de distintas variables, reducía algunas barreras y abría posibilidades novedosas. Pero en la concatenación que establecieron entre los valores económicos y los sociales, aún encontramos, en el caso de la familia, la idea de una expresión privada de un rasgo público. La manera en que enfocan el problema se identifica más bien con propósitos de planeación administrativa.

Subyacente a todas las interpretaciones de la vida familiar proferidas en esta década, se encontraba una sociología de valores de naturaleza patriótica. La idea de que un valor social básico en un sistema es por definición extensivo a todas sus partes, se presta a diversas interpretaciones. Se empleó en este caso para demostrar que la mayor democracia política y el industrialismo producían cambios paralelos y de igual naturaleza en la esfera privada. Se redujo a las instituciones sociales a una comunidad de valores y conductas, lo que para la época era inseparable de la adaptación, la lealtad y la normalidad.

No sólo en las ciencias sociales, sino principalmente en la historiografía, se centraron en la unicidad, homogeneidad,

4 Cfr. Sirjamaki, *Op. Cit.*, "Husband and Wife".

continuidad y consenso de la vida norteamericana,⁵ es decir, en la naturaleza ahistórica de los E.E.U.U. La fórmula patriótica se difundía desde la educación básica hasta las obras de teóricos y humanistas.⁶

Los expertos arguyeron que la democracia tendía a barrer con todos los obstáculos a su paso, incluso los familiares. La familia nuclear se convirtió así en el prototipo moderno por su "ethos democrático".⁷ En un cambio orgánico y sincronizado, la democracia se había implantado en el hogar.⁸

Para una época que se rebeló intelectualmente contra el racionalismo no hubo contradicción entre el carácter democrático de la familia y esos otros que nosotros consideramos no democráticos y antiindividualistas, a saber, la alternativa que ofrece el núcleo familiar ante la competencia y el egoísmo del

5 Cfr. Mills, *Op. Cit.*, "La inmoralidad mayor", y David D. Joyce y M. Kraus, *The Writing of American History...*, "Consensus: American Historical Writing in the 1950's".

6 Oakley afirma acerca de los libros de texto lo que era al fin de cuentas la versión generalizada: "The United States was pictured as a land that had never had many internal conflicts, had always served as the melting pot of world's people and cultures, had always been in the forefront of democracy, freedom, and technology, and was made up of common-sense people who were almost uniformly practical, hard-working, tolerant, patriotic and civic minded." *Op. Cit.*, p. 318.

7 Cfr. Sirjamaki, *Op. Cit.*, "The Family as an American Institution".

8 El rescate académico de Alexis de Tocqueville en la posguerra (ésta es una acotación hecha por Nash, *Op. Cit.*) venía como anillo al dedo a este discurso sobre la familia. El autor francés había escrito en su *Democracy in America* acerca de la relación padre-hijo: "the father foresees the limits of his authority long before hand, and when the time arrives, he surrenders it without a struggle". Degler, *Op. Cit.*, cap. IV, p.25. *And* Tocqueville, *Democracy in America*, ed. by Philips Bradley, 2 vols. Nueva York, 1948, v. II, p. 195.

mundo urbano industrial de nuestros días. De hecho, esto estaba implícito en la democracia del ciudadano común.⁹

Pero esta teoría sirvió para justificar los intentos de manipulación hacia el consenso y tendía a descalificar la diferencia y la verdadera autocrítica. Por otro lado, se basaba en un presupuesto insostenible, que describe los cambios sociales como producto de una actualización de la conciencia o de una suerte de aclamación colectiva. Excluyó la existencia de modos de comportamiento alternativo y es indiferente a determinaciones propias de entidades particulares, como los son las familias norteamericanas, que generan valores y orientaciones propias.

9 Degler (cap. XVIII, "Woman's Dilemma") no pudo entenderlo de esta forma porque su panorama histórico es demasiado amplio para detenerse en minucias.

CONCLUSIONES

La ocupación ama de casa ha variado ampliamente de significado e importancia en los contextos familiar y social de los Estados Unidos contemporáneos. Recordemos la derrota del *National Women's Party* y el establecimiento de la legislación laboral especial para mujeres. La extinción del movimiento feminista de principios de siglo frente a la postura del reformismo, nos remite a una sociedad norteamericana que no era dominada por una mentalidad de clase media. Una sociedad que decidió en favor de las mujeres de la clase trabajadora, y en detrimento del desarrollo personal de las profesionistas, provenientes en su mayor parte de la clase acomodada.

En cambio, el modelo de domesticidad de los cincuentas, así como sus tensiones entre hogar y trabajo remunerado femenino, son propiamente de clase media. Por lo tanto, la historia que nos ocupa tuvo una orientación y un contexto distintos a la primera. Es por ello, que no podemos conformarnos con calificar a la última de un retroceso en la senda de liberación femenina ni como una vuelta de péndulo tras una época enemiga de la vida hogareña. Aunque útiles para comprender este proceso, los nexos históricos entre ambas épocas no son directos ni unívocos.

La oposición entre el ejercicio de una profesión fuera de casa y las responsabilidades familiares, entre las mujeres de las familias suburbanas de los cincuentas, sólo puede explicarse por el proceso que recorre desde las demandas que la Gran Depresión impuso sobre las mujeres de clase media, hasta el proyecto social

y las ambiciones personales que generó la prosperidad de posguerra.¹

La expansión y la democratización de las posibilidades de desarrollo personal de que gozaron las mujeres de clase media, en esta era "tecnocientífica", "postindustrial", estuvieron acompañadas por teorizaciones a todos niveles que las disuadían a no integrarse a la vida profesional. Este paradójico fenómeno no puede explicarse sólo como un endurecimiento de la explotación pasada. No se trataba de conservar formas añejas de organización familiar o asfixiar a otras nacientes. Su lógica estuvo orientada a construir un núcleo familiar armónico con ciertas expectativas de desarrollo social. Es necesario, entonces, identificar los rasgos del proyecto social norteamericano de posguerra, y de su agente, la clase media alta, para entender la naturaleza del modelo doméstico y su sitio en esa nación.

La decadencia del modelo de domesticidad de los cincuentas es también un capítulo del desenvolvimiento de las aspiraciones de la clase media norteamericana. No consistió simplemente en un ajuste de cuentas con la realidad; es decir, con la norma cada vez más extendida del empleo fuera de casa de las mujeres suburbanas casadas; o con las mayores oportunidades educativas y de desarrollo personal a su disposición.

El siguiente paso en su camino, que apenas se esbozó en este trabajo, pues pertenece a otra historia, fue la democratización,

1 No es casualidad que el pasado vital de los Estados Unidos de posguerra se remontara hasta la Depresión, y más atrás se volviese a evocación y memoria retrospectiva.

entre las mujeres blancas de clase media, de las aspiraciones de una profesión prestigiosa. Una ambición desarrollada en el seno de su estrato social. La posterior demanda que resumía ésta y otras inquietudes, es decir, la igualdad de oportunidades, giró en su origen alrededor de las ambiciones de éxito dentro del molde corporativo, mismo que había motivado el modelo de domesticidad contra el que se rebelarían. Estas mujeres, al igual que el llamado ciudadano medio en general, terminarían por considerarlo opresivo en su forma primigenia; por lo que habrían de luchar para alterarlo y perfeccionarlo paulatinamente, de acuerdo a sus nuevas aspiraciones. A partir de tal reestructuración, se generarían los nuevos términos de negociación en los marcos familiar y social, así como los anhelos contemporáneos de realización personal, de las mujeres norteamericanas de la clase media.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

- Bell, Daniel(ed.). The New American Right. Nueva York, Criterion Books, 1955.
- Bellingham, Bruce. "The History of Childhood Since the 'Invention of the Childhood': Some Issues in the Eighties". En: Journal of Family History, vol 13, no. 3, 1988.
- Blood, Robert O., Jr. y Donald M. Wolfe. Husbands & Wives. The Dynamics of Married Living. Nueva York, The Free Press, 1960.
- Cancian, Francesca M. Love in America. Gender and self-development. Nueva York, Cambridge University Press, 1990.
- Cohen, Daniel. The Last Hundred Years Household Technology. Nueva York, M. Evans and Company, 1982.
- Cookingham, Mary E. "Combining Marriage, Motherhood, and Jobs Before World War II. Women College Graduates, Classes of 1905-1935". En: Journal of Family History, verano 1984.
- Chafe, William H. The Unfinished Journey. America Since World War II. Nueva York, Oxford University Press, 1991.
- Cherlin, Andrew J.(ed.). The Changing American Family and Public Policy. Washington, The Urban Institute Press, 1988. (The Changing Domestic Priorities Series).
- Davis, Maxine. The Sexual Responsibility of Women. Nueva York, The Dial Press, 1956.
- Davis, William L. "Family Planning Services: A History of U.S. Federal Legislation". En: Journal of Family History, vol. 16, no. 4, 1991.
- Degler, Carl N. At Odds: Women and the Family in America from the Revolution to the Present. Nueva York, Oxford University Press, 1980.
- Elder, Glen H. Jr. "Scarcity and Prosperity in Postwar Childbearing: Explorations from a Life Course Perspective". En: Journal of Family History, invierno, 1981.
- Elder, Glen H. Jr. y Kishker B., Sheila. "Women's Work in the Family Economy: A Study of Depression Hardship in Women's Lives". En: Journal of Family History, verano, 1979.
- Epstein, Joseph. "Culture and Capitalism". En: Commentary, noviembre 1993.
- Evans, Sara M. Born for Liberty. A History of Women in America.

Nueva York, The Free Press, 1989.

-Forsber, Arnold y Epstein, Benjamin R. Danger on the Right. Nueva York, Random House, 1964.

-Friedan, Betty. The Feminine Mystique. Nueva York, Laurel, 1963.

-Galbraith, John Kenneth. The Affluent Society. 1958.

-Heller, Joseph. Catch-22. Inglaterra, Vintage, 1994 [1955].

-Herberg, Will. Católicos, protestantes y judíos. Tr. José Barba Martín. México, Libreros Mexicanos Unidos, 1964 [1955].

-Kerber, Linda y Sherron, Jane (ed.). Women's America. Refocusing the Past. Nueva York, Oxford University Press, 1991.

-Kraus, M. y Joyce, David D. The Writing of American History. Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1985. "Consensus: American Historical Writing in the 1950's".

-Leuchtenburg, William E. A Troubled Feast. American Society Since 1945. Illinois, Scott Foresman and Company, 1983.

-Lundberg, Ferdinand y Farnham, Mary. Modern Woman. The Lost Sex. Nueva York, Grosset & Dunlap, 1947.

-Malamud, Bernard. A New Life. Nueva York, Dell Publishing, 1970 [1961]. Historia de ficción que dibuja con pluma crítica la vida académica en una pequeña universidad del Medio Oeste en los cincuentas.

-Marty, Martin E. Pilgrims in their Own Land. 500 years of Religion in America. E.E.U.U., Penguin Books, 1986.

-Mills, C. Wright. La élite del poder. Tr. Florentino M. Torner y Ernestina de Champourcin. México, FCE, 1973 [1956].

-Mintz, Steven. "Regulating the American Family". En: Journal of Family History, vol. 14, no. 14, 1989.

-Mishima, Yukio. Música. Tr. Sanako Isisu. Barcelona, Seix Barral, 1993 [1964]. Novela que describe el acercamiento psicoanalítico a la femineidad a principios de los sesentas y el transcurso hacia su liberación del modelo doméstico.

-Moyano, Angela. "La sociedad norteamericana después de la segunda guerra". En: Varios. EUA. Síntesis de su historia III. México, Instituto Mora, 1991.

-Nash, George H. La rebelión conservadora. Tr. Mirta Rosenberg.

Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987.

-Niebuhr, Reinhold. The Irony of American History. Nueva York, Scribner, 1952.

-Oakley, J. Ronald. God's Country: America in the Fifties. Nueva York, Dember Booles, 1986.

-Packard, Vance. The Status Seekers. Nueva York, Pocket Books, 1971 [1959].

The Waste Makers. Nueva York, Pocket Books, 1963 [1960].

-Parsons, Talcott. Family, Socialization and Interaction Process. E.E.U.U., The Free Press of Glencoe, 1964 [1955].

-Pillai, Vijayan K. "The Postwar Rise and Decline of American Fertility: the Pace of Transition to Motherhood among 1950-1969 Marital Cohort of White Women". En: Journal of Family History, vol. 12, no. 4, 1987.

-Porter, Bruce D. "Can American Democracy Survive?". En: Commentary, noviembre 1993.

-Potter, David M. People of Plenty. Economic Abundance and the American Character. Chicago, The University of Chicago Press, 1954.

-Riesman, David. Selected essays From Individualism Reconsidered. Nueva York, Doubleday & Company, Inc., 1954.

-Rowbotham, Sheila. Women's Consciousness, Man's World. Inglaterra, Penguin Books, 1963.

-Rockefeller Brothers Fund. Prospect for America: the Rockefeller Panel Reports. Nueva York, Doubleday & Company, Inc., 1961 [1958-1961].

-Rupp, Leila J. "Woman's Place Is in the War: Propaganda and Public Opinion in the United States and Germany, 1939-1945". En: Berkin, Carol R. y Norton, Mary B. (ed.). Women of America. A History. Boston, Houghton Mifflin Company, 1979.

-Schudson, Michael. "Materialismo delicioso: un examen de la cultura de consumo". En: Facetas, no. 96. Apud: The American Prospect, 1991.

-Sirjamaki, John. The American family in the twentieth century. 1953.

-Spock, Benjamin. The Pocket Book of Baby and Children Care. Nueva York, Pocket Books, Inc., 1946.

-Stearns, Peter N. y Haggerty, Timothy. "The Role of Fear: Transitions in American Emotional Standards for Children, 1850-1950". En: American Historical Review, febrero 1991.

-U.S.A. The Permanent Revolution. By the editors of Fortune in collaboration with Russell W. Davenport. Nueva York, Prentice-Hall, 1951.

-Whyte, William H. The Organization Man. Nueva York, Doubleday & Company, Inc., 1956.

-Wuthnow, Robert. The Restructuring of American Religion. Society and Faith since World War II. E.E.U.U., Princeton University Press, 1988. (Studies in Church and State).

FUENTES CINEMATOGRAFICAS

-The Public Enemy (1931) Dir. William Wellman. James Cagney, Jean Harlow, Eddie Woods, Beryl Mercer, Mae Clarke.

-Five Star Final (1931) Dir. Mervin Leroy. Edward G. Robinson, H.B. Warner, Marian Marsh, George E. Stone, Ona Munson, Boris Karloff.

-Blonde Venus (1932) Dir. Josef von Sternberg. Marlene Dietrich, Herbert Marshall, Cary Grant.

-Dark Victory (1939) Dir. Edmund Goulding. Bette Davis, George Brent, Humphrey Bogart, Geraldine Fitzgerald.

-Gone With the Wind (1939) Dir. Victor Fleming. Prod. David O'Selznick. Clark Gable, Vivien Leigh, Leslie Howard, Olivia de Havilland.

-Made For Each Other (1939). Dir. John Cromwell. Prod. David O'Selznick. Carole Lombard, James Stewart, Charles Coburn.

-Maltese Falcon (1941). Dir. John Huston. Humphrey Bogart, Mary Astor, Peter Lorre.

-The Lady Is Willing (1942) Dir. Mitchell Leisen. Marlene Dietrich, Fred MacMurray, Aline McMahon.

-Woman of the Year (1942). Dir. George Stevens. Spencer Tracy, Katherine Hepburn, Fay Bainter.

-A Night to Remember (1943). Dir. Richard Wallace. Loretta Young, Brian Aherne, Jeff Donell.

-Laura (1944). Dir. Otto Preminger. Gene Tierney, Dana Andrews, Clifton Webb, Vincent Price.

-The Lost Weekend (1945). Dir. Billy Wilder. Ray Milland, Jane Wyman, Philip Terry.

-Elizabeth of Ladymead (1948). Dir. Herbert Wilcox. Anna Neagle, Hugh Williams, Michael Laurence, Bernard Lee.

-State of the Union (1948). Dir. Frank Capra. Spencer Tracy, Katherine Hepburn, Angela Lansbury.

-The Pitfall (1948). Dir. Andre de Toth. Dick Powell, Elizabeth Scott, Jane Wyatt.

-My Dream Is Yours (1949). Dir. Michael Curtiz. Jack Carson, Doris Day, Lee Bowman.

-Caged (1950). Dir. John Cromwell. Eleanor Parker, Agnes Moorehead, Ellen Corby.

-All About Eve (1950). Dir. Joseph L. Mankiewicz. Bette Davis, Anne Baxter, George Sanders, Celeste Holm.

-A Woman of Distinction (1950). Dir. Edward Buzzell. Rosalind Russell, Ray Milland, Edmund Gwenn.

-Lullaby of Broadway (1951). Dir. Davis Butler. Doris Day, Gene Nelson, Gladys George, S. Z. Sakall.

-Carmen Jones (1954). Dir. Otto Preminger. Dorothy Dandridge, Harry Belafonte, Pearl Bailey, Roy Glenn.

-Human Desire (1954). Dir. Fritz Lang. Glenn Ford, Gloria Grahame, Broderick Crawford, Edgar Buchanan.

-Woman's World (1954). Dir. Jean Negulesco. Clifton Webb, June Allyson, Van Heflin, Arlene Dahl, Lauren Bacall, Fred McMurray, Cornel Wilde, Elliott Reid.

-Three Coins in the Fountain (1954). Dir. Jean Negulesco. Clifton Webb, Dorothy McGuire, Jean Peters, Louis Jordan, Maggie McNamara.

-It Should Happen to You (1954). Dir. George Cukor. Judy Holliday, Peter Lawford, Jack Lemmon.

-Love Is a Many Many Splendored Thing (1955). Dir. Henry King. Jennifer Jones, William Holden, Isabel Elson.

-The Seven Year Itch (1955). Dir. Billy Wilder. Marilyn Monroe, Tom Ewell, Evelyn Keyes.

-East of Eden (1955). Dir. Elia Kazan. James Dean, Julie Harris, Raymond Massey, Jo van Fleet, Burl Ives.

-The Solid Gold Cadillac (1956). Dir. Richard Quine. Judy Holliday, Paul Douglas, Fred Clark, John Williams.

-The Eddy Duchin Story (1956). Dir. George Sidney. Tyrone Power, Kim Novak, Victoria Shaw, James Whitmore.

-The Three Faces of Eve (1957). Dir. Nunnally Johnson. Joanne Woodward, David Wayne, Lee J. Cobb, Nancy Kulp, Vince Edwards.

-Man of a Thousand Faces (1957). Dir. Joseph Pevney. James Cagney, Dorothy Malone, June Greer, Marjorie Rambeau.

-Desk Set (1957). Dir. Walter Lang. Spencer Tracy, Katherine Hepburn, Joan Blondell, Gig Young.

-The Last Hurrah (1958). Dir. John Ford. Spencer Tracy, Jeffrey Hunter, Dianne Foster, Basil Rathbone, Pat O'Brien. No mencionada en el texto, es una cinta que dramatiza las nuevas modalidades de la política americana, la integración étnica y la influencia eclesiástica en el Boston de la época.

-Some Like It Hot (1959). Dir. Billy Wilder. Jack Lemmon, Tony Curtis, Marilyn Monroe.

-Suddenly, Last Summer (1959). Dir. Joseph L. Mankiewicz. Elizabeth Taylor, Katherine Hepburn, Montgomery Clift.

INVENTARIO DE LAS REVISTAS FEMENINAS Y DE INTERES GENERAL
EMPLEADAS EN ESTE TRABAJO

Better Homes & Gardens

-mayo 1944
-julio 1964

Coronet

-mayo 1947	-julio 1955
-junio 1947	-octubre 1955
-mayo 1950	-noviembre 1955
-abril 1952	-diciembre 1956
-junio 1953	-marzo 1958
-enero 1954	-agosto 1958
-febrero 1954	-noviembre 1958
-junio 1954	-diciembre 1958
-julio 1954	-abril 1959
-diciembre 1954	-junio 1959
-marzo 1955	-julio 1959
-junio 1955	-diciembre 1960

Harper's Bazaar

-abril 1955	-julio 1958
-mayo 1955	-noviembre 1958
-mayo 1957	-agosto 1959
-junio 1958	-septiembre 1960

House & Garden

-septiembre 1963	-agosto 1964
-octubre 1963	-octubre 1964
-enero 1964	

Ladies' Home Journal

-diciembre 1947	-agosto 1956
-febrero 1948	-abril 1958
-mayo 1948	-agosto 1958
-noviembre 1948	-octubre 1958
-enero 1956	-noviembre 1959
-julio 1956	-marzo 1960

McCall's

-junio 1957	-septiembre 1958
-septiembre 1957	-octubre 1958
-noviembre 1957	-diciembre 1958
-marzo 1958	-enero 1959
-mayo 1958	-febrero 1959
-junio 1958	-marzo 1959
-julio 1958	-abril 1959
-agosto 1958	-octubre 1960

Pageant

-marzo 1958

Reader's Digest

-enero 1950
-febrero 1958

-agosto 1958
-noviembre 1958

The Saturday Evening Post

-febrero 1957
-junio 1958
-octubre 1958

-agosto 1960
-octubre 1961
-diciembre 1961

Vogue

-agosto 1958
-octubre 1958

-octubre 1959
-enero 1960